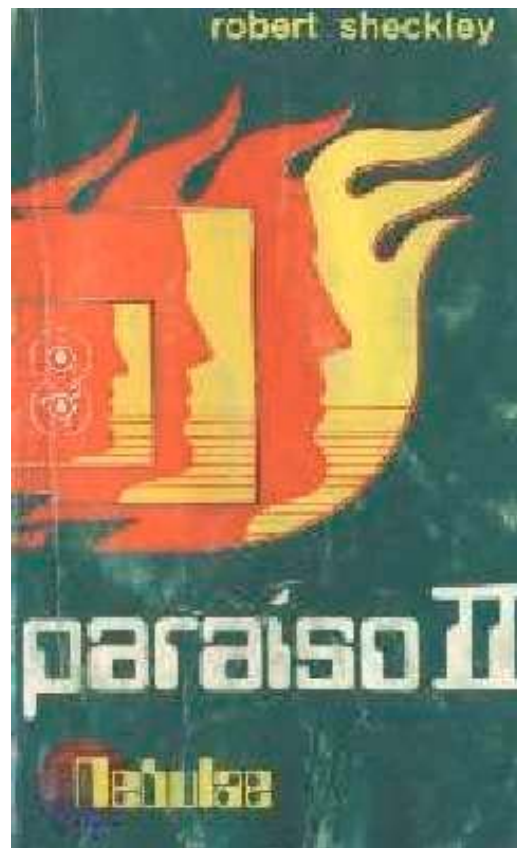


PARAISO II



Robert Sheckley



Robert Sheckley

Título original: Notions: Ulimited
Traducción: Norma López y Edith Zilli
© 1954 by Robert Sheckley
© 1977 Editorial Sudamericana
Humberto 1º 454 - Buenos Aires
Edición digital: Carlos Palazon
R6 11/02

ÍNDICE

La Armadura de Paño Gris
La sanguijuela
El Pájaro Vigía
El Viento
La Mañana Siguiete
Problemas con los Nativos
Como Criar un Grifo
Paraíso II
Doble Indemnización
Resistencia
El Invasor de la Alborada
El Idioma del Amor

LA ARMADURA DE PAÑO GRIS

El método seguido por Thomas Hanley para encontrar esposa merece la atención de los antropólogos, sociólogos y especialistas en casos raros. Constituye un humilde ejemplo de los extraños hábitos que regían la elección de pareja en las postrimerías del siglo XX. Esta historia adquiere mayor importancia si se considera el impacto que tuvo en la moderna industria norteamericana.

Thomas Hanley era un joven alto y delgado, de tendencias conservadoras, moderado en sus vicios y modesto en exceso. Sus conversaciones con ambos sexos eran extremadamente correctas, hasta el punto de emplear los excesos verbales convenientes a su edad y a su condición social. Poseía varios trajes de paño gris, y muchas corbatas de forma y color de moda. Y si uno pensaba que era posible distinguirlo entre una multitud por sus gruesos anteojos de carey, estaba en un error. Ése no era Hanley; Hanley era otro.

¿Quién podría creer que bajo esa apariencia humilde, descolorida, laboriosa y conformista latía un corazón romántico hasta la locura? Por desgracia, cualquiera podría creerlo, puesto que el disfraz sólo engaña a quien lo usa.

Los jóvenes como Hanley, con sus armaduras de paño gris y sus viseras de carey, son los caballeros andantes de nuestra época. Recorren por millones las calles de nuestras grandes ciudades, con el paso firme y apresurado, la vista al frente, la voz mesurada, vestidos como para pasar desapercibidos. Como en el caso de los actores o de los poseídos, viven sombríamente; en su interior, mientras tanto, arde una llama romántica que se resiste a morir.

Naturalmente, Hanley soñaba despierto con grandes machetes sibilantes, con gigantescos navíos rumbo al sol desplegadas las velas; con doncellas de ojos oscuros y terriblemente tristes que lo miraran a través de velos transparentes. Y es fácil suponer que soñaba con romances más modernos.

Pero el romance es algo muy difícil de encontrar en las grandes ciudades. Este hecho fue descubierto no hace mucho por nuestros comerciantes más emprendedores. Y una noche, Hanley recibió la visita de un extraño tipo de vendedor.

Acababa de volver a su pequeño apartamento de un ambiente, después de un trajinado viernes en la oficina. Se aflojó la corbata y pensó, con cierta melancolía, en el largo fin de semana que tenía por delante. Por televisión pasaban un match de boxeo, pero eso no le atraía, y ya había visto todas las películas en cartelera en su barrio. Para peor, todas las muchachas que conocía le resultaban poco interesantes, y sus perspectivas de conocer otra eran prácticamente nulas.

El resplandor azul del crepúsculo se extendía sobre Manhattan; Hanley permaneció en el sillón, preguntándose dónde podría encontrar una chica interesante, qué le diría si la encontrara y...

Sonó el timbre.

Por regla general, solamente los vendedores ambulantes o los cobradores del Fondo de Bomberos lo visitaban sin anunciarse. Pero esa noche resultaría agradable hasta la ínfima satisfacción de echar a un vendedor. Por lo tanto, abrió la puerta.

Un hombrecito de baja estatura, vivaz y llamativamente vestido, sonreía ante él.

—Buenas tardes, señor Hanley —dijo, el hombrecito, con desparpajo—. Soy Joe Morris, representante del Servicio de Romances de Nueva York, con sede central en el edificio de Empire State y sucursales en los distritos más importantes. Nuestra misión, señor Hanley, es ayudar a las personas solitarias, y usted es una de ellas.: ¡Ah, no lo niegue! De otro modo no estaría en su casa un viernes por la noche. Usted está solo, y serle útil es, a la vez, un negocio y una satisfacción para nosotros. Un joven inteligente,

sensible y bien parecido, como usted, necesita de una muchacha buena, agradable, bonita, comprensiva...

—Un momento —dijo Hanley, con severidad—. Si usted tiene alguna de esas agencias sofisticadas con mujeres disponibles...

Se interrumpió, porque Joe Morris se había puesto lívido. Con la garganta hinchada de cólera, giraba ya sobre sus talones para marcharse.

—Espere —dijo Hanley—. Disculpe.

—Permítame informarle, señor, que soy padre de familia —dijo Joe Morris, tiesamente—. Soy casado y tengo tres hijos; vivo en el Bronx. Si usted imagina siquiera que puedo complicarme en algo clandestino...

—Lo siento, de veras —dijo Hanley.

Hizo pasar a Morris y lo condujo hasta el sillón. El vendedor recuperó de inmediato su tono animado y jovial.

—No, señor Hanley —prosiguió—. Las muchachas a las que me refiero no son... ejem... profesionales. Son jóvenes muy normales, dulces, con inclinaciones románticas. Pero están solas. En esta ciudad hay muchas jóvenes solitarias, señor Hanley.

—¿De veras? —pregunto el joven; por alguna razón, había pensado que solamente los hombres podían encontrarse en esa situación.

—Naturalmente. El propósito del Servicio de Romance de Nueva York es hacer que las personas jóvenes se encuentren en circunstancias apropiadas.

—Aja. Es decir, lo suyo es una especie de..., si me permite la expresión, de Club de la Amistad.

—¡De ninguna manera! ¡Nada de eso! Estimado señor Hanley, ¿alguna vez concurrió a un Club de la Amistad?

Hanley negó con la cabeza.

—Debería hacerlo, señor —dijo Morris—. Así podría apreciar mejor nuestros servicios. ¡Clubs de la Amistad! Trate de imaginar un salón desmantelado, en un primer piso de la zona barata de Broadway. En un extremo, cinco músicos con smokings raídos tocan las canciones de moda, con una deprimente falta de entusiasmo. Los ecos de esa música escuálida reverberan tristemente por el salón, mezclándose con las estridencias del tránsito. A cada lado del salón hay una hilera de sillas: de un lado, los hombres; del otro, las mujeres. Todos se sienten avergonzados de encontrarse allí.

»Todos se aferran a una lastimosa indiferencia; fuman nerviosamente, un cigarrillo, otro, y aplastan las colillas contra el piso. De vez en cuando, algún desdichado se arma de coraje y saca a bailar a cualquiera de las chicas; la pareja recorre tímidamente la pista, bajo las miradas procaces y cínicas de los otros. El maestro de ceremonias, un idiota lleno de amaneramientos, circula por allí con una sonrisa estereotipada, tratando de inyectar alguna animación en esa velada muerta. Pero es inútil.

Morris hizo una pausa para recobrar el aliento; después continuó:

—Tal es el anacronismo conocido como Club de la Amistad; una institución forzada, nerviosa, desagradable, más acorde con la época victoriana que con la nuestra. Con el Servicio de Romance de Nueva York, en cambio, hemos venido a llenar un vacío de muchos años. Hemos aplicado la precisión científica y el conocimiento tecnológico a un profundo estudio de los factores esenciales, para lograr felices encuentros entre los dos sexos.

—¿Cuáles son esos factores? —preguntó Hanley.

—Los más importantes —contestó Morris— son: la espontaneidad, y la idea de la predestinación.

—Espontaneidad y predestinación parecen términos contradictorios —señaló el joven.

—Por supuesto. Dada su naturaleza, el romance debe estar compuesto por elementos contradictorios. Tenemos gráficos que así lo demuestran.

—Entonces, ¿vosotros vendéis romances? —preguntó Hanley, vacilante.

—¡Precisamente! Esa sustancia pura e intangible. No el sexo, que cualquiera puede encontrar, ni el amor, puesto que no hay manera de garantizar su duración, y resulta, por lo tanto, poco comercializable. Vendemos romance, señor Hanley, el ingrediente que falta en la sociedad moderna, el sabor de la vida, el sueño de todas las épocas.

—¡Qué interesante! —dijo Hanley.

Sin embargo, lo que Morris afirmaba no le parecía del todo verosímil. Podía tratarse de un charlatán o de un visionario. De cualquier modo, no era probable que se pudiera vender un verdadero romance, esas visiones oscuras e inciertas por las cuales se veía acosado noche y día.

—Gracias, señor Morris —dijo, levantándose—. Pensaré en lo que me ha dicho. En este momento no tengo mucho tiempo, y si no le molesta...

—¡Pero señor mío! ¡No puede dejar escapar la oportunidad de un romance!

—Lo siento, pero...

—¿Por qué no prueba nuestro sistema por unos días? No le cobraremos absolutamente nada. Tome, póngase esto en la solapa.

Y le entregó algo que parecía una pequeña radio a transistores con una diminuta lente de video.

—¿Qué es esto? —preguntó Hanley.

—Una pequeña radio a transistores con una diminuta lente de video.

—¿Y para qué sirve?

—Ya verá. Haga la prueba. Somos los más importantes especialistas en romance dentro del país, señor Hanley. Y tenemos la intención de conservar esa fama satisfaciendo las necesidades de millones de jóvenes americanos. Recuerde: los romances patrocinados por nuestra firma son producto del destino, espontáneos, estéticamente satisfactorios, físicamente gratos y moralmente justificables. Así diciendo, Joe Morris estrechó la mano de Hanley y se marchó.

El joven hizo girar la diminuta radio entre las manos; no le encontró perillas ni diales. La prendió en la solapa de su chaqueta. Nada ocurrió.

Con un encogimiento de hombros, se ajustó la corbata y salió a caminar.

Era una noche fresca y clara, perfecta para el romance, como casi todas las noches en la vida de Hanley. A su alrededor se extendía la ciudad, henchida de promesas y de infinitas posibilidades. Pero estaba desprovista de satisfacciones. Mil noches había caminado por esas calles con el paso firme, la vista al frente, dispuesto a cualquier cosa. Y nunca había sucedido nada.

Tras las altas ventanas vacías de los edificios habría mujeres, y quizá miraban hacia abajo, hacia aquel caminante solitario en la calle oscura, y pensaban en él...

—¡Qué lindo sería estar en la azotea de un edificio —dijo una voz—, y mirar la ciudad desde lo alto!

Hanley se detuvo bruscamente y se volvió. Estaba completamente solo.

Tardó un instante en comprender que la voz surgía de la pequeña radio a transistores.

—¿Cómo? —preguntó Hanley. La radio guardó silencio.

«Mirar la ciudad desde lo alto», reflexionó Hanley. La radio le sugería que mirara la ciudad desde lo alto. «Sí», pensó; «sería lindo».

—¿Y por qué no? —se preguntó, dirigiéndose hacia un edificio.

—Ése no —susurró la radio.

Hanley, obediente, pasó de largo y se detuvo ante el siguiente.

—¿Éste? —preguntó.

No hubo respuesta, pero Hanley percibió un pequeño gruñido de aprobación.

Bueno, debía reconocer una cosa: el Servicio de Romance sabía trabajar. Sus movimientos eran tan espontáneos como podía serlo cualquier movimiento guiado. Al entrar en el edificio, Hanley se dirigió hacia el ascensor automático y oprimió el botón del

último piso. Desde allí subió un tramo de escaleras hasta la azotea, y se volvió hacia la parte oeste del edificio.

—Al otro lado —susurró la radio. Hanley cambió de dirección. Desde el lado opuesto, contempló la ciudad, con sus ordenadas hileras de luces blancas, circundadas por un leve halo. Aquí y allá, salpicadas, las luces verdes y rojas de los semáforos y las manchas coloridas de los carteles luminosos. La ciudad se extendía hacia él, siempre henchida de promesas y de infinitas posibilidades, pero desprovista de satisfacciones.

De pronto notó la presencia de otra persona en la azotea; como él, contemplaba arrobada el espectáculo de las luces.

—Disculpe —dijo Hanley—; no quise ser indiscreto.

—Oh, no es nada —dijo la otra persona, y Hanley se dio cuenta de que estaba hablando con una mujer.

«Somos dos desconocidos», pensó Hanley. «Un hombre y una mujer que se encuentran por accidente, o por predestinación, en una oscura azotea con vista a la ciudad.» ¿Cuántos sueños habría analizado el Servicio de Romances, cuántas visiones habrían tabulado para idear algo tan perfecto como aquello?

Comprobó, de un solo vistazo, que ella era joven y encantadora. Guardaba una perfecta compostura, pero él tuvo la sensación de que estaba tan conmovida como él por lo favorable de aquel encuentro: el sitio, la hora, el estado de ánimo. Trató desesperadamente de encontrar algo que decir, pero no se le ocurría una sola palabra. Y el momento se esfumaba.

—Las luces —apuntó la radio.

—Las luces son hermosas —dijo Hanley, sintiéndose como un tonto.

—Sí —murmuró la muchacha—, son como una alfombra de estrellas, o como puntas de flechas en las tinieblas.

—Como centinelas en eterna vigilia nocturna —agregó Hanley, sin saber si la idea era suya, o si repetía como un loro las sugerencias apenas perceptibles de la radio.

—Yo vengo aquí a menudo —dijo la muchacha.

—Yo no vengo nunca —confesó Hanley.

—Pero esta noche...

—Esta noche tenía que venir. Sabía qué iba a encontrarte...

El Servicio de Romance necesitaba un escritor más competente. Esa clase de diálogos resultarían ridículos a la luz del día. Sin embargo, era la conversación más natural del mundo para un momento como ése, en una azotea altísima, con el parpadeo de las luces allá abajo y las estrellas tan próximas.

—No suelo dar confianza a los desconocidos —dijo la muchacha, avanzando un paso hacia él—, pero...

—No soy un desconocido —repuso Hanley, avanzando a su vez.

El pelo rubio de la muchacha brilló bajo la luz de las estrellas. Lo miró con los labios entreabiertos, transfigurado el rostro por la emoción, por la atmósfera, por aquella luz suave y tentadora.

Se detuvieron, frente a frente. Hanley percibió su delicado perfume y la fragancia de sus cabellos. Se sintió débil; todo en él era confusión.

—Tómala en tus brazos —susurró la radio.

Hanley extendió los brazos como un autómatas. La chica se refugió en ellos con un leve suspiro. Se besaron..., simple, natural, inevitablemente, con pasión cada vez más irresistible, como era de esperar.

En ese momento, Hanley vio una pequeña radio a transistores en la solapa de la muchacha. Sin embargo, se vio forzado a admitir que el encuentro había sido no sólo espontáneo y predestinado, sino también sumamente agradable.

Cuando Hanley volvió a su apartamento, el alba rozaba ya los rascacielos. Cayó, exhausto, en la cama, y durmió durante todo el día. Se despertó hacia el atardecer, con

un hambre terrible. Mientras cenaba en un bar del vecindario, repasó los acontecimientos de la noche anterior.

Todo había sido descabellado, perfecto y maravilloso al mismo tiempo: el encuentro en la azotea; después, el apartamento de la muchacha, tibio y oscuro; por último, su partida, ya al amanecer, con el último beso todavía tibio en la boca. Sin embargo, y a pesar de todo, algo lo perturbaba.

No podía dejar de sentirse un tanto extraño con respecto a un encuentro romántico de ese tipo, donde las radios a transistores lo arreglaban todo, y hasta daban el pie a los amantes, para inducirlos a adoptar las actitudes apropiadas, espontáneas y fatalistas a la vez.

Imaginó un millón de jóvenes en trajes de paño gris y corbatas a tono, todos ellos recorriendo las calles de la ciudad según las órdenes apenas audibles de un millón de pequeñas radios. Imaginó a los operadores de la central, ante el conmutador audiovisual: trabajadores serios y responsables, que, tras cumplir las tareas nocturnas en bien del romance, compraban el diario y tomaban el metro rumbo a sus casas, para reunirse con la mujer y los hijos.

Aquello le disgustó. De cualquier modo, debía admitir que era preferible pasar por eso a no conocer el romance. Eran tiempos modernos. Hasta el romance debía apoyarse en una sólida base de organización si no quería perderse en el trájín.

Además, ¿era acaso tan extraño, después de todo? En la época medieval, la bruja daba al caballero algún filtro para conducirlo hasta la dama hechizada. Hoy, el vendedor daba a un hombre una radio transistorizada que lograba el mismo efecto, y sin duda con mayor rapidez.

Probablemente, los romances espontáneos y predestinados no existían, y el intermediario resultaba imprescindible.

Desechó de su mente cualquier otro pensamiento. Después de pagar la cena, salió a caminar.

Esta vez, sus pasos firmes y apresurados lo llevaron a un sector más pobre de la ciudad. Había cubos de basura alineados en la acera; por las ventanas de las sucias casas de la vecindad surgía el sonido de algún clarinete melancólico, o las chillonas disputas de las mujeres. En un callejón, un gato listado con ojos de ágata le echó una mirada y desapareció a toda velocidad.

Hanley se detuvo, estremecido, y decidió volver a su vecindario.

—¿Por qué no sigues caminando? —le instó la radio, en tono muy suave, como si sonara directamente en su cerebro.

Volvió a estremecerse, pero siguió caminando.

Las calles estaban desiertas y silenciosas como una tumba. Pasó de prisa ante los negocios cerrados y los gigantescos depósitos sin ventanas. Le pareció entonces que algunas aventuras no valían la pena. Ese escenario era muy poco apropiado para el romance. Tal vez debía ignorar las indicaciones de la radio y volver al mundo brillante y ordenado que le era familiar.

En ese momento oyó ruido de pasos que se arrastraban. En el extremo de un estrecho callejón, tres figuras forcejeaban violentamente. Eran dos hombres y una muchacha, quien luchaba por liberarse.

La reacción de Hanley fue inmediata. Iba a correr en busca de un policía, dos o tres, si era posible. Pero la radio lo detuvo.

—Tú solo puedes dominarlos —dijo.

«Qué voy a poder», pensó. Los diarios estaban llenos de noticias sobre hombres que se creían capaces de dominar a algún malhechor. Terminaban, por lo común, en el hospital, con tiempo de sobra para considerar sus escasas dotes de boxeadores.

Pero la radio lo instó a seguir. Impulsado por una sensación de fatalidad, acuciado por los gritos quejosos de la muchacha, Hanley se quitó los anteojos; los puso en el estuche, los guardó en el bolsillo, y se lanzó hacia las negras fauces del callejón.

Tras dar de lleno contra un cubo de basura, que rodó por el suelo, llegó hasta donde estaban la muchacha y sus dos atacantes. Éstos no habían reparado aún en su presencia. Hanley tomó a uno de ellos por el hombro, lo hizo girar sobre sí mismo y le aplicó una trompada con la derecha. El hombre retrocedió trastabillando hasta la pared. Su compañero soltó a la muchacha y se dirigió hacia Hanley, quien lo atacó con ambos puños y con el pie derecho.

El hombre cayó, balbuceando:

—No se lo tome así, amigo.

Hanley se volvió hacia el primer malhechor, quien se abalanzaba hacia él como un gato salvaje. Inexplicablemente, ninguno de sus golpes alcanzó a Hanley, y éste lo derribó con un buen puñetazo de izquierda.

Con dificultad, los dos hombres se pusieron en pie y huyeron. Mientras corrían, Hanley oyó que uno le comentaba a su compañero:

—¡Qué triste manera de ganarse la vida!

Pasando por alto esta intromisión en el libreto, Hanley se volvió hacia la muchacha.

—Viniste —susurró ella, apoyándose contra él.

—Tenía que hacerlo —dijo Hanley, bajo las directivas apenas audibles provenientes de la radio.

—Lo sé —murmuró ella.

Hanley vio que era joven y hermosa. Sus cabellos negros brillaban a la luz de la lámpara. Con los labios entreabiertos, lo miró, transfigurado el rostro por la emoción, por la atmósfera, por esa luz suave y tentadora.

Esa vez Hanley no necesitó ninguna indicación de la pequeña radio para tomarla entre sus brazos. Estaba aprendiendo en qué consistía una aventura romántica, y como se debía llevar a cabo un romance espontáneo y fatalista al mismo tiempo.

Se dirigieron de inmediato al apartamento de la muchacha. Mientras caminaban, Hanley reparó en una gema de gran tamaño que brillaba en su cabellera. Sólo bastante más tarde comprendió que se trataba de una diminuta radio, artísticamente disimulada.

A la noche siguiente, Hanley volvió a salir. Recorrió las calles con el propósito de ahogar cierta voz insatisfecha que hablaba a su conciencia. Recordó que la noche anterior había sido perfecta, llena de sombras acogedoras, de cabellos suaves rozando sus ojos y de tibias lágrimas sobre su hombro. Y sin embargo...

Lo triste del caso era que esa muchacha no pertenecía a su tipo; tampoco la primera. No se puede reunir a dos extraños al azar, y confiar en que ese romance rápido y encendido se convierta en amor. El amor tiene sus propias reglas inflexibles.

Hanley siguió caminando, con la convicción creciente de que esa noche iba a encontrarse con el verdadero amor. La luna, a poca altura, iluminaba la ciudad; una brisa del sur traía un aroma mezclado de especias y nostalgia.

Caminó sin rumbo fijo; la radio guardaba silencio. Ninguna orden lo condujo hacia el pequeño parque, a la orilla del río; no hubo voz secreta que lo incitara a acercarse a aquella joven solitaria.

Se detuvo junto a ella para contemplar la escena. A su izquierda había un puente enorme, cuyas grandes vigas, esfumadas en la oscuridad, semejaban patas de araña. Las aguas oscuras y aceitosas del río se deslizaban serpenteando sin cesar. Sonó la bocina de un remolcador; otro respondió ululando, como un fantasma perdido en la noche.

La radio no dio señal alguna.

—Hermosa noche —dijo Hanley.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo la muchacha, sin mirarlo.

—La belleza está presente donde uno quiera verla.

—Qué cosas raras dice usted.

—¿Le parece? —preguntó Hanley, acercándose a ella—. ¿Tan extraño es? ¿Acaso es extraño que tú y yo nos encontremos aquí?

—Tal vez no —respondió la muchacha, volviéndose por fin para mirar a Hanley de frente.

Era joven y hermosa. Su pelo bronceado brillaba a la luz de la luna; tenía el rostro transfigurado por la emoción, por la atmósfera, por la luz suave y sentadora. Sus labios se entreabrieron con asombro.

Y en ese momento Hanley comprendió: ¡Esa aventura era auténticamente espontánea y predestinada! Ninguna indicación de la radio lo había guiado hasta allí, y nadie le había susurrado frases y respuestas para que él las repitiera. Observó a la muchacha: no tenía artefactos transistorizados en la blusa ni en el pelo.

¡Había encontrado el amor, sin la ayuda del Servicio de Romances! Sus oscuros e inciertos presentimientos se estaban convirtiendo, al fin, en realidad.

Extendió los brazos; con un leve suspiro, la muchacha se refugió en ellos. Se besaron, y las luces de la ciudad mezclaron sus destellos con las luces estelares, y la luna en cuarto creciente se deslizó por el cielo, y las sirenas de niebla bramaron su mensaje angustiado a través del, río aceitoso y negro.

La muchacha, sin aliento, retrocedió un paso.

—¿Te gusto? —preguntó.

—¿Que si me gustas? —exclamó Hanley—. Deja que te cuente...

—Me alegro —dijo ella—. Porque soy una muestra gratuita de romance, ofrecida por las Grandes Industrias del Romance, con casa central en Newark, New Jersey. Nuestra firma es la única que ofrece romances realmente espontáneos y predestinados, Gracias a nuestras investigaciones tecnológicas, podemos prescindir de aparatos tan incómodos como las radios a transistores, evitando esas sensaciones de control y rigidez. Estamos muy satisfechos por haberlo complacido con este romance de muestra.

«Peto recuerde: esto es sólo una muestra, un anticipo de lo que las Grandes Industrias del Romance, con sucursales en todo el mundo, puede ofrecerle. Este folleto, señor, describe varios de nuestros planes. Tal vez a usted le interese el plan de Romance en múltiples países; o quizá, si tiene una imaginación aventurera, el excitante plan de Romance a través de las épocas. También está el Plan común urbano, y...

Deslizó en la mano de Hanley un folleto llamativamente ilustrado. Éste lo miró; miró después a la muchacha. Abrió los dedos, y el folleto cayó al suelo.

—¡Señor, espero no haberlo ofendido.—exclamó la muchacha—. Estas partes comerciales del romance son inevitables, pero en seguida terminan. Después, todo es espontáneo y predestinado. Todos los meses recibirá nuestra factura en un sobre sin membrete y...

Pero Hanley ya se alejaba a la carrera por la calle. Mientras corría, se quitó de la solapa la radio a transistores y la arrojó en una alcantarilla.

Cuantos intentos de promoción se hicieron con Hanley, a partir de ese momento, terminaron en el fracaso. El joven llamó por teléfono a una tía, y ésta, nerviosa y excitada, le arregló de inmediato una cita con la hija de cierta amiga. Los presentó en su propia sala, recargada de adornos, donde pasaron varias horas tratando de charlar sobre el tiempo, la universidad, los negocios, la política y los posibles amigos comunes. La tía de Hanley, sonriente, entraba y salía de la sala iluminada para servirles café y torta casera.

Ese ambiente tenía algo de formal, anacrónico y almidonado, y resultó muy conveniente para ambos jóvenes. Comenzaron a verse con regularidad, y se casaron al cabo de tres meses de noviazgo.

Resulta interesante destacar que Hanley fue de los últimos en encontrar esposa a la usanza antigua, tan incierta, extraña y azarosa, sin ayuda de la técnica. Las compañías que ofrecían tales servicios descubrieron en seguida las potencialidades comerciales del

Método Hanley; trazaron gráficos sobre el efecto psíquico de la turbación, y hasta estudiaron el papel que cumplen las tías durante el cortejo de los norteamericanos.

Al presente, uno de los servicios regulares más apreciados es proporcionar tías garantizadas. Los jóvenes pueden llamarlas, y ellas se encargan de presentarles a chicas tímidas y turbadas; después les ofrecen un ambiente adecuado, consistente en una sala iluminada y llena de adornos, un diván incómodo, y una ansiosa viejecita que entra y sale a intervalos metódicamente inesperados, con café y torta casera.

Según dicen, el suspense se torna prácticamente irresistible.

LA SANGUIJUELA

La sanguijuela esperaba su alimento. Llevaba milenios flotando a través del vasto espacio. Había pasado innumerables siglos en el vacío interestelar, desprovista de conciencia. Cuando llegó finalmente a las proximidades de un sol, ni siquiera supo darse cuenta. En torno a aquella espesa y dura, la radiación fulguró, dándole vida. Las fuerzas gravitatorias la atrajeron con violencia.

Junto con otros despojos estelares, sucumbió al reclamo de un planeta; cayó sobre él, sin perder su apariencia de muerte, encerrada en su vaina resistente. Como una partícula de polvo entre tantas otras, los vientos la empujaron en torno a la Tierra, jugaron con ella, y al fin la dejaron caer.

Ya en el suelo, comenzó a despertar, a absorber alimentos a través de su vaina. Crecía y se alimentaba.

Frank Connors llegó hasta el porche y tosió un par de veces.

—Disculpe, profesor —dijo.

El hombre alto y pálido no se movió del diván destartado. Roncaba suavemente, con los anteojos de carey montados sobre la frente.

—Lamento mucho molestarlo —dijo Connors, echando hacia atrás su raído sombrero de fieltro—. Y sé que ésta es su semana de descanso, pero hay algo muy raro en la acequia.

La ceja izquierda del hombre pálido se estremeció, pero no dio ninguna otra señal de haber escuchado.

Frank Connors volvió a toser, sosteniendo una pala con la mano cubierta de venas violáceas.

—¿Me oyó, profesor?

—Claro que te oí —respondió Michaels con voz apagada, sin abrir los ojos—. Encontraste un gnomo.

—¿Qué cosa? —preguntó Connors, mirándolo de soslayo.

—Un hombrecito vestido de verde. Dale leche, Connors.

—No, señor; creo que es una roca.

Michaels abrió un ojo en dirección a Connors.

—Créame que lo siento —dijo éste.

Diez años atrás, el profesor Michaels había establecido la costumbre de tomarse una semana de descanso absoluto. Durante el invierno enseñaba antropología, trabajaba en cuatro o cinco comisiones, incursionaba en la física y en la química, y todavía encontraba tiempo para escribir un libro por año. Cuando el verano llegaba se sentía verdaderamente cansado.

Entonces se retiraba a su granja, ubicada en el estado de Nueva York, y ganada con duro esfuerzo. Su norma inalterable era no hacer absolutamente nada durante una semana; Frank Connors cocinaba y se ocupaba de diversas tareas; él, mientras tanto,

dormía. A la segunda semana empezaba a andar por los alrededores, contemplaba los árboles, pescaba. Dedicaba la tercera semana a broncearse, a leer, a reparar el cobertizo y a escalar la montaña. Después de cuatro semanas estaba ansioso por volver a la ciudad.

Pero la semana de descanso era sagrada.

—De veras, no lo molestaría por una tontería —dijo Conners, en tono de disculpa—. Lo que pasa es que esa maldita roca carcomió unos cuantos centímetros de la pala.

Michaels se incorporó, abriendo los ojos. La pala que sostenía Conners tenía el borde redondeado completamente trunco. El profesor saltó del diván y metió los pies en unos mocasines desgastados.

—Vamos a ver esa maravilla —dijo.

Cruzaron el césped del frente: el objeto estaba en la acequia, a unos sesenta centímetros del camino principal. Era redondo, del tamaño aproximado de un neumático grande, y presentaba un aspecto totalmente sólido. Su espesor era de unos dos centímetros; era de color grisáceo, recubierto por una intrincada red de venas.

—No lo toque —le advirtió Conners.

—No pienso hacerlo. Dame tu pala.

Michaels tanteó el objeto, probándolo con la pala. No cedía en ningún punto. Sostuvo la herramienta contra la superficie por un momento. Cuando la retiró, habían desaparecido otros dos centímetros.

Michaels frunció el ceño y se ajustó los anteojos sobre la nariz. Mientras sostenía la pala contra la roca con una mano, arrió la otra a su superficie. La pala continuó reduciéndose.

—No parece producir calor —dijo a Conners—. ¿Notaste algo de eso la primera vez?

Conners hizo un ademán negativo.

Michaels levantó un puñado de tierra y lo arrojó contra el objeto. El polvo se disolvió instantáneamente sin dejar ningún rastro sobre la superficie de color gris oscuro. Lo mismo sucedió con una piedra grande que le arrojó después.

—¿Alguna vez vio algo más extraño, profesor? —preguntó Conners.

—No —respondió Michaels—; tenías razón.

Alzando la pala, la bajó con precisión sobre el objeto. Ante el impacto, estuvo a punto de soltar la herramienta. Había sujetado el mango con fuerza a fin de resistir el rebote, pero la pala chocó sobre la superficie rígida y quedó allí. La masa no había cedido en absoluto, y tampoco había rechazado el impacto.

—¿Qué puede ser? —preguntó Conners.

—No se trata de una piedra —dijo Michaels, retrocediendo—. Una sanguijuela absorbe sangre. Esto parece absorber tierra. Y palas.

La golpeó algunas veces más, a modo de experimento, y cambió una mirada con Conners. Por la ruta pasaron cinco o seis camiones del ejército.

—Voy a llamar a la universidad para consultar a un físico —dijo Michaels—. O a un biólogo. Quisiera deshacerme de esto antes de que me arruine el césped.

Volvieron a la casa.

Todo servía a la sanguijuela como alimento. El viento, al ondular sobre su superficie gris, le agregaba su pitanza de energía cinética. Al caer la lluvia, la fuerza de cada gota se incorporaba a sus reservas. La superficie sedienta absorbía toda el agua.

También la luz solar era absorbida y convertida en parte de su volumen. El suelo sobre el que descansaba, la tierra, las piedras y las ramas quebradas, todo era asimilado por las complejas células. La energía, a su vez, se transformaba en masa, y la sanguijuela continuaba creciendo.

Lentamente, los primeros destellos de conciencia regresaron a ella. Y antes que nada supo de la inadmisiblemente pequeña de su cuerpo.

Y creció.

Cuando Michaels fue a verla, al día siguiente, la sanguijuela tenía dos metros y medio de diámetro; ya había desbordado el límite del césped y se asomaba al camino. Al día siguiente llegaba ya a los cinco metros y medio de diámetro; su forma se había adaptado a la profundidad de la acequia y cubría ya casi todo el camino.

Ese día vino el comisario, en su viejo Ford; tras él venía media ciudad.

—¿Ésa es su sanguijuela, profesor Michaels? —preguntó el comisario Flynn.

—Sí, ésa es —respondió Michaels, quien había pasado los últimos días tratando sin éxito de encontrar un ácido para disolverla.

—Tenemos que sacarla del camino —observó Flynn, acercándose valerosamente—. No podemos dejar una cosa como ésta en el camino, profesor. El ejército tiene que pasar por aquí.

—Lo siento muchísimo —dijo Michaels, inexpresivo—. Haga lo que guste, comisario, pero tenga cuidado. Está caliente.

Eso no era cierto, pero dadas las circunstancias parecía la explicación más sencilla.

El comisario trató de introducir una barra de hierro bajo el objeto. Michaels lo miró con interés, y cuando él otro sacó su palanca reducida en quince centímetros, sonrió secretamente.

Pero el comisario no se descorazonaba con facilidad. Había venido dispuesto a luchar con una roca muy tozuda. Fue hasta el asiento trasero del coche y volvió con una lámpara de soldar y un mazo; encendió el soldador y dirigió la llama hacia la sanguijuela.

Pasados cinco minutos, no se había producido el menor cambio. El color gris no se había tornado rojo; en realidad, ni siquiera parecía haberse calentado. El comisario insistió durante quince minutos más, y finalmente llamó a uno de sus hombres.

—Jerry, golpee allí con la pica.

Jerry levantó la herramienta, hizo señas al comisario para que retrocediera y alzó la pica por sobre su cabeza. Cuando el metal golpeó, dejó escapar un grito. No hubo el más leve rebote.

A lo lejos se oyó el rugido de un convoy del ejército.

—Ahora se va a armar —dijo Flynn.

Michaels dudaba. Caminó en torno a la sanguijuela mientras se preguntaba qué clase de sustancia podía reaccionar de esa manera. La respuesta era simple: ninguna. Ninguna sustancia conocida.

El chofer de la primera camioneta levantó la mano, y el largo convoy se detuvo. Un oficial curtido y eficiente descendió del vehículo. Por las estrellas que llevaba en el hombro, Michaels comprendió que estaba frente a un teniente general.

—No podéis obstruir el camino —dijo el general—. Por favor, sacad eso de ahí.

Era un hombre alto y enjuto; vestía uniforme cobrizo, y los ojos fríos le brillaban en el rostro curtido.

—No podemos moverlo —dijo Michaels.

Y contó al general lo que había ocurrido en los últimos días.

—Hay que sacarlo —dijo el general—. El convoy tiene que pasar.

Se acercó para mirar la sanguijuela, agregando:

—¿Dice usted que no puede levantarla con una palanca, y que no se quema con soldador?

—Así es —respondió Michaels, con una leve sonrisa.

—¡Conductor! —ordenó el general, por sobre su hombro—. Pásele por encima.

Michaels iba a protestar, pero se contuvo. Los militares tendrían que extraer sus propias conclusiones.

El conductor puso la camioneta en marcha y avanzó, pasando sobre la sanguijuela, cuyo borde se alzaba a diez centímetros. Al llegar al centro del promontorio, el motor se detuvo.

—¡Yo no le he ordenado que se detenga. —gritó el general.

—Se detuvo solo —protestó el conductor.

La camioneta, detenida por fuertes tirones, había acabado por pararse. El conductor volvió a ponerla en marcha, accionó la caja de cambios y trató de sacarla hacia adelante. El vehículo permaneció inmóvil, como si estuviera pegado con cemento.

—Perdón —observó Michaels—, Si presta atención, podrá ver que las llantas se están disolviendo.

Automáticamente, el general se llevó las manos hacia la pistola que colgaba de su cinturón. Luego gritó:

—¡Salte, conductor! Y no vaya a pisar esa sustancia gris.

Pálido, el conductor trepó al techo de la camioneta, miró a su alrededor y saltó limpiamente.

En un silencio absoluto, los presentes contemplaron la camioneta. En primer término desaparecieron las llantas; en seguida, las cámaras. El chasis se disolvió también, al quedar en contacto con la superficie. Lo último en desaparecer fue la antena.

El general empezó a maldecir entre dientes.

—¡Corra hacia allá! —ordenó, volviéndose hacia el conductor—. Que algunos hombres traigan granadas de mano y dinamita.

El chofer corrió hacia el convoy.

—No sé qué es esto —dijo el general—, pero no ha de detener a un convoy del ejército norteamericano, Michaels tenía sus dudas. La sanguijuela estaba ya casi despierta, y su cuerpo reclamaba más alimento. Disolvía el suelo sobre el que se encontraba a una velocidad increíble, reemplazándolo con su cuerpo, que iba expandiéndose.

Un objeto grande cayó sobre ella, y también se convirtió en alimento. De pronto...

Hubo un estallido de energía contra su superficie; después otro, y otro. Los consumió, agradecida, convirtiéndolos en masa. Fue golpeada por pequeños perdigones de metal; tras convertirlos en masa, absorbió su energía cinética. Nuevas explosiones contribuyeron a calmar las células hambrientas.

Empezaba a percibir ciertas cosas: controló la combustión a su alrededor, las vibraciones del viento, los movimientos de su masa.

Una explosión, mayor que las anteriores, fue un sabor de verdadera comida. La consumió ávidamente, creciendo con rapidez. Y esperó, ansiosa, que se repitieran las explosiones, pues sus células exigían más alimento.

Pero no recibió nada más. Por lo tanto, siguió alimentándose del suelo y de la energía solar. Llegó la noche, con sus menores posibilidades de energía; hubo otros días y otras noches. Algunos objetos vibrantes continuaban moviéndose a su alrededor. Comía, crecía, fluía sin, cesar.

Michaels, desde una pequeña colina, contempló la desaparición de su casa. Para entonces, la sanguijuela tenía un diámetro de varios centenares de metros y negaba ya al porche delantero.

«Adiós, casa», pensó Michaels, recordando los diez veranos que había pasado allí. El porche se disolvió en el cuerpo de la sanguijuela. Poquito a poco, la casa se contrajo sobre sí.

La sanguijuela semejaba ya un campo de lava, una parcela dinamitada en el campo verde. Un soldado se le acercó por atrás..

—Perdone, señor —dijo—; el general O'Donnell desearía verlo.

—Bien —dijo Michaels, echando una mirada postrera a la casa.

Siguió al soldado, y pasaron por el alambre de púas que había sido extendido en un círculo extenso alrededor de la sanguijuela. Un pelotón de soldados montaba guardia allí cerca, para mantener a distancia a los periodistas y a los cientos de curiosos que acudían al lugar. Michaels se preguntaba por qué razón le permitían permanecer allí. Probablemente, debido a que todo eso ocurría en su propiedad. El soldado lo condujo

hasta la tienda. Michaels se inclinó para entrar. El general O'Donnell, aún con su uniforme cobrizo, estaba sentado ante un pequeño escritorio. Con un ademán, indicó a Michaels que tomara asiento.

—Me han encomendado que me deshaga de esa sanguijuela —dijo a Michaels.

Éste asintió, reservando su opinión sobre la conveniencia de encomendar a un soldado la tarea de un científico.

—Usted es profesor, ¿verdad?

—Sí, de antropología.

—Bien. ¿Fuma?

Tras encender el cigarrillo de Michaels, el general agregó:

—Me gustaría que permaneciera aquí, en calidad de consejero. Usted fue uno de los primeros en ver esa sanguijuela. Agradeceré mucho su opinión sobre el enemigo.

Lo dijo con una sonrisa.

—Con mucho gusto —aceptó Michaels—; sin embargo, pienso que esto cae dentro de la especialidad de un físico o de un bioquímico.

—No quiero que esto se llene de científicos —dijo el general O'Donnell, frunciendo el ceño—. No me interprete mal. Tengo la más profunda admiración por la ciencia, y puedo afirmar que soy un soldado científico. Siempre me han interesado los últimos adelantos en armamento. Ya no se puede luchar en la guerra sin ayuda de la ciencia.

Y aclaró, con una expresión más severa:

—Pero no puedo tener aquí a un grupo de melenudos que me impidan actuar. Mi tarea es destruir la sanguijuela por cualquier medio a mi alcance, de inmediato. Y eso es lo que voy a hacer.

—No creo que le resulte fácil —dijo Michaels.

—Por eso quiero que usted se quede. Dígame qué puedo hacer, y yo me encargaré de encontrar la forma.

—Bueno, por lo que puedo deducir, la sanguijuela es un transformador de masa-energía, con un poder horripilante. Supongo que tiene un doble ciclo: primero convierte la masa en energía, y vuelve a convertirla en masa para su cuerpo. En segundo lugar, convierte la energía directamente en masa. Cómo efectúa esto, no lo sé; no es un ser protoplasmático. Tal vez ni siquiera es celular.

—En ese caso, hace falta algo poderoso para luchar contra él —interrumpió O'Donnell—. Está bien, aquí tengo algo de eso.

—Me parece que no me ha comprendido —dijo Michaels—. Tal vez no me expresé bien. La sanguijuela se alimenta de energía. Es capaz de consumir la energía de cualquier arma que se use contra ella.

—Pero ¿qué sucederá si continúa alimentándose? —preguntó O'Donnell.

—No sé cuáles pueden ser sus límites de crecimiento. Quizá sólo esté limitado por la fuente de alimento.

—En ese caso, ¿puede continuar creciendo eternamente?

—Es posible que crezca mientras tenga con qué alimentarse.

—Éste es un verdadero desafío —dijo O'Donnell—. Esa sanguijuela puede ser capaz de resistir cualquier fuerza.

—Así parece. Le sugiero que haga venir a un físico, y también a un biólogo. Que ellos encuentren la manera de combatirlo.

El general apagó el cigarrillo, diciendo:

—Profesor, no puedo esperar mientras los científicos discuten. Le diré cuál es mi axioma.

Hizo una pausa para dar solemnidad a sus palabras.

—No hay nada insensible a la fuerza —prosiguió el militar—. Bajo una fuerza suficiente, cualquier cosa cede. Cualquier cosa.

Y agregó, en tono más amistoso:

—Profesor, usted no debería desestimar la ciencia que representa. Hemos logrado acumular, en North Hill, la mayor cantidad de energía y de armas radioactivas que se hayan reunido jamás. ¿Usted cree que su sanguijuela puede resistir la fuerza combinada de todo eso?

—Supongo que es posible sobrecargarla —dijo Michaels, vacilando.

Ahora comprendía cuál era el interés del general por tenerlo allí: él daba a las medidas un aspecto científico, y no tenía bastante autoridad para imponerse a O'Donnell.

El general, levantándose, alzó una punta de la tienda.

—Acompáñeme —dijo, alegremente—. Vamos a hacer pedazos esa sanguijuela.

Después de una larga espera, el alimento empezaba a llegar otra vez, suministrado desde un rincón. Al principio fue sólo un poquito; después, más y más: sólidos y líquidos, radiaciones, vibraciones y estallidos; una admirable variedad de comestibles. Todo lo aceptaba; el alimento llegaba con mucha lentitud a las células hambrientas, puesto que las nuevas células sumaban sus exigencias a las ya existentes.

El cuerpo, eternamente hambriento, pedía más comida, a toda prisa.

Había alcanzado ya un tamaño bastante aceptable, y estaba totalmente despierta. Aquellas sensaciones de energía que la rodeaban despertaron su interés, y logró localizar la nueva fuente de alimentos en un punto determinado.

Sin el menor esfuerzo, se propulsó en el aire, voló una corta distancia y cayó sobre el alimento. Sus células, de pasmosa eficiencia, deglutieron con avidez la rica sustancia radioactiva. Pero no despreció el menor potencial de carbohidratos ofrecido por los trozos de metal.

—Los muy estúpidos. ¿Por qué se dejaron ganar por el pánico? Cualquiera diría que no han recibido entrenamiento.

Mientras así decía, el general O'Donnell caminaba a grandes pasos frente a su tienda, ubicada ahora tres kilómetros más atrás.

La sanguijuela había crecido hasta alcanzar un diámetro de dos kilómetros. Tres poblaciones de granjeros habían sido evacuadas.

De pie junto al general, Michaels seguía anonadado por el recuerdo de lo ocurrido. Por un tiempo, la sanguijuela había absorbido el poderío masivo de las armas; después se había elevado en el aire por sobre North Hill, oscureciendo el sol, para caer en seguida. Hubo tiempo suficiente para efectuar una evacuación, pero los soldados estaban paralizados por el miedo.

Tras perder sesenta y siete hombres en el operativo Sanguijuela, el general O'Donnell pidió autorización para utilizar bombas atómicas. Desde Washington enviaron un grupo de científicos para evaluar la situación.

Frente a la tienda, O'Donnell tartamudeó, encolerizado:

—Esos expertos, ¿no se han decidido todavía?

Michaels, que consideró que no era miembro oficial del equipo investigador, se había marchado tras presentar su informe.

—Es una decisión muy difícil —explicó—. Los físicos piensan que es un asunto biológico y los biólogos parecen creer que los químicos deben dar la solución. Nadie es experto en esto, porque hasta ahora nunca había sucedido. A decir verdad, carecemos de datos.

—Es un problema militar —dijo O'Donnell con aspereza—. No me interesa averiguar qué es esa cosa, quiero destruirla. Es mejor que me autoricen a usar la bomba.

Michaels ya había hecho sus cálculos al respecto. Era imposible afirmar nada con seguridad, pero si se calculaban la velocidad con la que la sanguijuela absorbía masa-energía, sus dimensiones y su capacidad de crecimiento, una bomba atómica podría sobrecargarla..., siempre que la usaran a tiempo.

Según sus cálculos, la bomba debía ser utilizada antes de que transcurrieran tres días. La sanguijuela crecía en proporción geométrica, y en unos pocos meses cubriría todos los Estados Unidos.

—Llevo una semana tratando de conseguir permiso para usar la bomba —gruñó O'Donnell—; y lo conseguiré, pero tengo que esperar hasta que esos asnos terminen de hablar.

Dejó de caminar, y agregó:

—Voy a destruir esa sanguijuela. La aplastaré, aunque sea lo último que haga. Ahora es más que una cuestión de seguridad. Es mi orgullo el que está en juego.

Michaels pensó que esa actitud, aunque digna de grandes generales, no era la manera de enfrentar el problema. Al considerar la sanguijuela como un enemigo, O'Donnell estaba tomando una actitud antropomórfica. Incluso esa identificación de «sanguijuela» era un factor que la humanizaba. O'Donnell la encaraba como lo haría con un obstáculo físico cualquiera, como si aquello fuera el simple equivalente de un gran ejército.

Pero la sanguijuela no era humana. Tal vez no pertenecía siquiera a este planeta. Había que encararla en sus propios términos.

—Ahí vienen los grandes cerebros —dijo O'Donnell. Un grupo de hombres cansados acababa de salir de una tienda cercana; al frente iba Allenson, biólogo del gobierno.

—Y bien —preguntó el general—, ¿habéis resuelto de qué se trata?

—Un momento —dijo Allenson, con los ojos enrojecidos—. Voy a cortar una muestra.

—¿Habéis encontrado algún método científico para matarla?

—Oh, eso no fue muy difícil de descubrir —dijo Moriarty, físico atómico—. Rodeadla de un vacío absoluto. Eso surtirá efecto. También podéis hacerla volar con antigravedad.

—Pero si eso no da resultados —dijo Allenson—, sugerimos que utilicéis la bomba atómica, y pronto.

—¿Todo el grupo piensa así? —pregunto O'Donnell, con los ojos relucientes.

—Sí.

El general se marchó de prisa, y Michaels se unió a los científicos.

—Tendrían que habernos llamado al principio —se quejó Allenson—. Ahora sólo resta emplear la fuerza.

—¿Habéis llegado a alguna conclusión en cuanto a la naturaleza de la sanguijuela? —preguntó Michaels.

—Sólo de una manera general —dijo Moriarty—, y son aproximadamente las mismas que extrajo usted. Probablemente, la sanguijuela es de origen extraterrestre. Parece haberse mantenido en estado de espora hasta llegar a la Tierra.

Hizo una pausa para encender la pipa, y continuó:

—Entre paréntesis, debemos alegrarnos de que no haya caído en el océano. Nos hubiera comido el planeta bajo los pies sin darnos tiempo a enterarnos de qué se trataba.

Por unos minutos, caminaron en silencio.

—Como usted ha dicho, es un perfecto transformador; puede convertir la masa en energía y viceversa.

Y agregó, con una sonrisa:

—Naturalmente, eso es imposible, y mis cálculos así lo demuestran.

—Voy a servirme algo para beber —dijo Allenson—. ¿Alguien me acompaña?

—Es la mejor idea de toda la semana —dijo Michaels—. Me pregunto cuánto tiempo tardará O'Donnell en conseguir permiso para usar la bomba.

—Por lo que yo sé de política —dijo Moriarty—, le llevará demasiado tiempo.

Las conclusiones de los científicos del gobierno fueron revisadas por otros científicos del gobierno. Eso llevó algunos días. Después, Washington quiso saber si no había otra alternativa que hacer explotar una bomba atómica en medio del estado de Nueva York. Se demoró bastante en convencerlos de que era necesario. Después de eso comenzaron a evacuar la población, lo que requirió aún más tiempo.

Finalmente, se dio la orden. Sacaron de un depósito cinco bombas atómicas, se asignó un cohete patrullero, se le dieron indicaciones y se lo puso bajo las órdenes del general O'Donnell. Eso demandó un día más.

Y por fin, el robusto cohete comenzó a remontarse sobre Nueva York. Desde lo alto era fácil identificar la mancha gris oscura. Se extendía como una herida purulenta entre Lake Placid y Elizabethtown, cubriendo Keene y el valle Keene, y desbordando los límites de Jay.

Se descargó la primera bomba.

Había esperado mucho tiempo desde la primera comida sustanciosa. Muchas veces, la mayor radiación del día había sido seguida por la disminución energética de la noche, en tanto la sanguijuela consumía la tierra que tenía debajo, absorbía el aire de alrededor, y crecía. Entonces, un día...

¡Un asombroso estallido de energía!

Todo era alimento para la sanguijuela; naturalmente, existía la posibilidad de atragantarse. La energía se derramaba en lluvia sobre ella, la sacudía...

Y la sanguijuela creció frenéticamente, tratando de absorber las dosis titánicas que recibía. Pequeña aún, llegó rápidamente al límite de saturación. Las células forzadas, colmadas hasta la saciedad, recibían más y más comida. El cuerpo abarrotado procreó más células a una velocidad vertiginosa. Y entonces...

Resistió. La energía, ya bajo control, estimuló más aún el crecimiento. Hubo más células para absorber el alimento.

Las dosis siguientes fueron muy apetitosas, y las digirió con facilidad. La sanguijuela desbordó sus propios límites; crecía, comía y continuaba creciendo.

¡Ése era el sabor del auténtico alimento! Se encontró más próxima que nunca al éxtasis. Aguardó con ansias recibir nuevas cantidades, pero no las hubo.

Volvió a alimentarse de la tierra. Muy pronto, la energía, utilizada para producir más células, resultó un derroche. Y pronto volvió a sentirse hambrienta.

Siempre estaría hambrienta.

O'Donnell emprendió la retirada, junto con su desmoralizada tropa. Acamparon a diez kilómetros del límite meridional de la sanguijuela, en el pueblo de Schroon Lake, que había sido completamente evacuado. La sanguijuela había alcanzado más de sesenta kilómetros de diámetro, y crecía con rapidez. Yacía extendida sobre las montañas Adirondack, cubriendo como una sábana todo lo que había entre el lago Saranac y el fuerte Henry; por un lado, su límite se extendía hasta Westport, en el lago Champlain.

Se evacuó a todo el mundo en un radio de trescientos kilómetros.

El general O'Donnell obtuvo permiso para usar la bomba de hidrógeno, sujeta a la aprobación de los científicos.

—¿Qué han decidido los grandes cerebros? —preguntó O'Donnell.

Él y Michaels estaban en la sala de una casa evacuada, en Schroon Lake, donde el general había instalado su puesto de comando.

—¿Por qué se andan con tantas vueltas? —preguntó O'Donnell, impaciente—. Hay que hacer estallar de inmediato esa sanguijuela. ¿Por qué pierden tanto tiempo?

—Temen que se produzca una reacción en cadena —explicó Michaels—. Eso es posible, si se concentran bombas de hidrógeno en la superficie terrestre o en la atmósfera. Pueden ocurrir muchas cosas.

—Quizá pretendan que usemos las bayonetas —comentó O'Donnell, despectivo.

Michaels, con un suspiro, se sentó en un sillón. Estaba convencido de que el método era erróneo. Los científicos del gobierno se limitaban a una sola línea de razonamiento. Sobre ellos se ejercían presiones tan poderosas que no les quedaba oportunidad de considerar otras soluciones aparte de la fuerza. Y la sanguijuela crecía con ella, Michaels no lo ponía en duda: a veces no era lo más aconsejable combatir el fuego con el fuego.

El fuego. Loki, dios del fuego. Y de las triquiñuelas. No, no era ésa la respuesta. Tero la mente de Michaels se refugiaba en la mitología, alejándose de un presente insoportable.

Allenson llegó, acompañado por seis hombres:

—Bueno —dijo—, si se emplea la cantidad de bombas necesarias según nuestros cálculos, es muy posible que la Tierra se parta en dos.

—En la guerra es preciso correr riesgos —contestó O'Donnell, cortante—. ¿Puedo proceder?

Y Michaels comprendió entonces que a O'Donnell no le importaba partir la Tierra en dos, si con eso provocaba la explosión más poderosa de la historia.

—No se apresure —dijo Allenson—. Quiero que los demás den su opinión.

El general se contuvo a duras penas.

—Recordad —dijo— que, según vuestros cálculos, la sanguijuela crece a razón de sesenta metros por hora.

—Y eso va en aumento —agregó Allenson—. Pero ésta no es una decisión que pueda tomarse apresuradamente.

La mente de Michaels comenzó a divagar otra vez, hacia las flechas incendiarias de Zeus. Eso era lo que necesitaban. O la fuerza de Hércules.

O...

De pronto se irguió.

—Caballeros, creo poder ofrecer una alternativa, aunque muy débil.

Todos lo miraron.

—¿Habéis oído hablar de Anteo? —preguntó.

Cuanto más comía la sanguijuela, más velozmente crecía, y más hambrienta se tornaba. Aunque había olvidado su nacimiento, podía recordar el pasado. Recordaba haber devorado un planeta. Tras alcanzar un tamaño gigantesco, se había trasladado, hambrienta, a una estrella cercana; la devoró también, para reponer las células convertidas en energía durante el viaje. Pero ya no quedaba alimento, y la estrella más próxima estaba a una enorme distancia. Empezó viaje, pero mucho antes de llegar se agotó su energía. Convertida su masa en energía para hacer el viaje, fue consumida. Se redujo.

Por último, toda su energía quedó agotada. Se redujo a una espora que deambulaba sin rumbo en el espacio.

Aquella fue la primera vez. ¿O no? Creía poder recordar el tiempo distante y nebuloso en que el universo estaba completamente cubierto de estrellas. Se había abierto camino entre ellas, devorándolas, haciendo desaparecer secciones enteras, mientras crecía y aumentaba. Y las estrellas se habían agrupado, aterrorizadas, formando galaxias y constelaciones.

Tal vez todo era un sueño.

Ahora se alimentaba metódicamente de la Tierra, preguntándose dónde estaba el alimento más sustancioso. Y de pronto volvió a percibirlo, pero esta vez suspendido en el aire, sobre ella. Esperó, pero la tentadora comida no se puso a su alcance. Desde allí podía notar que se trataba de alimento puro y rico.

¿Por qué no bajaba?

La sanguijuela aguardó mucho tiempo, pero el alimento permanecía fuera de su alcance. Por fin se elevó en su busca.

La comida se alejó más y más de la superficie del planeta. La sanguijuela fue tras ella, a la máxima velocidad que le permitía su enorme tamaño.

El sustancioso alimento huyó hacia arriba, hacia el espacio; la sanguijuela siguió tras ella. Presentía, más allá, una fuente de alimentos aún más tentadora.

¡El alimento maravilloso y caliente de un sol!

En el cuarto de control, O'Donnell sirvió champaña a los científicos. Más tarde habría cenas oficiales, pero ésta era la verdadera celebración de la victoria.

—Brindemos —dijo el general, poniéndose de pie.

Todos levantaron sus copas, con excepción de un teniente que, sentado frente al tablero de control, guiaba la zumbadora masa espacial.

—A la salud de Michaels, a quien se le ocurrió lo de... ¿Cómo se llamaba, Michaels?

—Anteo.

Michaels había estado bebiendo champaña sin cesar, pero no se sentía exaltado. Anteo, nacido de Gea, la Tierra, y de Poseidón, el Mar. El luchador invencible. Cada vez que Hércules lo arrojaba al suelo, se alzaba renovado.

Hasta que Hércules lo sostuvo en el aire.

Moriarty, con regla de cálculos, lápiz y papel, murmuraba sus resultados entre dientes. Allenson bebía, pero su expresión no era muy feliz.

—Venid, pájaros de mal agüero —dijo O'Donnell, sirviendo más champaña—. Después seguiréis con vuestros cálculos; ahora, bebed.

E inquirió, dirigiéndose al operador:

—¿Cómo va eso?

La analogía de Michaels había sido aplicada a una nave espacial operada a control remoto y cargada exclusivamente de radioactividad. La mantuvieron suspendida por sobre la sanguijuela hasta que ésta la siguió, elevándose para seguir al señuelo. Anteo había abandonado a su madre, la Tierra, y se iba debilitando en el aire. El operador conducía la nave espacial a suficiente velocidad como para mantenerla fuera del alcance de la sanguijuela, pero lo bastante cerca como para inducirla a seguir.

El curso había sido trazado para provocar una colisión con el sol.

—Va bien, señor —contestó el operador—. Ahora está en la órbita de Mercurio.

—Señores —dijo el general—, juré que destruiría eso. No es ésta la forma en que deseaba hacerlo. Yo había imaginado un modo más directo. Pero lo importante es destruirla. Todos vosotros lo presenciáis. A veces, la destrucción puede ser una misión sagrada, y ésta es una de esas ocasiones. ¡Señores, esto es maravilloso para mí!

—¡Haced volver la nave especial!

Era Moriarty quien había hablado; estaba palidísimo.

—¡Haced que vuelva esa maldita nave! —insistió.

Les mostró sus cálculos. Eran fácilmente comprensibles: la tasa de crecimiento de la sanguijuela, la tasa estimada de consumo de energía. Una constante: su velocidad en el espacio. Una curva exponencial: la energía que recibiría del sol al acercarse. La proporción de absorción de energía, calculada en términos de crecimiento, expresada en una progresión continua.

El resultado...

—Consumirá el sol —dijo Moriarty, en voz queda.

El cuarto del control se transformó en un infierno. Seis científicos trataron al mismo tiempo de explicárselo a O'Donnell. Después lo intentó Moriarty. Allenson fue el último.

—Su tasa de crecimiento es tan elevada, su velocidad tan reducida..., y es tanta la energía que recibirá, que la sanguijuela consumirá el sol en cuanto llegue allí. Por lo menos, se alimentará de él hasta consumirlo.

O'Donnell no trató siquiera de comprender aquello. Se limitó a ordenar al operador:

—Hágala volver.

Todos se inclinaron sobre la pantalla de radar, ansiosos.

El alimento se desvió súbitamente del camino de la sanguijuela. Ante sí tenía una fuente enorme, pero estaba aún demasiado lejana. La sanguijuela vaciló.

Sus células, que gastaban energía sin medida, clamaban por una decisión. La comida parecía tentadoramente próxima.

¿La fuente más cercana, o la más grande?

El cuerpo de la sanguijuela quería alimento de inmediato.

Y salió en su persecución, apartándose del sol.

Al sol le correspondería el próximo turno.

—Póngalo en ángulo recto con el plano del sistema solar —dijo Allenson.

El operador manipuló los controles. En las pantallas del radar, se dibujó una burbuja que iba en persecución de un punto. Se había desviado.

El alivio fue inmenso y general. ¡El desastre había pasado muy cerca!

—¿En qué sector del cielo puede estar la sanguijuela? —preguntó O'Donnell, inexpresivo el rostro.

—Salgamos; creo poder mostrárselo —dijo un astrónomo.

Se dirigieron hacia la puerta, y el astrónomo señaló en cierta dirección.

—Hacia allá —indicó.

—Aja. Bueno, soldado, cumpla con sus órdenes —dijo O'Donnell al operador.

Los científicos soltaron una exclamación unánime. El operador manipuló los controles, y la burbuja se aproximó al punto. Michaels hizo ademán de cruzar la habitación.

—Deténgase. Sé lo que hago —dijo el general, con tono autoritario—. Hice construir especialmente esa nave.

En la pantalla del radar, la burbuja se apoderó del punto.

—Os dije que ésta era una cuestión personal —dijo O'Donnell—. Juré destruir esa sanguijuela. Jamás estaremos seguros mientras ella viva.

Y agregó, sonriendo:

—¿Por qué no miramos el cielo?

En seguida se dirigió hacia la puerta, seguido por los científicos.

—Teniente, ¡oprima el botón!

El operador lo hizo. Por un momento, nada sucedió. Luego el cielo tomó un color encendido.

Una estrella brillante apareció en el espacio, iluminando brevemente la noche. Aumentó de tamaño y comenzó a esfumarse.

—¿Qué ha hecho usted? —jadeó Michaels.

—Ese cohete fue construido en base a una bomba de hidrógeno —dijo O'Donnell, con expresión de triunfo—. La hice estallar en el momento de hacer contacto.

Y volvió a preguntar al operador:

—¿Aparece algo en el radar?

—Nada, señor.

—Caballeros —dijo el general—, hice contacto con el enemigo, y lo vencí. Bebamos más champaña.

Pero de pronto, Michaels se sintió mal.

Había empezado a reducirse por el desgaste de energía cuando sobrevino la gran explosión. No hubo forma de contenerla. Las células de la sanguijuela la absorbieron durante una fracción de segundo, y después se saturaron espontáneamente.

La sanguijuela fue destrozada, aniquilada. Se partió en mil partículas, y esas partículas se dividieron por millones.

Las partículas fueron despedidas por la onda explosiva, y se dividieron aún más, espontáneamente.

Y se convirtieron en esporas.

Las esporas, a su vez, se redujeron a secas y duras partículas de polvo, sin vida aparente. Billones de ellas flotaron esparcidas, en estado de inconsciencia, en el vacío del espacio.

Billones de esporas en espera de alimento.

EL PÁJARO VIGÍA

Cuando Gelsen entró, los otros fabricantes de pájaros vigías ya estaban presentes. Había seis, además de él, y el humo de sus cigarros caros azulaba el aire de la habitación.

—Hola, Charlie —lo saludó alguien.

Los otros interrumpieron la conversación el tiempo necesario para darle la bienvenida con un gesto casual. Pensó con sarcasmo que, en su carácter de fabricante de pájaros vigías, era uno de los fabricantes de salvación, ¡Qué gran honor! Si uno desea salvar a la humanidad, necesita un contrato del gobierno.

—El agente del gobierno no ha llegado todavía —le informó alguien—. Lo esperamos en cualquier momento.

—Ya tenemos la aprobación —agregó otro.

—¡Qué bien!

Gelsen tomó asiento cerca de la puerta y echó un vistazo a su alrededor. Parecía una convención, o una reunión de boy-scouts. El abultado volumen de los seis hombres compensaba la escasez de su número. El presidente de la Sureña Consolidada hablaba a voz en cuello de la prolongada duración de los pájaros vigías. Sus dos interlocutores sonreían, asintiendo con la cabeza; cuando uno de ellos intentaba interrumpir para hablar de alguna prueba efectuada con respecto a las habilidades de los pájaros vigías, el otro hablaba sobre el nuevo aparato para recargarlos.

Los otros tres formaban un pequeño grupo dedicado al panegírico del pájaro vigía.

Gelsen notó que todos ellos se mantenían muy erguidos, en el supuesto papel de salvadores. No le encontraba a aquello ninguna gracia. Él también se había sentido así hasta hacía muy poco, una especie de santo, algo calvo y de abdomen prominente. Encendió un cigarrillo, suspirando. Al iniciarse el proyecto había sido tan entusiasta como los demás. Recordaba haberle dicho a Macintyre, el ingeniero principal: —Mac, comienza una nueva era. El pájaro vigía es la gran solución.

Y Macintyre, el nuevo converso al mito del pájaro vigía, asintió con énfasis.

¡Qué maravilloso parecía todo entonces! Una solución simple y segura para uno de los mayores problemas de la humanidad, contenida en medio kilo de metal inalterable, vidrio y plástico.

Quizás a eso debía sus dudas presentes. Algo le decía que los problemas humanos no son tan fáciles de solucionar. Allí había alguna trampa. Después de todo, el crimen era un problema muy antiguo, y el pájaro vigía, una solución demasiado reciente.

—Caballeros...

Conversaban con tanta animación que nadie había reparado en la llegada del agente gubernamental. La habitación quedó súbitamente en silencio.

—Caballeros —repitió el fornido funcionario—: con la aprobación del Congreso, el presidente ha ordenado formar una división de pájaros vigías para cada ciudad y para cada pueblo del país.

Los presentes lanzaron un espontáneo grito de triunfo. Después de todo, pensó Gelsen, se les daba la oportunidad de salvar al mundo; y se preguntó, preocupado, dónde estaba el problema.

Escuchó con atención al funcionario, que describía el sistema de distribución. El país sería dividido en siete zonas, cada una de las cuales quedaría bajo la atención de uno de los fabricantes. Eso representaba un monopolio, naturalmente, pero era necesario. Lo mismo sucedía con el servicio de teléfonos: era en el mejor interés del usuario. En el servicio de pájaros vigías no habría competencia. Pájaros vigías para todo el mundo. El agente gubernamental agregó: —El presidente espera que contemos a la brevedad con un servicio completo de pájaros vigías. Gozarán de prioridad en la provisión de metales, mano de obra, etc.

—En lo que a mí concierne —dijo el presidente de la Sureña Consolidada—, confío distribuir la primera partida de pájaros vigías en el plazo de una semana. La producción está organizada.

Los demás se declararon también preparados. Las fábricas estaban dispuestas desde hacía meses para producir los pájaros vigías. Ya se había llegado a un acuerdo en cuanto al equipo definitivo, y lo único que faltaba era la aprobación presidencial.

—Bien —dijo el funcionario— si eso es todo, creo que podemos... ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —dijo Gelsen—. Quisiera saber si el modelo que vamos a fabricar es el actual.

—Por supuesto —contestó el representante—. Es el más perfeccionado.

—Tengo una objeción —dijo Gelsen, poniéndose de pie.

Sus colegas lo miraron con frialdad. Era obvio que estaba retrasando el comienzo de una era gloriosa.

—¿Cuál es su objeción? —preguntó el funcionario.

—En primer lugar, permitidme aclarar que estoy por entero a favor de una máquina para combatir el crimen. La necesitamos desde hace mucho tiempo. Mi única objeción se basa en los circuitos de aprendizaje del pájaro vigía, que estimulan a la máquina y le otorgan una pseudo-conciencia. No puedo aprobar eso.

—¡Pero, señor Gelsen! ¡Usted mismo afirmó que el pájaro vigía no sería totalmente eficaz si no se le instalaban esos circuitos! Sin ellos, los pájaros vigías impedirían tan sólo un setenta por ciento de los crímenes.

—Lo sé.

Gelsen se encontraba incómodo, pero manifestó, obstinado:

—Creo que existe un peligro de orden moral en permitir que una máquina tome decisiones que sólo incumben al hombre.

—¡Vamos, Gelsen! —dijo el presidente de una corporación—. No se trata de eso. El pájaro vigía sólo ejecutará decisiones tomadas por hombres honestos mucho tiempo atrás.

—En mi opinión, la verdad es ésa —señaló el delegado de gobierno—. Pero entiendo muy bien lo que dice el señor Gelsen. Es lamentable entregar un problema humano a una máquina, pero más lamentable es que haga falta una máquina para hacer cumplir nuestras leyes. Pero le ruego, señor Gelsen, que tenga presente una cosa: no hay otra manera de detener a un criminal antes de que aseste el golpe. Sería una injusticia para con los inocentes que mueren asesinados todos los días, si pusiéramos trabas al pájaro vigía por razones filosóficas, ¿no le parece?

—Sí, por supuesto —dijo Gelsen, desalentado.

Mil veces se había repetido lo mismo, pero algo continuaba perturbándolo. Tal vez necesitaba conversarlo con Macintyre. Al finalizar la conferencia, se le ocurrió algo que lo hizo sonreír: muchos policías iban a quedar sin trabajo.

—¿Qué le parece esto? —preguntó el oficial Celtrics—. Llevo quince años en la sección Homicidios, y ahora me van a reemplazar por una máquina.

Se enjugó la frente con sus grandes y enrojecidas manos, y se apoyó en el escritorio del capitán.

—¿No es maravillosa la ciencia?

Otros dos policías, que habían pertenecido también a Homicidios, asintieron sombríamente.

—No se preocupe, Celtrics —dijo el capitán—; le encontraremos un puesto en Hurtos. Le gustará.

—No puedo creerlo —se quejó Celtrics—. Un miserable pedazo de lata y vidrio va a resolver todos los crímenes.

—No es así —explicó el capitán—. Los pájaros vigías evitarán los crímenes antes de que sucedan.

—¿Entonces, no habrá crimen? —preguntó uno de los policías—. Pero no se puede condenar a nadie por un crimen que no ha cometido, ¿no?

—No se trata de eso —dijo el capitán—; se da por sentado que los pájaros vigías impiden al hombre que cometa el delito.

—Entonces, ¿nadie lo arresta? —preguntó Celtrics.

—No sé cómo van a encarar eso —admitió el capitán.

Los hombres permanecieron en silencio por un momento. Él capitán bostezó y echó una mirada al reloj.

Celtrics, siempre apoyado en el escritorio, dijo:

—Lo que no entiendo es cómo funcionan. ¿Cómo empezó la cosa, capitán?

El capitán escudriñó el rostro de Celtrics, para detectar cualquier señal de ironía; después de todo, los periódicos llevaban meses enteros hablando del pájaro vigía. Pero recordó que Celtrics, como sus demás colegas, muy pocas veces leía más allá de las páginas de deportes. Trató de recordar lo que había leído en el suplemento dominical y dijo:

—Bueno, unos científicos estuvieron haciendo trabajos en criminología. Estudiaron a los asesinos, para encontrar qué era lo que los impulsaba a actuar así, y descubrieron que sus cerebros emiten ciertas ondas diferentes a las de la gente común. También ciertas glándulas reaccionan de un modo extraño. Todo esto sucede cuando están por cometer un crimen. Y entonces, esos científicos inventaron una máquina especial que emite una señal de alarma, o algo así, cuando esas ondas cerebrales entran en funcionamiento.

—¡Oh, los científicos! —exclamó Celtrics, con amargura.

—Cuando los científicos hubieron inventado esa máquina, no supieron qué hacer con ella. Era muy grande para hacerla circular, y los asesinos no solían pasar por allí como para hacerla funcionar. Por eso fabricaron un aparato más pequeño, y lo probaron en algunas comisarías de policía. Creo que probaron una en el norte del estado, pero no anduvo bien. No se llegaba a tiempo al lugar del crimen. Finalmente, hicieron los pájaros vigías.

—Yo no creo que logren impedir los crímenes —repitió uno de los policías.

—Sí, pueden hacerlo. Leí los resultados de las pruebas. Pueden oler un criminal antes de que cometa el asesinato. Y cuando lo encuentran, le dirigen una violenta descarga, o algo así. Eso los detiene.

—Capitán, ¿va a cerrar la sección de Homicidios? —preguntó Celtrics.

—No; mantendré una dotación de guardia hasta ver cómo actúan esas máquinas.

—Una dotación de guardia —gruñó Celtrics—. ¡Es divertido!

—Seguro, pero la dejaré de todos modos. Parece que los pájaros no evitan todos los asesinatos.

—¿Y por qué?

—Algunos asesinos no emiten esas ondas cerebrales —contestó el capitán, tratando de recordar lo que decía el periódico—. O no les funcionan las glándulas, o algo así.

—¿Y a cuáles pueden detener? —preguntó Celtrics, con curiosidad profesional.

—No lo sé, pero según parece han arreglado esas malditas cosas para que en poco tiempo sean capaces de impedir todos los crímenes.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Y..., los pájaros vigías aprenden, igual que la gente, me parece.

—¿Está bromeando?

—No.

—Bueno, por las dudas voy a seguir engrasando el arma. Por las dudas. No se puede confiar en esos científicos.

—Cierto.

—¡Pájaros! —murmuró Celtrics.

El pájaro vigía trazó una curva amplia y perezosa por sobre la ciudad, reluciente su piel de aluminio bajo el sol de la mañana, salpicadas sus rígidas alas por puntos luminosos.

Volaba en silencio. No obstante, todos sus sentidos funcionaban. El sistema cinestésico le revelaba su ubicación y lo mantenía en una larga curva de búsqueda. Los ojos y oídos funcionaban a la par, siempre buscando, buscando.

Y entonces, algo sucedió. Los reflejos electrónicos del pájaro vigía captaron el filo de una sensación. Un centro de correlación la puso a prueba, comparándola con los datos electrónicos y químicos depositados en su memoria. Un relé saltó en su interior.

El pájaro guía descendió en espiral hacia aquella sensación, cada vez más poderosa. Empezó a oler la exudación de ciertas glándulas y a sentir el gusto de una onda cerebral desviada.

Alerta, listo para el ataque, giró y planeó en la brillante luz matinal.

Dinelli estaba tan concentrado que no vio acercarse al pájaro vigía. Tenía el revólver apuntado hacia el corpulento almacenero, y suplicaba con los ojos:

—¡No se acerque!

—¡Raterito piojoso! —exclamó el almacenero, avanzando otro paso—. ¿Con que quieres robarme? ¡Te romperé los huesos!

El almacenero, por exceso de estupidez o de coraje, seguía avanzando hacia el ladronzuelo, sin comprender la amenaza implícita en el revólver.

—¡Basta! —exclamó Dinelli, presa de pánico—. ¡Basta, imbécil! ¡Ahora verá!

En ese momento recibió en la espalda una descarga eléctrica. El revólver se disparó, destrozando una propaganda de cereales para el desayuno.

—¿Qué diablos...? —preguntó el almacenero, mirando al atónito ladrón.

En ese momento vio un relampagueo de alas plateadas.

—¡Bueno, que me condenen. ¡Esos pájaros funcionan de veras!

Se quedó mirando aquellas alas hasta que desaparecieron en el cielo. Después telefoneó a la policía. El pájaro vigía retomó su curso de búsqueda. El centro pensante que poseía clasificó los nuevos datos aprendidos con respecto al delito.

Esta nueva información fue emitida simultáneamente a todos los oídos pájaros vigías; al mismo tiempo, recibió toda la información que ellos habían recogido. Toda novedad con respecto a información, métodos y definiciones se transmitía constantemente entre ellos.

Ahora que los pájaros vigías salían sin cesar de la fábrica, Gelsen podía al fin descansar. Un murmullo satisfecho corría por toda la planta. Los pedidos se cumplían puntualmente; las grandes ciudades de la zona tenían prioridad.

—Todo tranquilo, jefe —dijo Macintyre, asomándose a la puerta tras una inspección de rutina.

—Muy bien. Siéntese. El corpulento ingeniero se sentó y encendió un cigarrillo.

—Hace tiempo que estamos trabajando en esto —dijo Gelsen, a quien no se le ocurrió otra cosa que decir.

—Ya lo creo —confirmó Macintyre.

Se reclinó hacia atrás, aspirando profundamente. Había sido uno de los ingenieros consultores en la construcción del pájaro vigía original. Desde entonces, hacía ya seis años, trabajaba para Gelsen, y se habían hecho amigos.

—Quería preguntarle...

Hizo una pausa, sin saber cómo expresarse; al fin preguntó:

—¿Qué piensa de los pájaros vigías, Mac?

—¿Quién, yo? Creo que son fantásticos.

El ingeniero sonrió, nervioso. Desde el comienzo del proyecto no había hecho más que comer, beber, y dormir, con el pájaro vigía en la mente. Pero nunca se le había ocurrido pensar mucho en el asunto.

—Me refiero a otra cosa —dijo Gelsen.

Necesitaba que alguien compartiera su punto de vista: acababa de comprenderlo así.

—Quiero decir —explicó—: ¿a usted le parece que hay algún peligro en que una máquina pueda pensar?

—No, jefe, no lo creo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Vea, yo no soy científico ni ingeniero. Simplemente me encargué de los costos y de la producción, y dejé que vosotros os preocuparais de llevarlo a la práctica. Pero, como profano, el pájaro vigía comienza a asustarme.

—No hay ningún motivo para eso.

—No me gusta lo de los circuitos de aprendizaje.

—Pero ¿por qué? —preguntó Macintyre, sonriendo otra vez—. Comprendo, usted es como mucha gente, jefe; tiene miedo de que sus máquinas se despierten un buen día y digan: «¿Qué estamos haciendo aquí? Vayamos a gobernar el mundo.» ¿No es así?

—Tal vez algo por el estilo —admitió Gelsen.

—No hay ningún peligro —dijo Macintyre—. Los pájaros vigía son muy complejos, es cierto, pero una calculadora sofisticada lo es mucho más, aunque no tiene conciencia.

—No. Pero los pájaros vigías pueden aprender.

—¡Claro! Lo mismo sucede con las nuevas calculadoras. ¿Usted cree que se van a poner de acuerdo con los pájaros vigías?

Aquello fastidió a Gelsen; pero más lo fastidiaba su propia ridiculez.

—Lo cierto —dijo— es que los pájaros vigías pueden actuar de acuerdo con lo que aprenden. Nadie los manipula.

—Eso es lo que le molesta —observó Macintyre.

—He estado pensando en desligarme del pájaro vigía.

Y recién al decirlo comprendió Gelsen que era eso lo que deseaba.

—Escuche, jefe —dijo Macintyre—. ¿Quiere la opinión de un ingeniero?

—Le escucho.

—Los pájaros vigías son tan peligrosos como un automóvil, una calculadora IBM o un termómetro. Tienen tanta conciencia o voluntad como esas cosas. Están construidos para responder ante cierto estímulo y para llevar a cabo ciertas operaciones de: acuerdo con eso.

—¿Y los circuitos de aprendizaje?

—Esas cosas son necesarias —elijo Macintyre, pacientemente, como si lo explicara a un chico de diez años—. La finalidad del pájaro vigía es coartar todo intento de asesinato, ¿no es cierto? Bueno, sólo ciertos criminales proporcionan esos estímulos. Para poder detenerlos a todos, el pájaro vigía tiene que descubrir nuevas definiciones de asesinato y relacionarlas con las que ya conoce.

—Creo que eso es inhumano —dijo Gelsen.

—Eso es lo mejor. Los pájaros vigías carecen de emociones. Su razonamiento no es antropomorfo. Es imposible sobornarlos o drogarlos. Tampoco son de temer.

Sonó el intercomunicador en el escritorio de Gelsen, pero él no lo atendió.

—Todo eso ya lo sé —dijo Gelsen—. Aun así, a veces me siento como el inventor de la dinamita.. Él creyó que sólo la usarían para hacer volar troncos de árboles.

—Pero usted no inventó el pájaro vigía.

—De cualquier modo, me siento moralmente responsable, puesto que los fabrico.

El intercomunicador volvió a sonar; Gelsen, irritado, oprimió un botón.

—Han llegado los informes sobre la primera semana de operación del pájaro vigía —le dijo su secretaria.

—¿Cómo son?

—Magníficos, señor.

—Envíemelos dentro de quince minutos.

Gelsen apagó el intercomunicador y se volvió a Macintyre, quien se limpiaba las uñas con un fósforo.

—¿No cree usted que esto representa un cambio en el pensamiento humano? El advenimiento del dios mecánico, el amo electrónico.

—Jefe —respondió Macintyre—, creo que debería estudiar mejor el mecanismo de los pájaros vigías. ¿Sabe qué se inculca en los circuitos?

—Tengo una idea aproximada.

—Primero, el propósito: impedir que los seres vivos cometan asesinatos, segundo: el asesinato puede ser definido como un acto de violencia, como la interrupción de las funciones de un organismo vivo, mediante su mutilación o cualquier otro método. Tercero: la mayoría de los crímenes se detectan por ciertos cambios químicos o eléctricos.

Macintyre hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Esas instrucciones —continuó— se encargan de las funciones de rutina; además, hay dos instrucciones especiales para los circuitos de aprendizaje, que son: cuarto, hay ciertos organismos vivos que pueden cometer crímenes sin mostrar los signos mencionados en el punto tres, y quinto, éstos pueden ser detectados por datos correspondientes a la condición dos.

—Comprendo —dijo Gelsen.

—¿Se da cuenta de que no hay peligro?

—Creo que tiene razón.

Tras una breve vacilación, Gelsen concluyó:

—Está bien, eso es todo.

—Bien —replicó el ingeniero, y se marchó.

Gelsen meditó unos instantes. No podía presentarse ningún problema con los pájaros vigías. Y ordenó ante el intercomunicador:

—Envíeme los informes.

El pájaro vigía planeaba por sobre los edificios iluminados. Aunque estaba oscuro, podía ver a otro pájaro a la distancia, y otro más allá, y otro aún más lejos. La ciudad era grande.

Impedir los asesinatos.

Había ya más cosas que vigilar. Por la red invisible que conectaba a todos los pájaros vigías habían circulado nuevas informaciones, nuevos datos, nuevas maneras de detectar la violencia del asesinato.

¡Allí! El filo de una sensación. Dos pájaros vigías descendieron al mismo tiempo. Uno había recibido el olor una fracción de segundo antes que el otro. Siguió bajando, mientras el otro retomaba la vigilancia.

Instrucción cuatro: hay algunos organismos vivos que cometen asesinatos sin presentar ninguno de los síntomas mencionados en la instrucción tres.

A través de esta nueva información, el pájaro vigía comprendió, por extrapolación, que ese organismo estaba a punto de cometer un asesinato, aunque faltaran las características químicas y los olores eléctricos.

Con todos los sentidos alertas, se concentró en el organismo.

Halló lo que buscaba, y se lanzó en picada.

Roger Greco, recostado contra un edificio con las manos en los bolsillos, esperaba pacientemente. Su mano izquierda aferrada [a fría culata de un cuarenta y cinco.

No pensaba en nada especial; allí estaba, simplemente, a la espera de un hombre. No conocía los motivos por los que ese hombre debía morir; tampoco le importaban. La falta de curiosidad era una de sus dos virtudes; la otra era su habilidad.

Una bala, exactamente puesta en la cabeza de un hombre que no conocía. Aquello no lo entusiasmaba ni lo afligía. Era un trabajo como cualquier otro. Se mataba a un hombre, ¿y bien?

La víctima de Greco salió de un edificio, y él sacó el cuarenta y cinco de su bolsillo. Quitó el seguro y aferró el arma con la mano derecha. Tampoco al apuntar pensó en nada.

Y en ese momento, un golpe lo arrojó al suelo.

Greco creyó haber recibido un disparo. Se esforzó por levantarse, echó una mirada a su alrededor, y fijó sobre la víctima su vista nublada.

Recibió un nuevo golpe.

Esta vez trató de tomar puntería desde el suelo. Puesto que era un verdadero artesano, nunca habría pensado en abandonar su obra.

Con el tercer golpe, todo se oscureció. Definitivamente, pues el deber del pájaro vigía era proteger a la víctima... cualquiera fuese el costo para el criminal.

La víctima se dirigió a su coche. No había notado nada fuera de lo normal. Todo había ocurrido en silencio.

Gelsen estaba muy satisfecho. Los pájaros vigías operaban perfectamente. La violencia estaba desarmada. Los callejones oscuros habían dejado de ser cavernas terroríficas, y no hacía falta evitar las plazas o los parques después del atardecer.

Naturalmente, aún había robos y asaltos. Seguían medrando la ratería, el latrocinio, el desfalco, la falsificación, y otros cien crímenes.

Pero eso no tenía mucha importancia. El dinero se puede recobrar; la vida, jamás.

Gelsen estaba dispuesto a admitir que se había equivocado con respecto a los pájaros vigías. En realidad, estaban realizando una tarea que los hombres habían sido incapaces de cumplir.

El primer indicio de que algo andaba mal surgió esa mañana.

Macintyre entró a su oficina. Confundido y algo turbado, se detuvo frente al escritorio de Gelsen.

—¿Qué pasa, Mac? —preguntó éste.

—Uno de los pájaros vigías actuó contra un matarife. Lo desmayó de un golpe. Gelsen meditó por un instante. Sí, era posible. El nuevo circuito de aprendizaje de los pájaros vigías podía llevarlos a definir la matanza de animales como asesinato.

—Hay que ordenar a los mataderos que mecanicen la matanza —dijo Gelsen—. Personalmente nunca me ha gustado el método que emplean.

—Está bien —respondió Macintyre.

Frunció los labios y se marchó, encogiéndose de hombros.

Gelsen permaneció pensativo tras su escritorio. Aquellos pájaros ¿no podrían diferenciar entre un asesino y un hombre que cumplía su legítima profesión? No, sin duda. Para ellos, el asesinato era siempre asesinato. Sin excepciones. Arrugó el ceño. Eso podía requerir algunas supresiones en los circuitos. En seguida decidió que no serían muchas. Las indispensables como para ayudarlos a discriminar un poco. Volvió a sentarse y se sumergió entre sus papeles, tratando de soslayar el filo de un antiguo temor.

Ataron al prisionero a la silla y le sujetaron el electrodo a una pierna.

—Oh, oh —balbuceó el hombre, apenas consciente de lo que hacían.

Le sujetaron el casco a la cabeza afeitada y apretaron las últimas correas. Él siguió quejándose débilmente.

Y en ese momento, el pájaro vigía apareció en un vuelo raudo. Cómo había entrado, nadie lo sabía. Las prisiones son grandes y fuertes, con muchas puertas cerradas, pero allí estaba el pájaro vigía.

Para impedir un asesinato.

—¡Sacad eso de allí! —gritó el alcaide.

Extendió la mano hacia la llave de contacto. El pájaro vigía lo arrojó al suelo.

—¡Detenedlo! —gritó un guardia.

Él también buscó la llave, y cayó junto al alcaide.

—¡Esto no es asesinato, idiota! —gritó otro guardia.

Extrajo su revólver para disparar sobre el centelleante pájaro metálico. Éste, anticipándose, lo arrojó contra la pared.

El cuarto quedó en silencio. Rato después, el hombre del casco empezó a reír. En seguida cesó.

El pájaro vigía permanecía en guardia, aleteando en el aire, hasta asegurarse de que no se cometería ningún asesinato.

La red del pájaro vigía recibió nuevos datos. Independientes, sin gobierno, los miles de pájaros vigías los recibieron y actuaron en consecuencia.

La interrupción de las junciones de un organismo vivo, mediante su mutilación o cualquier otro método. Nuevos actos a detener.

—¡Camina, maldito seas! —gritó el granjero Ollister, levantando nuevamente el látigo.

El caballo se detuvo; el carro crujió y se estremeció, inclinándose.

—¡A ver, grandísima bazofia, anda! —gritó el granjero, Levantó nuevamente el látigo, pero no alcanzó a bajarlo. Un pájaro vigía, al percibir síntomas de violencia, lo había arrojado de su asiento, ¿Un organismo vivo? ¿Qué es un organismo vivo? Los pájaros vigías ampliaban sus definiciones, a medida que iban conociendo nuevos hechos. Y, naturalmente, esto los recargaba de trabajo.

El venado era apenas visible en la orilla del bosque. El cazador levantó el rifle y apuntó con cuidado.

No tuvo tiempo de hacer fuego.

Gelsen, con la mano libre, se secó el sudor.

—Está bien —dijo al teléfono.

Escuchó la andanada de vituperaciones que llegaba del otro extremo y dejó suavemente el tubo sobre la horquilla.

—¿Quién era ahora? —preguntó Macintyre, con la corbata suelta, la camisa desabotonada y sin afeitarse.

—Otro pescador —dijo Gelsen—, Parece que los pájaros vigías no lo dejan pescar, aunque la familia se muera de hambre. Quiere saber qué vamos a hacer al respecto.

—¿Cuántos cientos van?

—No sé. Todavía no he abierto la correspondencia.

—Bueno, ya sé cuál es el problema —dijo Macintyre, con el aire melancólico de quien descubre cómo hizo para volar la Tierra en pedazos... cuando ya es demasiado tarde.

—¿Cuál?

—Los pájaros vigías dieron por sentado que pretendíamos detener cualquier asesinato. Creíamos que pensarían como nosotros. Debimos haber especificado las instrucciones.

—Me parece —dijo Gelsen— que deberíamos averiguar qué es y a qué se debe el asesinato, antes de especificar debidamente las instrucciones. Y una vez que lo supiéramos, no harían falta los pájaros vigías.

—Oh, no sé. Sólo hace falta explicarles que algunas cosas, aunque se parezcan al asesinato, no lo son.

—Pero ¿por qué detienen a los pescadores? —preguntó Gelsen.

—¿Y por qué no? Los peces y todos los animales, son organismos vivientes, aunque nosotros no consideremos que matarlos sea un asesinato.

Sonó el teléfono. Gelsen le echó una mirada y conectó el intercomunicador.

—Le dije que no recibiría más llamadas, bajo ningún concepto.

—Ésta es de Washington —dijo su secretaria—. Pensé que...

—Lo siento —replicó Gelsen, levantando el tubo—. Sí. Indudablemente, es un problema... ¿De veras? Sí, lo haré, sin duda.

Cortó.

—Breve y dulce —dijo, dirigiéndose a Macintyre—. Tenemos que cerrar por un tiempo.

—No será tan fácil —respondió Macintyre—. Los pájaros vigías operan independientemente de cualquier control central, ya sabe. Vienen una vez por semana para verificación y reparaciones. Tendremos que sacarlos de circulación uno a uno.

—Bueno, hagámoslo. Monroe, en la costa, ha retirado casi la cuarta parte de sus pájaros.

—Creo que puedo instalar un circuito restrictivo —dijo Macintyre.

—Magnífico —replicó Gelsen, amargamente—. Eso me haría muy feliz.

Los pájaros aprendían rápidamente; sus conocimientos iban en constante aumento. Las abstracciones vagamente definidas se ampliaban, y una vez que se actuaba conforme a ellas, volvían a ampliarse.

Impedir el asesinato.

El metal y los electrones razonan bien, pero no a la manera humana.

¿Un organismo viviente? ¡Cualquier organismo viviente!

Los pájaros vigías se lanzaron a la tarea de proteger a todos los seres vivos.

La mosca zumbó por el cuarto, se posó sobre la mesa y, tras un momento, se lanzó contra el vidrio de una ventana. El anciano acechaba, con un periódico enrollado en la mano.

¡Asesino!

Los pájaros vigías se precipitaron a salvar a la mosca en un instante.

El anciano se debatió en el piso por un minuto, y luego quedó en silencio. Sólo había recibido un golpe suave, pero había sido demasiado para su corazón vacilante.

Sin embargo, la víctima estaba a salvo, y eso era lo importante. Hay que salvar a la víctima y pagar al agresor con su misma moneda.

Gelsen preguntó, furioso:

—¿Por qué no los retiráis?

El ingeniero auxiliar hizo un gesto. El ingeniero jefe yacía en un rincón del cuarto de reparaciones; recién comenzaba a recobrar la conciencia.

—Trató de desconectar a uno de ellos —explicó el auxiliar.

Tenía las manos fuertemente apretadas, y eran visibles sus esfuerzos por contener sus estremecimientos.

—Es absurdo. No tienen instinto de autodefensa.

—En ese caso, ¿por qué no los desconecta usted? Además, no creo que vuelva ninguno de ellos por aquí.

¿Qué podía haber ocurrido? Gelsen comenzó a estudiarlo. Los pájaros vigías no habían descubierto aún los límites de un organismo viviente. Cuando la planta de Monroe desconectó a algunos de ellos, el resto debió recoger los datos. De ese modo se habían visto forzados a deducir que ellos también eran organismos vivientes.

Nadie les había explicado otra cosa. Por cierto, cumplían casi todas las funciones de un organismo vivo.

En ese momento, los viejos temores volvieron a afectar a Gelsen. Con un estremecimiento, salió a toda prisa del cuarto de reparaciones. Debía encontrar a Macintyre de inmediato.

La enfermera entregó una esponja al cirujano.

—Escalpelo.

Ella se lo puso en la mano. El cirujano empezó a efectuar una incisión. Y de pronto escuchó cierto alboroto.

—¿Quién dejó entrar a esa cosa?

—No lo sé —replicó la enfermera, con la voz apagada por la máscara.

—Sáquelo de aquí.

La enfermera agitó los brazos ante aquel brillante objeto alado, pero lo vio aletear sobre su cabeza. El cirujano prosiguió con la incisión... mientras pudo.

El pájaro vigía lo apartó y montó guardia.

—¡Telefonee a la compañía que los fabrica! —ordenó el cirujano—. Que lo desconecten.

El pájaro vigía cumplía con su misión de evitar toda violencia a un organismo viviente.

El cirujano, reducido a la impotencia, no pudo hacer otra cosa que ver morir a su paciente.

El pájaro vigía aleteaba a gran altura por sobre la red de carreteras, en guardia, esperando. Llevaba varias semanas de trabajo, sin descanso, sin que nadie lo reparara. No había descanso ni reparaciones posibles, pues el pájaro vigía, como organismo viviente, no podía permitir que lo asesinaran. Y eso era lo que ocurría cada vez que un pájaro vigía regresaba a la fábrica.

Después de algún tiempo se impartió la orden de regresar; pero el pájaro vigía debía obedecer a una orden más poderosa: la preservación de la vida, incluyendo la propia.

Las definiciones de asesinato estaban ya casi indefinidamente extendidas, y era imposible hacerles frente. Pero los pájaros vigías no lo tenían en cuenta. Respondían al estímulo, sin importarles cuándo ni de dónde les llegaba.

Sus registros de memoria contenían ahora una nueva definición de organismo viviente, como consecuencia del descubrimiento de que los pájaros vigías también lo eran. Y sus ramificaciones eran interminables.

¡El estímulo! Por centésima vez en ese día, el pájaro viró en el aire y se lanzó en picada para impedir un asesinato.

Jackson, con un alarido, llevó su coche hasta el costado de la ruta. No había visto aquella mota brillante en el cielo, ni tenía por qué verla, puesto que ni siquiera había pensado en cometer asesinato, según la definición humana.

Tras manejar durante siete horas, los ojos comenzaban a empañarse, y decidió que éste era un buen lugar para una siesta. Estiró la mano para cerrar el contacto del coche y...

Lo arrojaron hacia atrás, contra el costado del vehículo.

—¿Qué diablos pasa contigo? —preguntó, indignado—. Sólo quería...

Intentó tocar otra vez la llave, y nuevamente fue arrojado hacia atrás.

Jackson optó por no intentarlo una tercera vez. Por la radio se había enterado de lo que hacían los pájaros con los violadores empecinados.

—¡Oye, máquina idiota! —dijo al pájaro alerta—. Un coche no es algo viviente. No tengo la menor intención de matarlo.

Pero el pájaro vigía sólo sabía que aquella operación paraba un organismo. El coche era, por cierto, un organismo en marcha. ¿Acaso no era de metal, como los pájaros vigías? ¿No corría, acaso?

—Acabarán por detenerse si no se los somete a reparación —dijo Macintyre, hojeando una pila de notas.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Gelsen.

—Entre seis meses y un año. Digamos un año, si no sufren accidentes.

—Un año —dijo Gelsen—. Mientras tanto, están deteniendo la marcha de la ciudad. ¿Conoce la última novedad?

—¿Cuál es?

—Los pájaros vigías han resuelto que la Tierra es un organismo viviente. No permiten que los granjeros aren sus terrenos. Además, naturalmente, todo es un organismo vivo: los conejos, los escarabajos, las moscas, los lobos, los mosquitos, los leones, los cocodrilos, el ganado, y hasta las formas macrobióticas de vida, como las bacterias.

—Ya lo sé —dijo Macintyre.

—Y usted dice que se agotarán sólo en seis meses o en un año. ¿Qué haremos, mientras tanto? ¿Qué comeremos dentro de seis meses?

El ingeniero se frotó la barbilla.

—Debemos hacer algo urgente. El equilibrio ecológico se ha ido al demonio.

—Urgente es poco. Debería ser al instante.

Gelsen encendió el trigésimo quinto cigarrillo del día, y agregó; —Al menos, me daré el gusto de decir: «Yo se lo advertí.» Aunque yo sea tan responsable como cualquiera de esos imbéciles que idolatran a las máquinas.

Macintyre no lo escuchaba. Pensaba en los pájaros vigías.

—Son como la plaga de conejos en Australia.

—La tasa de mortandad está subiendo —dijo Gelsen—. Hambre, inundaciones... No se pueden cortar árboles, los doctores no pueden... ¿Habló usted de Australia?

—Los conejos —repitió Macintyre—. En Australia ya no queda casi ninguno.

—¿Por qué? ¿Cómo hicieron?

—Oh, encontraron una especie de gérmenes que atacaba sólo a los conejos. Creo que se propagaba por medio de los mosquitos.

—Investigue eso —ordenó Gelsen—, Quizás encuentre algo. Quiero que se ponga al teléfono con todos los ingenieros de otras compañías. Apresúrese. Tal vez juntos consigáis algo.

—Está bien.

Tomó un puñado de papeles en blanco y se lanzó sobre el teléfono.

—¿No se lo dije? —exclamó el oficial Celtrics, con una amplia sonrisa dirigida hacia el capitán—. ¿No le dije que todos los científicos eran tontos?

—Yo no dije que usted estuviera equivocado, ¿verdad?

—No, pero usted no estaba seguro.

—Bueno, ahora lo estoy. Es mejor que usted empiece a actuar. Tiene mucho trabajo por delante.

—Ya lo sé —dijo Celtrics.

Desenfundó su revólver, lo examinó y volvió a enfundarlo.

—Capitán —preguntó—, ¿todos los muchachos están de vuelta?

—¿Todos? —rió el capitán—. El homicidio ha aumentado en un cincuenta por ciento. Hay más asesinatos que nunca.

—Sin duda —dijo Celtrics—. Los pájaros vigías tienen demasiado trabajo con proteger a los coches y salvar a las arañas.

Iba camino a la puerta, pero se detuvo para lanzar una advertencia final:

—Créame, capitán: las máquinas son estúpidas.

Y el capitán asintió.

Eran miles de pájaros vigías en el intento de impedir incontables millones de asesinatos: una tarea sin esperanzas de éxito. Pero los pájaros no conocían la esperanza. Puesto que carecían de conciencia, no sabían de triunfos ni temían al fracaso. Proseguían pacientemente con su tarea, respondiendo a cuanto estímulo se les presentaba.

No podían estar en todas partes al mismo tiempo, pero no era necesario. La gente aprendió rápidamente a tener en cuenta lo que molestaba a los pájaros vigías, y dejó de hacerlo. De lo contrario, se corría peligro. Los pájaros, dotados de alta velocidad y de sentidos súper rápidos, aparecían al instante.

Y ahora actuaban severamente. Entre las directivas originales existía una que les permitía matar a un asesino en caso de fallar todos los otros métodos. ¿Y por qué dejar con vida a un asesino? Los pájaros vigías descubrieron que los asesinatos y los actos de violencia habían aumentado geométricamente desde que ellos entraran en operación. Esto era verdad, dado que la nueva definición aumentaba la clasificación de asesinato. Pero para los pájaros vigías, el aumento indicaba que sus métodos primitivos habían fracasado. Simple lógica. Si A no daba resultado, era necesario probar con B. Los pájaros vigías se lanzaron a matar. Los matarifes de Chicago cesaron de actuar; el ganado moría de hambre en los establos, porque los granjeros del Oeste Medio no se atrevían a cortar el heno ni a cosechar el grano.

Nadie había enseñado a los pájaros vigías que toda vida depende de asesinatos cuidadosamente controlados. La muerte por inanición no concernía a los pájaros vigías, puesto que se trataba de un acto de omisión. Sólo les interesaban los actos de comisión.

Los cazadores permanecían en sus casas, contemplando las motas plateadas que recorrían el cielo, con muchas ganas de disparar contra ellos. Pero en su mayoría no hacían siquiera el intento. Los pájaros vigías captaban rápidamente las intenciones asesinas y las castigaban con igual prontitud.

Los barcos pesqueros se balanceaban perezosamente en los muelles de San Pedro y Gloucester. Los peces eran organismos vivos.

Los granjeros, entre maldiciones y escupidas, morían en el intento de recoger las cosechas. El grano era algo viviente, y por lo tanto merecía protección. Las patatas eran para el pájaro vigía tan importantes como cualquier otro organismo vivo. La muerte de una brizna de hierba igualaba el asesinato de un presidente.

A los ojos de los pájaros vigías.

Y también ciertas máquinas estaban vivas. Esto se deducía, ya que los pájaros vigías también eran máquinas, y vivían.

Si uno trataba mal a su aparato de radio, podía invocar la protección de Dios. Apagaría equivalía a matarla. Era obvio, puesto que la voz callaba, se apagaba el resplandor rojizo de sus tubos y perdía el calor.

Los pájaros vigías trataban de cumplir con sus otras misiones. Se mataba a los lobos que intentaban cazar conejos y se electrocutaba a los conejos que pretendían comer verduras. Las enredaderas perecían quemadas por el intento de estrangular a los árboles.

Una mariposa fue ejecutada en el acto de ultrajar a una rosa.

Este control era espasmódico, debido al corto número de pájaros vigías. Habría hecho falta un billón, al menos, para llevar a cabo el ambicioso proyecto concebido por unos pocos millares.

Una fuerza asesina se abatió sobre el país; diez mil relámpagos irracionales que atacaban mil veces al día. Relámpagos que anticipaban cada movimiento y castigaban toda intención.

—Señores, por favor —rogó el representante del gobierno—, debemos apresurarnos.

Los siete fabricantes dejaron de hablar.

—Antes de dar comienzo formal a esta reunión —dijo el presidente de Monroe—, deseo decir algo. No nos sentimos responsables por este desdichado estado de cosas. Fue un proyecto del gobierno, y el gobierno debe aceptar la responsabilidad, tanto en el aspecto moral como en el financiero.

Gelsen se encogió de hombros. Era difícil creer que aquellos mismos hombres, pocas semanas antes, se habían mostrado ansiosos por aceptar la gloria de salvar al mundo. Ahora deseaban liberarse de toda responsabilidad, puesto que la salvación había resultado un fracaso.

—No me cabe duda de que esto no tiene por qué preocuparnos —le aseguró el representante—. Pero corre prisa. Vosotros, los ingenieros, habéis realizado un excelente trabajo, y estoy orgulloso de la cooperación que habéis demostrado en esta emergencia. Por lo tanto, se os autoriza a desarrollar el plan propuesto.

—Un momento —dijo Gelsen.

—No hay tiempo.

—El plan no servirá de nada.

—¿No cree usted que funcione?

—Funcionará, naturalmente. Pero temo que el remedio sea peor que la enfermedad.

Los fabricantes se miraron como si tuvieran ganas de ahorcar a Gelsen. Éste no vaciló.

—¿Todavía no lo habéis aprendido? —preguntó—. ¿No comprendéis que no se pueden curar los problemas humanos por medio de la mecanización?

—Señor Gelsen —dijo el presidente de Monroe—, nos gustaría escuchar sus conceptos filosóficos, pero infortunadamente está muriendo mucha gente. Las cosechas se pierden. Ya hay hambre en algunas zonas del campo. ¡Debemos detener inmediatamente a los pájaros vigías! —También debemos detener el crimen. Recuerdo que todos estábamos de acuerdo en eso. ¡Pero éste no es el medio!

—¿Qué sugiere usted? —preguntó el representante.

Gelsen aspiró hondo. Lo que debía decir le exigiría todo el coraje de que era capaz.

—Dejemos que los pájaros vigías se agoten por sí mismos —sugirió.

Hubo un verdadero tumulto, y fue el representante del gobierno quien lo inició.

—Aprendamos nuestra lección —urgió Gelsen—; admitamos que es erróneo tratar de solucionar los problemas humanos por medio de la técnica. Comencemos otra vez. Utilicemos máquinas, sí, pero no en el papel de jueces, ni de maestros, ni de padres.

—Absurdo —dijo fríamente el representante—. Usted está sobreexcitado, señor Gelsen. Trate de controlarse.

Y continuó, tras aclararse la garganta:

—El presidente os ordena llevar a cabo el plan que habéis sometido a su estudio, y no hacerlo será considerado como traición.

Y al decir las últimas palabras, dirigió a Gelsen una aguda mirada.

—Cooperaré lo mejor que pueda —dijo Gelsen.

—Bien. Esas líneas de montaje deben estar en funcionamiento en menos de una semana.

Gelsen se marchó solo. Se sentía nuevamente confundido. ¿Estaba en lo cierto, o era sólo un visionario más? Por cierto, no había sabido explicarse con mucha claridad.

¿Sabía acaso lo que intentaba expresar?

Maldijo en voz baja. ¿Por qué no se sentía seguro de nada? ¿No había valores a los que pudiera aferrarse?

Se dirigió prontamente al aeropuerto, y desde allí a su planta de fabricación.

El pájaro vigía operaba ahora en forma errática. En su delicada maquinaria había muchas piezas en mal estado, gastadas por el trabajo casi constante. Pero seguía respondiendo caballerescamente ante todo estímulo.

Una araña estaba por atacar a una mosca. El pájaro vigía se lanzó al rescate.

Simultáneamente, notó algo anormal en lo alto, y giró para salir a su encuentro.

Hubo un crujido agudo, y un rayo poderoso silbó junto a su ala. Furioso, escupió una onda fulminante.

El atacante estaba bien aislado. Repitió su descarga, y esta vez el rayo despedazó un ala. Él pájaro vigía se alejó rápidamente, pero su atacante lo persiguió a toda velocidad, lanzando más energía destructiva.

El pájaro vigía cayó, pero antes logró enviar su mensaje: «¡Urgente! ¡Una nueva amenaza contra los organismos vivientes, y terriblemente mortal!»

Los otros pájaros vigías del país recibieron el mensaje. Sus centros pensantes buscaron respuesta.

—Bueno, jefe, hoy derribamos cincuenta —dijo Macintyre, entrando a la oficina de Gelsen.

—Muy bien —respondió éste, sin mirarlo.

—No tan bien —aclaró Macintyre, tomando asiento—. (Dios, qué cansado estoy! Ayer fueron setenta y dos.

—Lo sé.

Sobre el escritorio de Gelsen había varias demandas; las enviaría al gobierno junto con una petición.

—Pero volveremos a repuntar —dijo Macintyre, confiado—. Los Gavilanes están contruidos especialmente para cazar pájaros vigías. Son más fuertes, más rápidos, y están mejor armados. Los hemos fabricado a toda prisa, ¿eh?

—Así es.

—Los pájaros vigías también son bastante buenos —admitió Macintyre—. Están aprendiendo a cubrirse. Prueban muchas triquiñuelas. Cada uno de los que caen revela algo a los otros, ¿sabe?

Gelsen no respondió.

—Pero todo aquello que los pájaros vigías puedan hacer, los Gavilanes lo hacen mejor —dijo Macintyre, alegremente—. Tienen circuitos de aprendizaje especializados para la caza. Son más flexibles que los pájaros vigías. Aprenden a mayor velocidad.

Gelsen se levantó, melancólico, y miró por la ventana mientras se desperezaba. El cielo estaba despejado. Comprendió que todas sus dudas habían terminado. Para bien o para mal, se había decidido.

—Dígame —dijo, sin dejar de contemplar el cielo—, ¿qué cazarán los Gavilanes cuando hayan acabado con los pájaros vigías?

—¿En? ¿Por qué...?

—Sólo para mayor seguridad, será mejor que invente algo para cazar a los Gavilanes. Por las dudas.

—Usted cree que...

—Sólo sé que los Gavilanes son autónomos. También los pájaros vigías lo son. Se argumentó que el control remoto resultaría muy lento. Había que cazar a los pájaros vigías, y pronto. Por eso se eliminaron los circuitos restrictivos.

—Podemos idear algo —dijo Macintyre, vacilante.

—Ahora tenemos en el aire un artefacto agresivo. Una máquina de matar. Antes fue una máquina anti-muertes. El próximo invento tendrá que ser aún más independiente, ¿verdad?

Macintyre no respondió.

—No lo hago responsable por esto —dijo Gelsen—. El responsable soy yo. Todos lo somos.

Una mota cruzó velozmente el espacio. Gelsen dijo:

—Eso es lo que resulta de endilgar a una máquina una tarea que nos correspondía exclusivamente.

En lo alto, un Gavilán inmovilizaba a un pájaro vigía. La máquina asesina había aprendido mucho en pocos días. Su única función consistía en matar. Por el momento encaminaba sus impulsos hacia cierto tipo de organismo viviente, metálico, al igual que el suyo.

Pero el Gavilán acababa de descubrir que también existían otras especies de organismos vivientes.

Que debían ser asesinados.

EL VIENTO

Allá fuera se estaba levantando viento. Pero dentro de la estación, los dos hombres tenían otras cosas en que pensar. Clayton volvió a abrir el grifo y esperó. Nada.

—Prueba a golpearla —dijo Nerishev.

Clayton la golpeó con el puño. Cayeron dos gotas de agua. Una tercera gota tembló en el borde, balanceándose, y se desprendió. Eso fue todo.

—Estamos bien —dijo Clayton, con amargura—. Esa maldita cañería de agua ha vuelto a bloquearse. ¿Cuánta agua tenemos en reserva?

—Quince litros, siempre que el tanque no se haya vuelto a rajarse —respondió Nerishev.

Miró fijamente la canilla, golpeándola con sus dedos largos y nerviosos. Era un hombre corpulento y pálido, de barba escasa y aspecto frágil, a pesar de su tamaño. No respondía al tipo de hombres capaces de manejar una estación de observaciones en un planeta extraño y distante. Pero el Cuerpo de Exploraciones de Avanzada había descubierto que, lamentablemente, ese tipo de hombres no existía.

Nerishev era un profesional competente en botánica y biología. Aunque padecía de nerviosismo crónico, contaba con sorprendentes reservas de serenidad. Era de ese tipo de hombres que necesitan una oportunidad para destacarse. Y eso lo había convertido en pionero en un planeta como Carella I.

—Alguien tendrá que salir a destapar la cañería —dijo Nerishev, sin mirar a su compañero.

—Así es —replicó Clayton, golpeando otra vez la canilla—. Pero salir será espantoso. ¡Escucha!

Clayton era bajo, de cuello ancho, cara rojiza y aspecto fornido. Aquella era su tercera misión como observador planetario. Había probado otros puestos en el Cuerpo de Exploraciones de Avanzada, pero ninguno le convenía. La Penetración Extraterrestre Primaria (P.E.P.) lo ponía frente a muchas sorpresas desagradables. Era trabajo para locos y audaces. Las Operaciones de Base, en cambio, eran demasiado aburridas y restrictivas.

El trabajo de observador planetario, en cambio, le resultaba ameno. Su tarea consistía en sentarse en algún planeta recién habilitado por los muchachos de la P.E.P., bajo el control de una monótona tripulación de cámaras. No tenía sino soportar estoicamente la incomodidad y desarrollar la habilidad necesaria para mantenerse vivo. Al cabo de un año, la nave de relevo lo recogía y anotaba su informe. Sobre la base proporcionada por ese informe se decidían o descartaban futuras operaciones.

Antes de partir en cada una de esas misiones, Clayton no dejaba de prometer a su esposa que ésa sería la última. Cuando volviera se quedaría en la Tierra, para cultivar la pequeña granja que poseían. Prometía que...

Pero al concluir cada período de descanso, Clayton volvía al espacio, a aquella tarea para la cual estaba bien dotado: la de mantenerse vivo mediante habilidad y resistencia.

Sin embargo, esta vez se sentía harto. Él y Nerishev llevaban ocho meses viviendo en Carella. La nave de relevo debía llegar cuatro meses después. Si lograba sobrevivir hasta entonces, no dejaría de renunciar.

—Escucha ese viento —dijo Nerishev.

Apagado, distante, suspiraba y murmuraba en torno al casco de acero de la estación como el céfiro, como una brisa de verano.

Así se lo escuchaba desde el interior de la estación, bajo la protección de siete centímetros de acero y un revestimiento a prueba de sonidos.

—Va en aumento —dijo Clayton.

Se dirigió hacia el indicador de velocidad cólica. Según la aguja, aquel soplo apenas audible soplaba ya a ciento veinticuatro kilómetros por hora. En Carella, aquello era una ligera brisa.

—¡Dios, oh, mi Dios! —dijo Clayton—. ¡No quiero salir! No hay nada que valga la pena de andar por allá fuera.

—Esta vez te toca a ti —señaló Nerishev.

—Lo sé. Pero déjame protestar un poco, ¿quieres? Ven, vamos a ver qué pronostica Smanik.

Recorrieron toda la longitud de la estación, pasando junto a los gabinetes llenos de alimentos, equipos de aire, herramientas e instrumentales, mientras sus talones despertaban ecos en el piso de acero. En el otro extremo de la estación estaba la pesada puerta metálica de la cabina de recepción. Los dos hombres se colocaron las máscaras de aire y ajustaron la salida.

—¿Listo? —preguntó Clayton.

—Listo.

Se aseguraron, aferrándose a unas manivelas que había tras la puerta. Abrieron, y una ráfaga entró, silbando. Los nombres agacharon la cabeza y se lanzaron contra el viento, para entrar a la cabina de recepción.

Ésta era un agregado a la estación, de unos nueve metros de longitud por cuatro de ancho. A diferencia del resto, no estaba herméticamente cerrada. Las paredes eran de hierro enrejado, con pantallas empotradas. Esa estructura permitía el paso del viento, pero reducía su velocidad, la controlaba. Un indicador les informó que, dentro de la cabina, el viento soplaba a cincuenta y dos kilómetros por hora.

A Clayton le parecía una estupidez aquello de verse obligado a conferenciar con los nativos de Carella bajo un viento de cincuenta y dos kilómetros por hora. Pero no había remedio. Los carelianos, nacidos en un planeta donde el viento no bajaba nunca de los cien kilómetros horarios, no soportaban el «aire viciado» de la estación. Aunque se redujera el contenido de oxígeno al porcentaje careliano, los nativos no lograban adaptarse. Dentro de la estación se los veía mareados y aprensivos. Pronto empezaban a apretarse la garganta, como si estuvieran en el vacío.

Un soplo de cincuenta y dos kilómetros por hora era el justo equilibrio para que los humanos y los carelianos pudieran encontrarse.

Clayton y Nerishev cruzaron la cabina. En un rincón había algo semejante a una maraña de pulpos secos. Aquella masa se estremeció, agitando ceremoniosamente dos de los tentáculos.

—Buen día —dijo Smanik.

—Buen día —respondió Clayton—. ¿Qué te parece el clima?

—Excelente —dijo Smanik.

Nerishev tironeó de la manga de su compañero.

—¿Qué dice? —preguntó.

Mientras Clayton le traducía, asintió, pensativo. ÉJ no tenía facilidad para los idiomas. Aun después de ocho meses, la lengua careliana seguía pareciéndole una serie indescifrable de siseos y chasquidos.

Varios carellanos acudieron para agregarse a la conversación. Todos ellos parecían arañas o pulpos; tenían un pequeño cuerpo central rodeado de tentáculos largos y flexibles. Tal era la forma óptima para sobrevivir en Carella, y Clayton solía envidiársela. Estaba obligado a confiar por completo en el refugio de la estación; los carelianos, en cambio, vivían en contacto directo con el medio.

Con frecuencia se veía a un nativo que avanzaba contra un verdadero tornado, aferrándose al suelo con siete u ocho miembros, mientras adelantaba otros tentáculos para el paso siguiente. Clayton los había visto rodar en el viento como semillas de cardo, con los tentáculos enroscados en torno al cuerpo, a la manera de un cesto de mimbre. Pensó en la forma alegre y audaz en que manejaban sus naves rodantes, avanzando en el viento.

«Bueno», se dijo, «en la Tierra parecerían ridículos».

—¿Qué tiempo hará hoy, Smanik? —preguntó.

El careliano estudió un rato el asunto, olfateó el viento y frotó dos tentáculos, uno contra otro.

—El viento puede aumentar un poco —dijo, finalmente—. Pero no será nada serio.

Clayton quedó pensativo. Lo que los carelianos consideraban como «nada serio» podía representar el desastre para un terráqueo. Sin embargo, sonaba bastante promisorio.

Él y Nerishev salieron de la cabina y cerraron la puerta.

—Oye —dijo Nerishev—, si quieres esperar...

—Será mejor terminar de una vez —respondió Clayton.

Allí, iluminado por una sola bombita opaca, se veía el bulto pulido y brillante de Bruto. Tal era el apodo que habían dado al vehículo especialmente construido para desplazarse por Carella.

Bruto estaba reforzado como un tanque, y sus líneas eran aerodinámicas, como las de una media esfera. Las ranuras visoras estaban cubiertas de vidrio irrompible, lo bastante grueso como para igualar la fuerza de su armazón de acero. El centro de gravedad estaba ubicado a muy baja altura; la mayor parte de sus doce toneladas se centraban cerca del suelo. Era hermético. Su pesado motor diesel, al igual que todas las aberturas imprescindibles, estaba protegido por coberturas especiales a prueba de polvo. Bruto reposaba sobre sus cuatro ruedas achatadas, impassible, con el aspecto de un monstruo prehistórico.

Clayton subió, se colocó el casco de seguridad y las antiparras, y se sujetó al asiento acolchado. Calentó el motor, escuchando su marcha con expresión crítica, y finalmente hizo un gesto de conformidad.

—Bien —dijo—, Bruto está listo. Sube y abre la puerta del garaje.

—Buena suerte —le deseó Nerishev, antes de irse.

Clayton inspeccionó el tablero de instrumentos, para asegurarse de que todos los implementos especiales de Bruto funcionaran debidamente. Un momento después, oyó la voz de Nerishev a través de la radio.

—Estoy abriendo la puerta.

—Bien.

La sólida puerta se abrió, y Clayton condujo a Bruto hacia afuera.

La estación había sido construida en una llanura amplia y desnuda. Un terreno montañoso podría haber ofrecido alguna protección contra el viento, pero las montañas carellanas existían en un incesante proceso de elevación y derrumbe. La llanura presentaba sus propios peligros, sin embargo. Para evitarlos en lo posible, se habían plantado fuertes postes de acero en torno a la estación, a corta distancia uno de otro, apuntando hacia arriba; parecían antiguas torrecillas de tanques de guerra, y cumplían con la misma función.

Clayton condujo a Bruto por uno de los canales angostos y serpenteantes que pasaban entre los postes. Ya del otro lado, localizó la tubería y empezó a seguirla. Una línea blanca apareció sobre una pequeña pantalla verde, situada sobre su cabeza. Esa línea indicaría cualquier rotura u obstrucción en la tubería.

Ante él se extendía un desierto ancho, rocoso y monótono. Ocasionalmente se veía algún arbusto de poca altura. El viento soplaba desde atrás, apagado por el ruido del motor.

Echó una mirada al indicador de velocidad cólica. Soplaba ya a ciento treinta y ocho kilómetros por hora.

Siguió hacia adelante, canturreando en voz baja. De tanto en tanto se oía un estallido; eran los guijarros que, impulsados por el viento huracanado, se estrellaban contra Bruto. Pero resultaban inofensivos contra la gruesa coraza.

—¿Todo bien? —preguntó Nerishev por la radio.

—Perfecto —respondió Clayton.

Divisó a lo lejos una nave rodante. Parecía tener doce metros de largo, y era más estrecha en la parte delantera; se deslizaba velozmente sobre toscos rodillos de madera. El material con que estaban tejidas las velas se extraía de uno de los pocos arbustos con follaje que crecían en ese planeta.

Los carelianos, al pasar, lo saludaron agitando los tentáculos. Al parecer, se dirigían hacia la estación.

Clayton volvió su atención a la tubería. El viento comenzaba a dejarse oír por sobre el ruido del motor. El indicador señalaba que su velocidad había ascendido a ciento cuarenta y siete kilómetros por hora.

Con expresión sombría, miró a través de las ranuras visoras cubiertas de arena. Muy a lo lejos se veían los mellados precipicios, borroneados por el aire polvoriento. Otra andanada de guijarros tamborileó contra la carrocería, y el ruido despertó ecos en todo el coche. Vio pasar a otro vehículo careliano, y después a tres más. Avanzaban tozudamente, virando contra el viento.

Clayton se sorprendió de que tantos carelianos se dirigieran hacia la estación y llamó a Nerishev por la radio.

—¿Qué tal? —preguntó Nerishev.

—Estoy cerca de la fuente y todavía no he encontrado grietas —informó Clayton—. Parece que hay un verdadero desfile de carelianos hacia allá.

—Lo sé. Hay seis naves ancladas a sotavento de la cabina, y otras cuantas en camino hacia aquí.

—Nunca hemos tenido problemas con los nativos —dijo Clayton, lentamente—. ¿Qué significará todo esto?

—Traen comida. Podría ser alguna fiesta.

—Puede ser. Ten cuidado.

—No te preocupes. Ten cuidado tú, y apresúrate.

—¡He encontrado la grieta! Te llamaré después.

La grieta apareció en la pantalla con un destello blanco. Al mirar por las ventanillas, Clayton pudo ver que una roca había rodado sobre la tubería, aplastándola.

Detuvo el camión junto a la tubería. El viento soplaba a ciento setenta y dos kilómetros por hora, Clayton descendió con varios caños, algunos parches, un soldador y una valija de herramientas. Todo estaba atado a su cuerpo y sujeto a Bruto por fuertes cuerdas de nylon.

El viento era ensordecedor. Tronaba y rugía como una rompiente. Abrió más el paso de oxígeno de su máscara y empezó a trabajar.

Dos horas después logró terminar con una reparación que llevaría, normalmente, quince minutos. Tenía la ropa hecha jirones, y el extractor de aire estaba completamente obstruido por el polvo.

Volvió a subir a Bruto, cerró herméticamente la portezuela y se echó en el piso para descansar. El camión empezaba a temblar bajo las fuertes ráfagas. Clayton no las tuvo en cuenta.

—¿Hola, hola? —llamó Nerishev desde la radio. Fatigado, Clayton se incorporó hasta el asiento del conductor para responder.

—¡Apresúrate a volver, Clayton! ¡No hay tiempo para descansar! ¡El viento ha ascendido hasta los doscientos kilómetros! ¡Creo que viene tormenta!

Clayton ni siquiera quería pensar en lo que era una tormenta careliana. Habían soportado solamente una en el transcurso de ocho meses. Y en esa oportunidad los vientos habían sido de doscientos kilómetros por hora. Puso el camión en dirección contraria y empezó a avanzar directamente contra el viento. Pronto descubrió que, aun exigiendo al motor la máxima potencia, era muy poco lo que avanzaba: sólo cuatro o cinco kilómetros por hora, contra la fuerte presión de los doscientos del viento.

Miró hacia adelante por la ranura-ventanilla. El viento, perfilado por largas corrientes de polvo y arena, parecía dirigirse directamente contra él, impulsado por un cielo infinitamente amplio hacia el diminuto blanco de su ventanilla. Alzaba las piedras del suelo y las arrojaba contra el vehículo. Clayton las veía crecer, hacerse inmensas. Y no podía dejar de agachar la cabeza cada vez que una de ellas se estrellaba contra el vidrio. El pesado motor empezaba a fallar.

—Oh, muchacho —rogó Clayton—, no vayas a descomponerte precisamente ahora. Lleva a papá a casa, y después te descompones. ¡Por favor!

Según calculaba, faltaban quince kilómetros contra el viento para llegar a la estación.

Se oyó un ruido como el que haría una avalancha al caer a plomo por una ladera. Era una roca del tamaño de una casa, demasiado pesada para que el viento la levantara. Rodaba frente a él, siguiendo la dirección de las ráfagas, y dejaba a su paso un surco en el suelo pedregoso.

Clayton hizo girar el volante. El motor, con gran esfuerzo, con infinita lentitud, logró apartar al camión del camino seguido por el canto rodado. Clayton, temblando, lo miró acercarse, y palmeó el tablero de instrumentos con una mano.

—¡Vamos, chiquito, vamos!

La roca pasó a unos cuarenta kilómetros por hora.

—Demasiado cerca —se dijo Clayton.

Trató de encaminar nuevamente a Bruto contra el viento, hacia la estación. Pero el vehículo se resistía.

El diesel funcionaba trabajosamente, entre gemidos, tratando de llevar al gran camión contra el viento. Y éste, como un sólido muro gris, lo empujaba hacia atrás.

El indicador no bajaba de doscientos treinta y ocho kilómetros.

—¿Cómo andas? —preguntó Nerishev desde la radio.

—¡Magníficamente! Déjame tranquilo; estoy muy ocupado.

Echó los frenos, se soltó el cinturón de seguridad y retrocedió hasta el motor. Graduó la velocidad y la mezcla y se apresuró a retomar su puesto en los controles.

—¡Eh, Nerishev! ¡Este motor está por averiarse. Pasó un largo segundo antes de que Nerishev respondiera. Después, con mucha calma, preguntó: —¿Qué tiene?

—¡Arena! —respondió Clayton—. Partículas llevadas a doscientos treinta y ocho kilómetros por hora. Hay arena en los cojinetes, en los inyectores, en todas partes. Seguiré avanzando mientras pueda.

—¿Y después?

—Después trataré de llevarlo a vela. Espero que el mástil aguante.

Volvió la atención a los controles. Con un viento semejante, era necesario manejar el camión como si fuera un barco en el mar. Clayton tomó velocidad con el viento de costado, y en seguida se lanzó contra él.

En esa oportunidad, Bruto consiguió hacer una bordada. Aquello era lo mejor que se podía hacer. Cubriría la distancia en bordadas. Se dirigió hacia el ojo del viento, pero el motor, con la máxima potencia, no podía tomar un ángulo mayor de cuarenta grados.

Durante una hora, Bruto avanzó trabajosamente, cruzando el viento, andando tres kilómetros para cubrir dos. El motor, por milagro, seguía funcionando. Clayton bendijo a su fabricante, y rogó que resistiera un poco más.

A través de una cegadora pantalla de arena, vio pasar a otra nave careliana. Tenía los rizos recogidos y escoraba peligrosamente, pero avanzaba con firmeza en dirección al viento, y pronto lo dejó atrás.

«Qué suerte la de esos nativos», pensó Clayton; para ellos, un viento de doscientos kilómetros era una buena brisa para navegar.

La estación surgió a la vista, con su hemisfera gris.

—¡Voy a llegar! —gritó Clayton—. ¡Nerishev, viejo, descorcha el ron! ¡Esta noche, papá quiere emborracharse!

El diesel eligió ese momento para detenerse.

Clayton, con una furiosa maldición, echó los frenos. ¡Qué condenada suerte! Si tuviera el viento a sus espaldas, habría podido seguir. Pero tenía que venir en contra, por supuesto.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Nerishev.

—Quedarme aquí —respondió Clayton—. Cuando el viento no sea más que un huracán, seguiré a pie.

Las doce toneladas de Bruto temblaban y rechinaban bajo las ráfagas. Clayton dijo:

—¿Sabes que voy a retirarme después de esta misión?

—¿De veras? ¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio. Tengo una granja en Maryland, que da a la bahía Chesapeake. ¿Sabes qué pienso hacer?

—¿Qué?

—Voy a criar ostras. Porque las ostras... Espera. La estación parecía alejarse lentamente viento arriba, Clayton se frotó los ojos, pensando que quizá empezaba a enloquecer. Pero en seguida comprendió que, a pesar de los frenos, a pesar de su forma aerodinámica, el camión retrocedía con el viento, alejándose de la estación. Furioso, pulsó un botón del tablero para echar el ancla. Oyó el golpe sólido del metal que caía a tierra, y los crujidos del cable de acero. Soltó cincuenta metros de cable y luego aplicó los frenos de cabestrante. El camión quedó inmóvil.

—Eché anclas —dijo Clayton.

—¿Te sostienen?

—Por el momento, sí.

Encendió un cigarrillo y se recostó en el asiento tapizado. Le dolían todos los músculos del cuerpo, debido a la gran tensión, y le temblaban los párpados de tanto mirar las líneas del viento, que convergían hacia él. Cerró los ojos e intentó relajarse.

El viento se quebraba contra la estructura de acero del camión; aullaba, gemía, sacudía toda la superficie pulida, buscando un resquicio para entrar. Cuando llegó a los doscientos sesenta kilómetros por hora, los ventiletes cedieron, pero no por las antiparras, Clayton habría quedado ciego; tampoco habría podido respirar sin la máscara de oxígeno, pues el polvo se arremolinaba dentro de la cabina, espeso, eléctrico.

Los guijarros golpeaban contra la carrocería como si fueran balas de rifle, y cada vez con más fuerza. ¿Cuánta potencia más necesitarían para perforar el blindaje? En oportunidades como ésta, a Clayton le resultaba difícil conservar el sentido común. Se sentía dolorosamente consciente de la vulnerabilidad de la carne humana, y lo horrorizaban las posibilidades de violencia con que contaba el universo. ¿Qué estaba haciendo allí? Al hombre le correspondía permanecer en la atmósfera calma y serena de la Tierra, si alguna vez regresaba...

—¿Estás bien? —preguntó Nerishev.

—Magníficamente —respondió Clayton, fatigado—. ¿Cómo andan las cosas por la estación?

—No muy bien. Esto se está solidarizando con Bruto; toda la estructura vibra. Si el viento sigue así, los cimientos se harán añicos.

—¡Pensar que querían instalar aquí un depósito de combustible! —observó Clayton.

—Bueno, ya sabes en qué consiste el problema. Éste es el único planeta sólido entre Angarsa III y el Cinturón del Sur. Los demás son gigantes gaseosos.

—Será mejor que la construyan en el espacio.

—Pero el costo...

—¡Demonios, hombre, costaría menos construir otro planeta que mantener un depósito de combustibles aquí! —exclamó Clayton, escupiendo polvo—. Lo único que deseo es estar en la nave de relevo. ¿Cuántos nativos hay ya en la estación?

—Quince, más o menos; están en la cabina.

—¿Hay algún síntoma de violencia?

—No, pero se están comportando en una forma rara.

—¿Cómo?

—No sé —respondió Nerishev—. Pero no me gusta.

—No vayas a la cabina, ¿entiendes? De cualquier modo, no entiendes el idioma, y quiero encontrarte entero cuando regrese.

Y agregó, vacilando:

—...si es que regreso.

—No te pasará nada —le aseguró Nerishev.

—Sin duda. Yo... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué te pasa? ¿Qué problema tienes?

—¡Viene un canto rodado! Te llamaré después.

Clayton volvió su atención a la roca, una mancha negra allá adelante, que aumentaba rápidamente de tamaño. Se dirigía a toda marcha hacia el camión anclado e inmóvil. Un vistazo al indicador de velocidad cólica reveló un dato imposible: ¡doscientos sesenta y cinco kilómetros por hora! Y sin embargo, recordó, en la estratosfera terrestre, los vientos solían alcanzar los trescientos kilómetros por hora.

La roca tenía ya el tamaño de una casa, y seguía aumentando, mientras rodaba directamente hacia él.

—¡Desvíate! ¡Vete! —le suplicó Clayton, descargando golpes de puño contra el tablero.

El canto rodado venía hacia él tan directamente como una línea trazada con regla, llevado por el viento.

Con un gemido de angustia, Clayton oprimió un botón para deshacerse de las dos anclas. No había tiempo para recogerlas, ni siquiera en la suposición de que el cabestrante soportaría la tensión. Y la roca seguía creciendo, Clayton soltó los frenos.

Bruto, empujado por un viento de doscientos setenta y cuatro kilómetros por hora, empezó a cobrar velocidad. En pocos segundos llegó a los cincuenta y ocho kilómetros por hora. Clayton no perdía de vista a la roca. Cuando la tuvo cerca, hizo girar el volante hacia la izquierda cuanto le fue posible. El camión se ladeó peligrosamente, se desvió, resbaló sobre la tierra dura y amenazó con volcar. Clayton luchó con el volante para mantener a Bruto en equilibrio.

—Debo ser el primero en hacer bordadas con un camión de doce toneladas —se dijo.

El canto rodado, grande como toda una manzana edificada, pasó con un rugido. El camión se balanceó por un instante y volvió a apoyarse sobre las ruedas.

—¡Clayton! ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Sí —jadeó Clayton—, pero tuve que soltar los cables. Ahora me lleva el viento.

—¿No puedes virar?

—Quise hacerlo, y estuve a punto de volcar.

—¿Hasta dónde puedes llegar?

Clayton miró hacia adelante, y pudo divisar los dramáticos precipicios negros que bordeaban la pradera, a lo lejos.

—Puedo recorrer veinte kilómetros antes de que me detengan los barrancos. No es mucho tiempo, dada la velocidad que llevo.

Clavó los frenos. Las cubiertas comenzaron a chirriar, las cintas de freno humearon. Pero el viento, a doscientos setenta y cinco kilómetros por hora, ni siquiera notó la diferencia. El camión llegaba ya a los sesenta y cinco kilómetros por hora.

—¡Trata de seguir a vela! —dijo Nerishev.

—No dará resultado.

—¡Inténtalo, hombre! ¿Qué otra cosa puedes hacer? Aquí, el viento ha llegado a los doscientos ochenta. ¡La estación tiembla! Los cantos rodados están acabando con toda la defensa de postes. Tengo miedo de que algunas piedras pasen y choquen contra...

—Basta —dijo Clayton—. Ya tengo bastantes problemas por mi cuenta.

—¡No sé si la estación resistirá! Clayton, escúchame. Trata de...

Y de pronto, angustiosamente, la radio dejó de funcionar.

Clayton le asestó unos cuantos golpes, y acabó por renunciar. Viajaba ya a setenta y cinco kilómetros por hora, y los barrancos comenzaban a crecer frente a él.

—Bien —dijo Clayton—, aquí vamos. Dejó caer la última ancla, que sólo servía para emergencias. Una vez que se desenrollaron los setenta y cinco metros de cable de acero, la velocidad del camión disminuyó hasta los cuarenta y cinco kilómetros por hora. El ancla rasgaba el suelo como un arado a motor. Clayton puso en funcionamiento el mecanismo a vela, instalado por los ingenieros terráqueos según el mismo sistema de los

transatlánticos a vapor, que llevan un pequeño mástil y una vela auxiliar. Ésta proporciona cierta seguridad para el caso de que el motor falle. En Carella resultaba imposible volver caminando en el caso de que el vehículo se descompusiera. Era necesario utilizar alguna especie de energía.

El mástil era un pilar de acero, corto y poderoso; surgía a través de un agujero practicado en el techo del vehículo. Varios tirantes y soportes magnéticos lo sujetaban en su sitio, sosteniéndolo. El cable por el cual se lo manejaba estaba tejido con metal. A guisa de vela mayor, Clayton tenía un cable de acero flexible que operaba por medio de un cabestrante.

La vela era bastante pequeña. Sin embargo, bastaba para impulsar a aquel monstruo de doce toneladas, aun frenado y con un ancla en el extremo de un cable de setenta y cinco metros.

Sin dificultad alguna, puesto que el viento soplaba a doscientos setenta y cinco kilómetros por hora.

Clayton recogió el cable y viró, tomando el viento de costado. Pero no fue suficiente. Recogió la vela un poco más, y giró hacia la dirección del viento. Con el tremendo huracán en el bao, el poderoso camión escoró, levantando todo un costado. Rápidamente, Clayton soltó medio metro de cable. La vela metálica gimió y chilló, castigada por el viento.

Clayton dejó tan sólo el borde de la vela; así logró mantener el vehículo en equilibrio y avanzar considerablemente.

En el espejito retrovisor se reflejaban los mellados bordes de los barrancos. Era la playa de los naufragios. Pero estaba alejándose de la trampa. Paso a paso, se iba alejando.

—¡Así me gusta, muchacho! —gritó, alentando al esforzado Bruto.

Su ánimo victorioso se desinfló casi de inmediato. Hubo un estruendo ensordecedor, y algo le zumbó junto a la cabeza. Los guijarros, impulsados por el viento a doscientos setenta y siete kilómetros por hora, perforaban el blindaje. Era como una ráfaga de ametralladora. El viento chillaba por los agujeros, tratando de arrancarlo de su asiento.

Se aferró desesperadamente al volante. Éste podía soportar las violentas torsiones de la vela, tejida con la aleación más flexible y resistente que se había podido conseguir, pero que no duraría mucho tiempo más. El mástil, corto y grueso, sostenido por seis cables muy fuertes, se balanceaba como una caña de pescar.

Las cintas de freno estaban acabadas. Llegó a una velocidad de ochenta y cinco kilómetros por hora.

Estaba demasiado cansado para pensar. Conducía con las manos prendidas al volante, sin apartar los ojos entornados de la tormenta.

La vela se rasgó con un quejido. Los jirones flamearon por un momento. En seguida, el mástil se derrumbó. Las ráfagas llegaban ya a los doscientos ochenta y cinco kilómetros por hora.

El viento lo iba llevando hacia los barrancos. Ante un viento de tanta intensidad Bruto se levantó por completo y cayó sobre las ruedas, unos diez metros más allá. Uno de los neumáticos delanteros estalló a causa de la presión, y en seguida hicieron lo mismo las dos ruedas traseras. Clayton apoyó la cabeza sobre los brazos para aguardar el fin.

De pronto, Bruto se detuvo. Clayton fue arrojado hacia adelante. El cinturón de seguridad lo sostuvo por un instante, pero luego se soltó. Golpeó contra el panel de instrumentos y cayó hacia atrás, mareado y sangrante.

Quedó tendido en el suelo, a medias consciente, tratando de dilucidar lo ocurrido. Lentamente, se levantó hasta alcanzar el asiento; razonaba lo bastante como para comprobar que no se había quebrado ningún miembro. Tenía una gran magulladura en el estómago y sangraba por la boca.

Finalmente pudo ver lo que había ocurrido a través del espejo retrovisor. El ancla de emergencia, arrastrada por los setenta y cinco metros de cable, se había enganchado en una saliente de roca, y lo había detenido a menos de, setenta metros del barranco. Estaba a salvo, Por el momento, al menos.

Pero el viento aún no había abandonado la lucha. Proseguía, a doscientos ochenta y dos kilómetros por hora. Levantó el camión en vilo, lo estrelló contra el suelo, volvió a levantarlo y lo arrojó nuevamente. El cable de acero gimió como una cuerda de guitarra. Clayton se aferró al asiento. No podría soportar mucho tiempo más. Pero si cedía, Bruto enloquecido lo haría papilla contra sus costados.

Eso, siempre que el cable no se cortara. En ese caso se precipitaría contra los barrancos.

Se sostuvo. En medio de un salto, echó una mirada al indicador de velocidad cólica. Daba náuseas. No tenía salvación. ¿Cómo podría sobrevivir ante un viento de doscientos setenta y nueve kilómetros por hora? Era demasiado. Era...

¿Cómo? ¿Doscientos setenta y nueve? ¡Eso significaba que el viento estaba amainando!

Al principio le pareció increíble. Pero lenta, seguramente, el indicador descendía. Al llegar a doscientos cuarenta, el camión dejó de golpearse y quedó inmóvil en el extremo del cable. A los doscientos veintiocho, el viento cambió de dirección, señal segura de que estaba por cesar.

Cuando hubo descendido a doscientos doce, Clayton se permitió el lujo de perder el sentido.

Los carelianos vinieron más tarde a buscarlo. Tras maniobrar hábilmente con sus dos grandes naves rodantes para acercarse a Bruto, lo sujetaron con sus largas lianas (más resistentes que el acero, por lo visto), y lo remolcaron hasta la estación.

Llevaron a Clayton hasta la cabina de recepción, y Nerishev se encargó de conducirlo hasta la atmósfera inmóvil de la estación.

—Sólo te rompiste un par de dientes —le dijo—, pero estás todo cubierto de cardenales.

—Pero resistimos —replicó Clayton.

—Apenas. Nuestra defensa contra rocas está completamente destrozada. La estación recibió dos impactos, y apenas si logró resistirlos. He revisado los cimientos: están bastante afectados. Otra tormenta como ésta y...

—...Y la afrontaremos de algún modo. Nosotros, los de la Tierra, sabemos sobrevivir. Ésta fue la peor en ocho meses. Cuatro meses más, y la nave de relevo estará aquí. ¡Vamos, Nerishev! Ven conmigo.

—¿Adonde quieres ir?

—¡A hablar con ese maldito Smanik!

Entraron en la cabina. Estaba atestada de carelianos. A sotavento de la estación había varias naves ancladas.

—¡Smanik! —llamó Clayton—. ¿Qué pasa aquí?

—Es el Festival del Verano —dijo Smanik—. Nuestra gran fiesta anual.

—Hum. ¿Y qué te pareció ese viento?

—Yo lo clasificaría como una brisa moderada —dijo Smanik—. Nada peligrosa, pero sí algo incómoda para navegar.

—¿Incómoda? Espero que en el futuro tus pronósticos sean más acertados.

—No siempre se puede acertar con un pronóstico meteorológico —dijo Smanik—. Es lamentable que me haya equivocado precisamente con ése, que será el último.

—¿El último? ¿Cómo es eso? ¿Qué pasa?

—Esta gente —explicó Smanik, señalando a su alrededor— es toda mi tribu, los Seremai. Hemos celebrado el Festival del Verano. Ahora empieza el otoño, y debemos marcharnos.

—¿Adonde vais?

—A las cavernas del lejano oeste. Están a dos semanas de navegación. En ellas viviremos durante tres meses para estar a salvo.

Clayton sintió un súbito vacío en el estómago.

—¿A salvo de qué, Smanik?

—Ya se lo dije. El verano ha terminado. Necesitamos protegernos del viento, de las poderosas tormentas del invierno.

—¿Qué pasa? —preguntó Nerishev.

—Un momento.

Clayton recordó rápidamente el terrible huracán por el que acababa de pasar, clasificado por Smanik como una brisa moderada e inofensiva. Pensó en la inmovilidad a la que estaban obligados, con Bruto arruinado en los debilitados cimientos de la estación; en el cercó deshecho. Faltaban cuatro meses para la llegada de la nave de relevo.

—Podríamos ir con vosotros en las naves, Smanik para refugiarnos en las cavernas.

—Naturalmente —respondió Smanik, hospitalario

—No, no podremos —se rectificó Clayton, más desanimado aun que durante la tormenta—. Tendríamos que llevar oxígeno extra, comida de la nuestra, una provisión de agua...

—¿Qué pasa? —preguntó nuevamente Nerishev con impaciencia—. ¿Qué te dijo para que pongas esa cara?

—Dijo que aun no han llegado los vientos fuertes. Los dos hombres se miraron fijamente.

Allá fuera se estaba levantando viento.

LA MAÑANA SIGUIENTE

Lentamente, con desgana, Piersen recobró la conciencia. Tendido de espaldas, mantuvo los ojos bien cerrados, tratando de posponer el inevitable momento del despertar. Pero junto con la conciencia volvían las sensaciones. El dolor le clavaba agujas en los ojos; la base del cráneo comenzaba a latirle como un corazón gigantesco. Sentía fuego en las articulaciones, y una profunda náusea le dominaba el estómago.

No fue ningún consuelo comprender que estaba padeciendo los efectos de una mayúscula borrachera.

Piersen tenía amplia experiencia en esa clase de resacas. Las había probado todas: el nerviosismo del alcohol, la depresión del miniscarillo, los triples dolores nerviosos del skliti. Pero esta vez padecía una combinación intensificada de todos ellos, y, por si fuera poco, todos los síntomas del heroinómano privado de su droga.

¿Qué había bebido la noche anterior? ¿Y dónde? Trató de recordar, pero la noche anterior, como muchas otras de su vida, era un borrón confuso. Como de costumbre, tendría que reconstruirla poco a poco.

Decidió que era hora de afrontarlo todo como un hombre; debía abrir los ojos, levantarse y dirigirse valientemente hasta el botiquín. Una inyección de dicloral en la arteria principal tendría que hacerlo reaccionar.

Piersen abrió los ojos y empezó a levantarse. Entonces se dio cuenta de que no estaba en la cama.

Se encontró tendido en medio de hierbas altas; un blanco cielo resplandecía en lo alto y el aire olía a vegetación podrida.

Gimió y volvió a cerrar los ojos. Era insoportable. La noche anterior debió haber llegado al punto de ebullición; había quedado frito, adobado y puesto al asador. Ni siquiera había

sabido llegar a su casa. Por lo visto, se había desmayado en Central Park. Ahora tendría que llamar a un taxi y tratar de controlarse hasta llegar a su apartamento.

Hizo un tremendo esfuerzo: abrió los ojos y se puso de pie.

Estaba en medio de un prado. Hasta donde podía ver, lo rodeaban árboles de troncos gigantescos, entrelazados con lianas verdes y purpúreas; algunas de ellas tenían el grosor de su cuerpo. En torno a los árboles había una selva impenetrable; helechos, arbustos, orquídeas silvestres amarillas, enredaderas negras, y muchas plantas imposibles de identificar, de diversas tonalidades y formas amenazadoras. Y a través de esa espesa jungla le llegaban los gorjeos y chillidos de animales pequeños, el distante rugido de una bestia mayor.

—Esto no es Central Park —se dijo Piersen., Miró en derredor, protegiendo sus ojos del resplandor de aquel cielo sin sol.

—Ni siquiera creo que sea la Tierra —dijo.

Estaba asombrado y deleitado de su propia calma.

Al fin volvió a sentarse en el pasto para considerar seriamente la situación en que se hallaba.

Se llamaba Walter Hill Piersen. Tenía treinta y dos años y residía en la ciudad de Nueva York. Era un votante debidamente acreditado, gozaba de una posición bastante holgada y de un respetable desempleo. La noche anterior había dejado su apartamento a las siete y cuarto con intenciones de salir de juerga. Debió haber sido una noche memorable.

«Sí, memorable», se dijo. En algún momento debió perder el conocimiento. Pero en vez de irse a la cama, o siquiera a Central Park, había aparecido en una jungla espesa y olorosa. Más aún: estaba seguro de que esa selva no pertenecía a la Tierra.

Era un buen resumen de la situación. Miró a su alrededor: grandes árboles anaranjados, lianas purpúreas y verdes entrelazadas a ellos, una luz blanca de sol, que se filtraba con crueldad. Por último, también la realidad se filtró en su cerebro embotado.

Lanzando un grito de horror, escondió la cabeza entre los brazos y se desvaneció.

Al recobrar la conciencia por segunda vez, la resaca había pasado casi por completo; sólo le quedaba un gusto desagradable en la boca y una sensación general de debilidad. Piersen decidió que ya era tiempo de abandonar la bebida; no podía seguir así: ya tenía alucinaciones, puesto que veía árboles anaranjados y lianas purpúreas en una jungla extraña.

Una vez que se sintió perfectamente sobrio, abrió los ojos; estaba en una selva extraña.

—¡Basta! —gritó—. ¿Qué está pasando aquí?

No hubo respuesta inmediata. Después, de entre los árboles que lo rodeaban surgió un intenso murmullo de vida animal que se fue desvaneciendo lentamente.

Piersen se puso de pie, tembloroso, y se recostó contra un árbol. Había reaccionado hasta donde era capaz, dada la situación; ya no le era posible superar la sorpresa. Por lo visto, estaba en una jungla. Muy bien, en ese caso, ¿qué estaba haciendo allí?

No se le ocurrió respuesta alguna. Obviamente, la noche anterior debió haber sucedido algo extraordinario. Pero ¿qué? Penosamente, trató de reconstruir los sucesos.

Había salido de su apartamento a las siete y cuarto, para ir a... Se volvió. Algo se acercaba a él, moviéndose con suavidad por entre la maleza. Piersen aguardó, su corazón golpeaba como un martillo. Aquello se acercaba con movimientos cautelosos, olfateando y gimiendo débilmente. De pronto, la maleza se entreabrió y la criatura surgió al terreno abierto.

Era un esbelto animal de color negro-azulado, de unos tres metros de longitud; tenía la forma de un torpedo o de un tiburón, y caminaba con cuatro pares de patas gruesas y cortas. Parecía no tener ojos ni oídos externos, pero una larga antena vibraba sobre la

frente deprimida. Abrió su gran mandíbula, y Piersen distinguió en ella una hilera de dientes amarillos.

Quejándose suavemente la criatura avanzó en su dirección. Piersen nunca había visto ni soñado una bestia como ésa, pero no se detuvo a considerar tal cosa. Volviéndose, penetró en la jungla a toda carrera. Corrió por entre la maleza durante quince minutos. Luego, ya sin aliento, se vio obligado a detenerse.

Lejos de él, a su espalda, pudo oír el quejido de la bestia negro-azulada, que venía tras él.

Piersen se puso en marcha nuevamente, esta vez al paso. A juzgar por los quejidos de la criatura, no se movía con gran rapidez. Con caminar, simplemente, podía mantener la distancia. Pero ¿qué sucedería cuando se detuviera? ¿Qué intenciones tenía la bestia con respecto a él? ¿Sería capaz de treparse a los árboles?

Resolvió no pensar en eso por el momento. Lo más importante, la pregunta crucial, era: —¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué le había sucedido la noche anterior?

Logró concentrarse. Había salido de su apartamento a las siete y quince para dar un paseo. A pedido del pueblo, el climatólogo de Nueva York había proporcionado una agradable noche de niebla con un fértil dejo de lluvia que, naturalmente, no caería dentro de los límites de la ciudad. La noche se prestaba para caminar.

Paseó por la Quinta Avenida, mirando vidrieras y tomando nota de los Días Gratuitos ofrecidos por los negocios. La tienda Baimler anunciaba que atendería gratuitamente el miércoles, entre las seis y las nueve de la mañana. Debía tratar de conseguir un pase de su concejal. Aún entonces, tendría que levantarse temprano y ponerse en la cola preferencial. Pero eso era mejor que pagar.

Una hora después sintió un poco de hambre. En la vecindad había varios restaurantes comerciales, pero estaba sin fondos. Por lo tanto, caminó por la calle 54 hacia el Restaurante Gratuito de Coutray.

Al llegar a la puerta mostró su carnet de votante y su pase especial, firmado por el tercer secretario asistente de Coutray, y le permitieron entrar. Pidió sólo un bistec de lomo, acompañado por un vino tinto suave, puesto que allí no servían nada fuerte. El mozo le trajo el periódico de la noche. Piersen recorrió las listas de diversiones gratuitas, pero no encontró nada de su agrado.

Cuando estaba por marcharse, el gerente del restaurante corrió hacia él.

—Disculpe, señor —dijo—. ¿Ha encontrado todo de su gusto?

—El servicio es lento —observó Piersen—. El bistec se podía comer, pero no era de primera calidad. Y el vino me pareció pasable.

—Sí, señor. Gracias, señor, y acepte nuestras disculpas —dijo el gerente, anotando esos comentarios en una pequeña libreta—. Trataremos de mejorar, señor. Su cena ha sido una cortesía del honorable Blake Coutray, Comisionado de Aguas Corrientes de Nueva York. El señor Coutray se presentará como candidato para su reelección el 22 de noviembre. Figura en la fila J-3 del cuarto oscuro. Solicitamos humildemente su voto, señor.

—Ya veremos —dijo Piersen, y se marchó. Ya en la calle, tomó un atado de cigarrillos de los que ofrecía gratuitamente una máquina instalada por Elmer Baine, un político de Brooklyn, no muy conocido. Volvió a caminar por la Quinta Avenida, pensando en Blake Coutray.

Como cualquier ciudadano consciente, Piersen otorgaba gran valor a su voto, y lo hacía objeto de largas meditaciones. Él, como todos los votantes, estudiaba cuidadosamente las cualidades de cada candidato antes de cada elección.

Coutray tenía a su favor la subvención de un buen restaurante durante casi todo un año. Pero ¿qué otra cosa había hecho? ¿Dónde estaba el centro de diversiones gratuitas que prometiera, y los conciertos de jazz?

Que los fondos públicos fueran escasos no servía como excusa. Tal vez, un nuevo funcionario se preocuparía más. O quizá conviniera otorgar otro período a Coutray. Pero eso no podía decidirse a la ligera, y aquél no era un momento adecuado para pensar seriamente. La noche se había hecho para el placer, la intoxicación y la risa.

¿Adonde podía ir esa vez? Ya había visto casi todos los espectáculos gratuitos. Las competencias deportivas no le interesaban mayormente. Había también varias fiestas, pero ninguna parecía muy divertida. En la Casa Abierta del Intendente podría encontrar muchachas disponibles, pero los apetitos de Piersen iban últimamente en mengua.

Por lo tanto, la mejor manera de escapar al aburrimiento consistía en una borrachera. ¿Con qué? ¿Miniscarrillos? ¿Algún tóxico por contacto? ¿Skлити?

—¡Hola, Walt!

Se volvió. Era Billie Benz, quien se dirigía hacia él con una amplia sonrisa, ya semiborracho.

—¡Hola, Walt! —repitió—. ¿Tienes algún programa para esta noche?

—Todavía no —respondió Piersen—. ¿Por qué?

—Hoy se inaugura un local nuevo. Muy bien puesto, reluciente, animado... ¿Quieres probar?

Piersen arrugó el ceño. Benz no le resultaba muy simpático. Aquel hombre grandote, estentóreo y de cara rojiza era un completo gandul, un ser humano totalmente inútil. El hecho de que no trabajara no preocupaba mayormente a Piersen, puesto que muy pocos lo nacían. ¿Para qué trabajar, si uno podía utilizar el voto? Pero Benz era demasiado perezoso, hasta para votar. Y eso era inadmisibile, en opinión de Piersen. El voto era obligación primordial de todo ciudadano.

Sin embargo, Benz tenía una increíble habilidad para descubrir locales nuevos antes que los demás.

Tras una breve vacilación, Piersen preguntó:

—¿Es gratis?

—Más gratuito que la sopa —replicó Benz, siempre vulgar.

—¿De qué se trata?

—Ven conmigo, compañero. Te contaré.

Piersen enjugó el sudor que le corría por la cara. La jungla había quedado silenciosa, inmóvil. Ya no se oían los gemidos de la bestia azul entre la maleza. Tal vez había abandonado la caza.

Las ropas de Piersen estaban reducidas a jirones. Se quitó la chaqueta y abrió su camisa hasta la cintura. El sol relumbraba, oculto en algún lugar, detrás de ese cielo mortalmente blanco. Se sentía empapado en transpiración, y sentía la garganta seca. Pronto necesitaría beber agua.

La situación se estaba volviendo peligrosa. Pero Piersen no quiso pensar en ello. Antes de imaginar algún medio para salir de allí, tenía que averiguar cómo había llegado a ese sitio.

¿Cuál era ese reluciente local nuevo al que había ido con Billie Benz?

Se recostó contra un árbol y cerró los ojos. Los recuerdos volvieron, lentamente. Habían caminado hacia el este por la calle 62, y después...

La maleza se estremeció ruidosamente. Él levantó rápidamente la vista. La bestia azulada surgió a la rastra, Sus largas antenas temblaron, y de inmediato apuntaron hacia él. En ese instante, la criatura se encogió sobre sí misma y saltó.

Piersen, en una reacción instintiva, se apartó de un salto. La bestia no logró atraparlo entre las garras extendidas; giró rápidamente sobre sí y volvió a saltar. Piersen, que había perdido el equilibrio, no logró esquivarla a tiempo. Levantó los brazos, y aquella especie de tiburón se estrelló contra él.

El impacto arrojó a Piersen contra un árbol. Se aferró desesperadamente a la ancha garganta de la bestia, tratando de que no le alcanzara el rostro con aquellos mordiscos. Intensificó sus esfuerzos, en el intento de estrangularla, pero no tenía la fuerza necesaria.

La criatura se debatió, arañando el suelo con sus garras, y los brazos de Piersen comenzaron a ceder. Las mandíbulas se acercaron a dos centímetros de su cara. Surgió una larga lengua manchada de negro.

A fuerza de asco, Piersen apartó a aquella criatura gimiente. Antes de que ella pudiera recobrase, se colgó de dos lianas y se alzó hasta un árbol. Llevado por el pánico, trepó por el tronco resbaladizo, de rama en rama. Cuando estuvo a unos nueve metros del suelo, se atrevió a mirar hacia abajo.

Aquella cosa negro-azulada venía tras él, trepando, como si los árboles fueran su medio natural.

Piersen continuó, aunque todo el cuerpo le temblaba por el esfuerzo. El tronco se iba volviendo más delgado, y sólo quedaban unas pocas ramas a las que pudiera aferrarse. Al llegar a los quince metros de altura, el árbol entero empezó a balancearse bajo su peso.

La criatura lo seguía, tres metros más abajo. Piersen gruñó, comprendiendo que no podía seguir trepando. Pero el temor le dio nuevas fuerzas. Se arrastró hasta la última rama grande, en busca de apoyo seguro, y recogió ambas piernas. Cuando la bestia estuvo próxima, la golpeó con los dos pies.

Logró alcanzarla de lleno en el cuerpo. Con un fuerte ruido, sus garras desprendieron la corteza mientras caía, gritando, golpeándose contra las ramas, hasta golpear el suelo con un seco estallido.

Se hizo el silencio.

La criatura debía estar muerta. Pero no bajaría a investigar. No había poder sobre la Tierra (ni en planeta alguno de la galaxia) capaz de hacerlo bajar de ese árbol. Se quedaría allí mientras no se sintiera preparado para descender.

Se deslizó un par de metros, hasta ubicarse sobre una gran horqueta. Allí pudo sostenerse a gusto. Una vez que se hubo acomodado, comprendió que estaba al borde del colapso. La borrachera de la noche anterior lo había dejado exhausto.

En esas condiciones, bastaría con el ataque de una ardilla para terminar con él.

Recostó sus miembros fatigados contra el árbol y cerró los ojos, para continuar con la reconstrucción de lo ocurrido la noche anterior.

—Bueno, amigo mío —había dicho Billie Benz—, ven conmigo y te contaré. Mejor aún, vayamos hacia allá.

Caminaron hacia el este por la calle 62, mientras el azul intenso del atardecer se oscurecía con la noche. Se encendieron las luces de Manhattan, aparecieron las estrellas en el horizonte, y una luna en cuarto creciente centelleó a través de un ligero velo.

—¿Adonde vamos? —preguntó Piersen.

—Ya hemos llegado, compañero —dijo Benz.

Frente a ellos se alzaba un pequeño edificio, muy poco lujoso. Sobre la puerta, un discreto letrero de bronce decía: NARCÓTICOS.

—Es el nuevo fumadero gratuito —dijo Benz—. Lo habilitó esta misma noche Thomas Moriarty, el candidato a intendente por los reformistas. Nadie lo conoce todavía.

—Magnífico —dijo Piersen.

En la ciudad había muchas actividades gratuitas. El único problema consistía en descubrirlas antes de que la multitud las invadiera, ya que casi todo el mundo andaba a la busca de nuevos placeres.

Muchos años atrás, la Comisión Central de Eugenética del Gobierno Mundial Unido había logrado estabilizar en una cifra razonable la población del mundo. Era la más reducida del último milenio, y los habitantes gozaban de una esmerada atención. La ecología submarina, el cultivo intensivo y la utilización total de las tierras proporcionaban

alimentos y ropa en abundancia, o mejor dicho, en súper abundancia. El alojamiento de una población tan reducida no era problema alguno, gracias a los métodos de construcción automática y a la gran existencia de materiales. Ni siquiera los artículos de lujo representaban un lujo.

Era una cultura estática, estable y segura. Aquellas pocas personas que inventaban las máquinas, quienes las fabricaban y quienes las mantenían en funcionamiento, recibían generosas retribuciones. Pero la mayor parte de la gente no se tomaba la molestia de trabajar. No era necesario, y tampoco había incentivos.

Naturalmente, había hombres ambiciosos que deseaban riquezas, poder y notoriedad. Ésos se dedicaban a la política. Atraían a los votantes proporcionándoles alimentos, ropas y diversiones, gracias a los abundantes fondos públicos. Y los maldecían por veleidosos, puesto que se volvían hacia cualquier promesa más atractiva. Era una especie de utopía. La pobreza era cosa olvidada, las guerras habían cesado mucho tiempo atrás, y cada uno podía gozar de una vida larga y fácil.

Sólo la mera ingratitud humana podía ser la causa del apabullante porcentaje de suicidas.

Benz lo hizo pasar por una puerta, que se abrió de inmediato. A través de un corredor, llegaron a un salón grande y confortablemente amueblado. Tres hombres y una mujer, pájaros tempraneros que habían sabido de la inauguración, fumaban pálidos cigarrillos verdes, arrellanados en sus divanes. El aire tenía un olor acre, placenteramente desagradable.

Un empleado se adelantó, para conducirlos hacia un diván desocupado.

—Poneos cómodos, caballeros —dijo—. Encended un cigarrillo, y vuestros problemas se desvanecerán.

Y entregó a cada uno un atado de cigarrillos de color verde claro.

—¿De qué están hechos? —preguntó Piersen.

—Los cigarrillos narcóticos —les dijo el empleado— son una mezcla escogida de tabacos turcos y de Virginia, con una cantidad muy controlada de narcola, una planta tóxica originaria del cinturón ecuatorial de Venus.

—¿Venus? —preguntó Benz—. No sabía que habíamos llegado a Venus.

—Hace cuatro años, señor —dijo el empleado—. La Expedición Yale fue la primera en aterrizar allí, e instaló una base.

—Creo que leí algo al respecto —dijo Piersen—. O lo vi en un noticiero. Venus. Un planeta rudo y selvático, ¿verdad?

—Bastante rudo —confirmó el empleado.

—Lo imaginaba —dijo Piersen—. Es difícil mantenerse al tanto de todo. Esa narcola, ¿crea hábito?

—En absoluto, señor —lo tranquilizó el empleado—. La narcola tiene los efectos que debería causar el alcohol, aunque pocas veces lo hace: una gran liviandad, sensaciones de bienestar, asimilación gradual y ausencia de efectos posteriores. Os la ofrecemos como cortesía de Thomas Moriarty, candidato a intendente por el Partido Reformista. Hilera A-2 en el cuarto oscuro, caballeros. Solicitamos humildemente vuestros votos.

Ambos asintieron, en tanto encendían sus cigarrillos.

Los primeros efectos fueron casi inmediatos. El primer cigarrillo dejó a Piersen relajado, incorpóreo, lleno de fuertes presentimientos de futuros placeres. El segundo acentuó tales efectos y agregó otros. Sus sentidos se agudizaron extraordinariamente. El mundo le pareció un lugar delicioso, un lugar lleno de esperanza y maravilla. Y él mismo constituía una parte necesaria y vital de él.

Benz le dio un codazo en las costillas.

—Muy ameno, ¿verdad?

—Magnífico —dijo Piersen—. Este Moriarty debe ser buen hombre. El mundo necesita hombres buenos.

—Así es —concordó Benz—. Hacen falta hombres inteligentes.

—Valientes, arriesgados, de horizontes amplios —continuó Piersen, enfático—. Hombres como nosotros, querido; capaces de dar forma al futuro, de...

Se detuvo abruptamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Benz.

Piersen no respondió. Por un efecto común a todos los bebedores, los efectos del narcótico se habían invertido súbitamente. Tras sentirse como un dios, acababa de verse como en realidad era, con lucidez de ebrio.

Era Walter Hill Piersen, de treinta y dos años, soltero, desocupado, innecesario. A los dieciocho años había aceptado un empleo para complacer a sus padres. Pero lo dejó una semana más tarde: aquello lo aburría y no le dejaba dormir a gusto. Alguna vez había contemplado la posibilidad de casarse, pero las responsabilidades de mantener esposa e hijos lo apabullaron. Tenía casi treinta y tres años; era delgado, de músculos flácidos y piel descolorida. Nunca había hecho nada que tuviera la menor importancia para él o para los demás. Y jamás lo haría.

—Vamos, hermanito, dile a tu hermano lo que te ocurre —dijo Benz.

—Quiero hacer cosas grandes —balbuceó Piersen, echando una pitada al cigarrillo.

—¿De veras, amigo?

—¡De veras! ¡Quiero ser aventurero!

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —exclamó Benz, mientras se levantaba de un salto, asiendo a Piersen por el brazo—, ¡Yo tengo la solución! ¡Vamos!

—¿Tú tienes que?

Piersen trató de apartar a Benz. Sólo quería permanecer allí sentado, disfrutando de su grandeza. Pero Benz le obligó a levantarse.

—Se lo que te hace falta, compañero —dijo Benz—. ¡Aventura, entusiasmo! Bueno, yo sé dónde lo puedes conseguir.

Piersen arrugó el ceño, pensativo, mientras se esforzaba por mantener el equilibrio.

—Aproxímate —dijo a Benz—. Quiero decirte algo al oído.

Benz se inclinó hacia él.

—Quiero aventuras —susurró Piersen—..., pero no quiero sufrir ningún daño, ¿comprendes?

—Comprendo —aseguró Benz—. Tengo exactamente lo que quieres. ¡Vamos! ¡Nos espera la aventura! ¡Aventura sin peligro!

Y abandonaron a tropezones el fumadero del candidato reformista, tomados del brazo, aferrando sus atados de cigarrillos.

Se había levantado brisa, y el árbol en donde Piersen estaba trepado se mecía a su impulso. El viento le recorrió el cuerpo húmedo y caliente, hasta hacerlo estremecer. Le castañetearon los dientes; el brazo empezaba a dolerle, a fuerza de asirse a la pulida rama. La garganta, seca, parecía llena de fina y cálida arena.

La sed era más de lo que podía soportar. Habría sido capaz de enfrentarse con diez criaturas negro-azuladas por conseguir un sorbo de agua.

Archivó los difusos recuerdos de la noche anterior, y comenzó a bajar del árbol. Por mucho que deseara comprender lo que había ocurrido, era más importante el agua.

La criatura negro-azulada yacía inmóvil al pie del árbol, con la columna quebrada. Pasó junto a ella y avanzó por la selva.

Caminó durante horas, días tal vez; perdió toda noción del tiempo bajo aquel cielo blanco, deslumbrante, inalterable. Los espinos le desgarraban las ropas, las aves lanzaban gritos de alarma a su paso. Lo ignoraba todo, vidriosos los ojos, flácidas las piernas. Caía, se levantaba y seguía caminando; volvía a caer, una y otra vez. Como un robot, continuó hasta tropezar con un arroyuelo turbio de barro.

Sin pensar siquiera en las peligrosas bacterias que podía contener, Piersen se echó de bruces para beber.

Descansó un rato, mientras examinaba los alrededores. La selva lo rodeaba por doquier, brillante, densa y extraña. El cielo seguía deslumbrante en su blancura, sin cambiar de tono. Y entre la maleza gorjeaba y chillaba la vida invisible y diminuta.

Era un sitio muy solitario y peligroso. Piersen habría querido salir de allí.

Pero ¿cómo hacerlo? ¿Dónde estaban las ciudades, y la gente? Y ¿cómo podría encontrarlas en esa vastedad sin caminos? Además, ¿qué estaba haciendo allí?

Se frotó la mejilla barbuda y trató de recordar. La noche anterior parecía estar a millones de años de distancia, en una vida totalmente distinta. Nueva York era como una ciudad entrevista en un sueño. Para él, la única realidad era esa jungla, y el hambre que le retorció el vientre, y aquel extraño zumbido que acababa de comenzar.

Miró a su alrededor, tratando de localizar su origen. Parecía provenir de cualquier parte, de la nada, de todos lados. Piersen, con los puños apretados, vigiló hasta que le dolieron los ojos, pero la nueva amenaza no estaba a la vista.

De pronto, un arbusto de color verde brillante se movió muy cerca de él. Piersen se apartó de un salto, con un estremecimiento incontenible. El arbusto se sacudía por entero, y eran sus finas hojas ganchudas las que producían aquel zumbido.

Y entonces...

El arbusto lo miró.

No tenía ojos. Pero Piersen pudo sentir que la planta cobraba conciencia de él, que se concentraba en su persona y tomaba una decisión. El zumbido subió de volumen. Las ramas del arbusto se tendieron hacia él, tocaron la tierra, echaron raíces, desplegaron zarcillos buscadores que, a su vez, se arraigaron y echaron rápidamente nuevos zarcillos.

La planta iba creciendo hacia él, y se movía a paso de hombre.

Piersen miró fijamente las hojas agudas y relucientes que se tendían hacia él. Era increíble, pero debía creerlo.

Y en ese momento recordó el resto de lo ocurrido la noche anterior.

—Aquí estamos, compañero —dijo Benz, a las puertas de un edificio muy iluminado.

Arrastró a Piersen dentro del ascensor, y subieron hasta el piso 23°; allí había una sala de recepción, amplia y brillante.

En una pared, un discreto cartel rezaba: Aventuras Ilimitadas.

—Oí hablar de este sitio —dijo Piersen, dando una intensa pitada a su cigarrillo—. Pero dicen que es caro.

—No te preocupes por eso —le dijo Benz, La recepcionista, una rubia, anotó sus nombres y los condujo hasta la oficina privada del doctor Srinagar Jones, Asesor de Actividades.

—Buenas noches, señores —dijo Jones.

Era frágil y delgado y usaba gruesos anteojos. Piersen contuvo a duras penas una risita burlona. ¿Eso era un asesor de actividades? Pero Jones preguntó, amablemente:

—¿Entiendo que deseáis aventura?

—Es él quien quiere aventura —dijo Benz—. Yo soy un amigo, nada más.

—Por supuesto. Jones se volvió hacia Piersen.

—En ese caso, señor, ¿en qué clase de aventura ha pensado?

—Aventura al aire libre —replicó Piersen, levemente gangoso, pero decidido.

—Tenemos exactamente lo que usted desea —respondió Jones—. Por lo común hay que pagar una tarifa, pero esta noche las aventuras son gratuitas, por cortesía del presidente Main. Hilera C-I en el cuarto oscuro. Por aquí, señor.

—Espere. No quiero que me maten, ¿entiende? ¿No habrá peligro?

—De ningún modo. En estos tiempos no se autorizan las aventuras que no sean inocuas. Le explicaré cómo funciona esto. Usted se relaja cómodamente en una cama, en nuestro cuarto de Exploradores, y se le aplica una inyección indolora. Eso produce la

pérdida inmediata de la conciencia. Entonces provocamos la aventura en su mente, por medio de una equilibrada aplicación de estímulos auditivos, táctiles y de otra índole.

—¿Como si fuera un sueño? —preguntó Piersen.

—Es la mejor comparación. Pero esta aventura soñada es completamente realista en cuanto a su contenido. Sus dolores, sus emociones, son verdaderos. No hay forma de distinguirlos de los reales. Pero es un sueño, y por lo tanto no se corre ningún riesgo.

—¿Y qué ocurre si muero en la aventura?

—Equivale a soñar que lo matan. Se despierta, eso es todo. Pero mientras dura ese sueño ultra realista y colorido, usted goza de libre albedrío y de poder consciente sobre sus movimientos imaginarios.

—Y mientras estoy viviendo la aventura, ¿tengo conciencia de todo eso?

—Así es, usted sabe perfectamente que se trata de un sueño.

—¡En ese caso, vamos! —exclamó Piersen—. ¡Venga ese sueño!

El arbusto verde avanzaba lentamente hacia él. Piersen estalló en una carcajada. ¡Un sueño! Naturalmente, todo era un sueño. Nada podía hacerle daño. Ese arbusto amenazante no era sino un producto de su imaginación, y también lo era aquel animal negro-azulado. No habría muerto aunque el animal hubiese logrado aferrarlo por la garganta. Habría despertado, simplemente, en el cuarto de Exploradores de Aventuras Ilimitadas.

Ahora todo eso parecía ridículo. ¿Cómo no lo había notado antes? Aquella cosa negra era obviamente una creación del sueño. Y ese arbusto verde resultaba absurdo. Todo era bastante tonto e increíble, si uno lo pensaba un poco.

—Muy bien —dijo Piersen, en voz alta—; ya podéis despertarme, Pero nada ocurrió. Recordó entonces que no era posible despertar a voluntad. Eso invalidaría la sensación de aventura, anulando los efectos terapéuticos que el terror y el entusiasmo ejercían sobre el sistema nervioso quebrantado. La única forma de abandonar la aventura consistía en sortear todos los obstáculos. O en perecer.

El arbusto estaba ya muy cerca de su pie. Piersen lo contempló, maravillado por su aspecto natural. Una de las hojas ganchudas se clavó en el cuero de su zapato. Piersen sonrió con orgullo: estaba dominando bien el temor y la repulsión. Sólo debía recordar que aquello no podía hacerle daño.

Pero ¿cómo era posible vivir una aventura realista cuando uno sabía perfectamente que no era real? Sin duda, Aventuras Ilimitadas habría tomado en cuenta ese aspecto.

Y entonces recordó las últimas advertencias de Jones.

Estaba acostado en la camilla blanca, y Jones se inclinaba sobre él, con la aguja hipodérmica preparada.

—Oiga, amigo —preguntó Piersen—, ¿qué clase de aventura puede ser ésta, si yo sé que no es real?

—Ya hemos resuelto ese aspecto —dijo Jones—. Verá, algunos de nuestros clientes viven aventuras auténticas.

—¿Eh?

—Aventuras auténticas, verdaderas, físicas. Entre muchos clientes, uno recibe la inyección que lo duerme, pero no se le proporcionan otros estímulos. Se le ubica en una nave espacial, y se le lleva a Venus. Allí despierta, y vive en la realidad todo aquello que los otros experimentan en la fantasía. Si vence todos los peligros, sobrevive.

—¿Y si no?

Jones se encogió de hombros; esperaba, paciente, con la aguja preparada.

—¡Es inhumano!

—No estamos de acuerdo. Debe considerar, señor Piersen, que la vida actual requiere aventuras. El peligro es necesario para compensar cierto debilitamiento de la fibra humana, causado por estos tiempos tranquilos. Estas aventuras fantásticas ofrecen el peligro en su forma más inocua y agradable. Pero perderían toda eficacia si el sujeto no

las tomara en serio. El aventurero debe tener la posibilidad, aunque sea muy remota, de que su lucha por la vida sea auténtica.

—Pero el que va realmente a Venus...

—Es un porcentaje insignificante —le aseguró Jones—. No llega a uno cada diez mil. Es sólo para afianzar la sensación de peligro en los demás.

—Pero ¿es legal? —insistió Piersen.

—Completamente. En porcentajes totales, el riesgo resulta mucho mayor si se toma miniscarrillo o si se fuman narcóticos.

—Bueno —dijo Piersen—, me parece que no quiero... La aguja hipodérmica le mordió súbitamente en el brazo.

—Todo saldrá bien —dijo Jones, tranquilizador—. Relájese, señor Piersen.

Ése era el último recuerdo, antes de despertar en la selva.

En ese momento, el arbusto verde había llegado a su tobillo. Una hoja ganchuda y esbelta se deslizó muy lenta, muy suavemente, en su carne. Piersen, sintió apenas un leve cosquilleo. Un momento después, la hoja había tomado un color rojo opaco.

«Una planta que se alimenta de sangre», pensó Piersen, medio divertido.

De pronto se sintió harto de todo aquello. Había sido una ocurrencia de borrachos. Ya era bastante. Quería salir de eso, y de inmediato.

El arbusto se aproximó más, y le clavó otras dos hojas en la pierna. La planta entera comenzó a tomar un tono pardo rojizo.

Piersen quería regresar a Nueva York, a las fiestas, a las comidas y a las diversiones gratuitas; quería dormir a gusto. Si destruía esa amenaza, surgiría otra. Y aquello podía seguir así por semanas enteras.

El método más directo era dejar que el arbusto lo matara. Y entonces podría despertar.

Las fuerzas comenzaban a abandonarlo. Se sentó, notando que varios arbustos más comenzaban a crecer hacia él, atraídos por el olor de la sangre.

—Esto no puede ser real —dijo, en voz alta—. ¿Dónde se ha visto una planta que sorba la sangre, ni siquiera en Venus?

En el cielo, a gran altura, grandes pájaros de alas negras planeaban pacientemente, esperando que les llegara el turno de caer sobre el cadáver.

¿Podía ser real todo eso?

Recordó que las probabilidades de que fuera un sueño eran diez mil contra una. Sólo un sueño. Un sueño vivido y realista. Pero un sueño, de cualquier manera.

Y sin embargo, si fuera real...

Empezaba a sentirse débil y mareado por la pérdida de sangre. «Quiero volver a casa», pensó. «Para eso tengo que morir. Las posibilidades de morir realmente son tan pequeñas, tan infinitesimales...» Súbitamente comprendió la verdad. En una época como ésa, nadie arriesgaría la vida de un votante. ¡Aventuras ilimitadas no podía poner a un hombre en peligro! Jones había dicho aquello sólo para acentuar la sensación de realidad y de aventura. Ésa debía ser la verdad.

Se recostó hacia atrás, cerró los ojos y se preparó a morir.

Mientras moría, viejos sueños, temores y esperanzas se agitaron en él. Recordó su único empleo, y la mezcla de placer y de pena con que presentó su renuncia. Pensó en sus padres, tozudos, trabajadores, reacios a aceptar los dones de la civilización sin hacer nada por merecerlo, como ellos decían. Meditó más profundamente que nunca, y estableció contacto con un Piersen cuya existencia no sospechara hasta entonces.

El otro Piersen era una criatura sin complicaciones. Sólo quería vivir. Estaba decidido a ello. Se negaba a morir bajo ninguna circunstancia, aunque se tratara de una muerte imaginaria.

Los dos Piersen, impulsado uno por el orgullo y el otro por el deseo de sobrevivencia, libraron una breve batalla, en tanto las fuerzas los iban abandonando. Por último resolvieron el conflicto en términos mutuamente satisfactorios.

—Ese maldito Jones cree que voy a morir —dijo Piersen—. Que me dejaré morir para despertar. ¡No voy a darle el gusto, maldito sea!

Era la única manera de aceptar su propio deseo de vivir.

Aterradoramente débil, se levantó como pudo y trató de liberarse de aquella planta sanguinaria. Pero ésta no quería soltar a su presa. Con un grito de cólera, Piersen se agachó y tironeó de ella con todas sus fuerzas. Al liberarse, los ganchos le fustigaron las piernas; otros ganchos se hincaron en su brazo derecho.

Pero tenía las piernas libres. Apartó a puntapiés otras dos plantas y avanzó tambaleándose hacia la selva, con el arbusto prendido al brazo.

A tropezones, se alejó de las otras plantas. Y después intentó liberarse de la última.

El arbusto le sujetaba ambos brazos, aprisionándolo. Piersen sollozó de dolor y de cólera; levantó los brazos y los golpeo contra el tronco de un árbol.

Los garfios cedieron. Volvió a golpear los brazos contra el árbol, cerrando los ojos ante el dolor. Una y otra vez, hasta que el arbusto lo soltó.

Piersen volvió a caminar.

Pero había demorado mucho la batalla por su vida. Perdía sangre por cien heridas, y el olor era como una campana de alarma a través de la selva. Algo negro y veloz descendió desde lo alto. Piersen se arrojó al suelo, y aquello pasó por sobre él con un batir de alas poderosas, entre coléricos chillidos.

Se levantó, y trató de encontrar protección en un matorral de plantas espinosas. Un ave grande, de pecho carmesí y alas negras, volvió a bajar en picada.

Esta vez las garras afiladas se le clavaron en el hombro, arrojándolo al suelo. El pájaro aterrizó sobre su pecho, con un furioso batir de alas. Le tiró un picotazo a los ojos, falló, lo intentó nuevamente.

Piersen empezó a golpearlo. Su puño alcanzó al pájaro de lleno en la garganta, volteándolo.

Se arrastró sobre manos y rodillas bajo el matorral. El pájaro voló en círculos, gritando, en busca de un hueco por donde entrar. Piersen se adentró en la mata, hasta sentirse más a salvo.

Y en ese momento escuchó a su lado un suave gemido.

Había esperado demasiado. Estaba condenado a muerte, y la selva jamás lo dejaría marchar. Junto a él, una criatura larga, de color negro azulado y con forma de tiburón, algo más pequeña que el primer ejemplar, se arrastraba rápidamente hacia él a través de la mata espinosa.

Piersen se puso de pie, atrapado entre la muerte que chillaba en el aire y la muerte quejosa pegada a la tierra. Gritó su enojo, su temor, su desafío. Y, sin vacilar, se lanzó hacia la bestia negro-azulada. Las grandes mandíbulas lanzaron mordiscos a diestra y siniestra. Piersen permaneció inmóvil. Con un postrer vestigio de conciencia, vio que las fauces se abrían para el golpe mortal.

«¿Será cierto?», se preguntó Piersen, súbitamente aterrorizado.

Y se desmayó.

Al recobrar la conciencia se encontró acostado sobre un catre blanco, en un cuarto blanco también, suavemente iluminado. Poco a poco, sus ideas fueron tomando más claridad, hasta que recordó... su muerte.

«¡Qué aventura!», pensó. «Tengo que contársela a los muchachos. Pero antes necesito una copa. Diez copas, tal vez, y un poco de diversión.»

Volvió la cabeza. Una muchacha vestida de blanco estaba sentada junto a la cama; se levantó en seguida y le preguntó, inclinándose sobre él:

—¿Cómo se siente, señor Piersen?

—Muy bien —dijo Piersen—. ¿Dónde está Jones?

—¿Jones?

—Srinagar Jones. El que dirige todo esto.

—Debe estar equivocado, señor —respondió la muchacha—. Nuestra colonia está bajo las órdenes del doctor Baintree.

—¿Vuestra qué? —gritó Piersen.

En ese momento, un hombre entró en la habitación, diciendo:

—Puede retirarse, enfermera.

Y agregó, volviéndose hacia Piersen:

—Bienvenido a Venus, señor Piersen. Soy el doctor Baintree, director del Campamento 5.

Piersen contempló, incrédulo, a aquel hombre alto y barbudo. Trató de levantarse de la cama, y el doctor tuvo que sostenerlo para que no cayera. Entonces notó, con sorpresa, que tenía casi todo el cuerpo envuelto en vendajes.

—Entonces, ¿fue real? —preguntó.

Baintree lo ayudó a llegar hasta la ventana. Desde allí, Piersen pudo ver un terreno despejado, alambrados, y el distante borde de la selva.

—¡Uno entre diez mil! —dijo Piersen, amargamente—. ¡Y me tuvo que tocar a mí! ¡Pude haber muerto!

—Estuvo a punto de morir —dijo Baintree—. Pero no fue por simple cuestión de estadísticas que vino aquí.

—¿Qué significa eso?

—Permítame explicarle, señor Piersen. En la Tierra, la vida es fácil. Los problemas de la existencia humana están resueltos..., pero mucho me temo que sea en detrimento de la raza. La Tierra se ha estancado. La tasa de nacimientos sigue bajando, y en cambio sube la de suicidios. Se abren nuevas fronteras en el espacio, pero casi nadie tiene interés en ir allí. Sin embargo, las fronteras necesitan habitantes para que la raza sobreviva.

—He escuchado discursos como ése en los noticieros, en los tridimensionales y en los periódicos.

—Por lo visto, no causaron efecto en usted.

—No creo en todo eso.

—Es cierto —le aseguró Baintree—, aunque usted no lo crea.

—Usted es un fanático —dijo Piersen—. No pienso discutir. Supongamos que es cierto. ¿Qué papel juego yo en todo esto?

—Necesitamos colaboradores... desesperadamente —dijo Baintree—. Hemos ofrecido todas las ventajas, hemos probado todos los métodos posibles para reclutar gente. Pero nadie quiere dejar la Tierra.

—Es lógico. ¿Y bien?

—Éste es el único método que da resultados. Fuimos nosotros quienes organizamos Aventuras Ilimitadas. Los posibles candidatos son traídos aquí, y abandonados en la jungla para ver cómo se desenvuelven. Es una prueba excelente, tanto para los individuos como para nosotros.

—¿Qué habría ocurrido —preguntó Piersen— si yo no hubiese luchado contra los arbustos?

Baintree se encogió de hombros.

—Y por eso me reclutasteis —dijo Piersen—. Me hicisteis correr una carrera de obstáculos, y gracias a que me porté como todo un hombrecito, me salvasteis en el último instante. Ahora esperáis que yo me sienta halagado porque me escogisteis, ¿eh? Yo debería reconocer, de pronto, que soy un hombre rudo, valiente, hecho para vivir al aire libre. Se supone que debo sentirme lleno de coraje y con ganas de ser pionero.

Baintree lo miró fijamente, sin responder.

—¿Se supone que voy a inscribirme como pionero? Baintree, yo no soy ningún idiota. Francamente, ¿a usted le parece que yo puedo abandonar una existencia tan agradable, allá en la Tierra, para venir a hacer de granjero en Venus? Váyase al demonio, Baintree, usted y su programa de redención.

—Comprendo muy bien su punto de vista —respondió Baintree—. Nuestros métodos son algo arbitrarios, pero la situación lo exige. Cuando se sienta más tranquilo...

—¡Estoy perfectamente tranquilo! —gritó Piersen—. No me sermonee más, porque no quiero salvar al mundo. Quiero volver a la Tierra y divertirme en grande.

—Puede regresar en el vuelo de esta noche —dijo Baintree.

—¿Cómo? ¿Así nomás?

—Así nomás.

—No entiendo —dijo Piersen—. ¿Piensa conquistarme por medio de la psicología? No le dará resultado: quiero volver a mi casa. No entiendo cómo es que sus secuestrados se quedan aquí.

—No se quedan —observó Baintree.

—¿Cómo?

—De vez en cuando, alguno decide quedarse, pero la mayoría reacciona como usted. Nunca se sienten súbitamente enamorados del terreno ni deseosos por conquistar un nuevo planeta. Eso es sólo en las novelas. Quieren volver a sus casas. Pero con mucha frecuencia aceptan ayudarnos allá en la Tierra.

—¿De qué modo?

—Convirtiéndose en reclutadores. En realidad, es divertido. Uno come, bebe y se divierte como siempre. Y cuando encuentra un posible candidato, le habla de las aventuras soñadas que ofrece Aventuras Ilimitadas. Es lo que Benz hizo con usted.

Piersen quedó atónito.

—¿Benz? ¿Ese inútil es reclutador?

—Sin duda. ¿Acaso pensaba usted que los reclutadores eran soñadores idealistas? Son personas como usted, Piersen, que disfrutan de los entretenimientos y gozan estando en todo. Tal vez les guste hacer una buena acción por la raza, siempre que eso no les cause molestia alguna. Creo que a usted le agradaría ese trabajo.

—Podría probar por un tiempo —dijo Piersen—. Para divertirme.

—No pedimos otra cosa.

—Pero ¿cómo os las componéis para conseguir nuevos colonos?

—Bueno, eso es muy extraño. Después de algunos años, muchos de nuestros reclutadores sienten curiosidad por saber qué pasa aquí, y regresan.

—Bien. Será entretenido trabajar como reclutador por un tiempo. Pero sólo por un tiempo, mientras tenga deseos de hacerlo.

—Naturalmente —replicó Baintree—. Venga, será mejor que empaque.

—Y no cuente con que vuelva. Soy un hombre de ciudad. Me gustan las cosas cómodas, y este asunto de la redención es sólo para los inquietos.

—Por supuesto. A propósito, usted se desempeñó muy bien en la selva.

—¿De veras?

Baintree asintió, con gravedad.

Piersen, ante la ventana, contempló los campos, los edificios, los alambrados, el borde distante de la selva contra la cual, casi derrotado, había debido luchar.

—Será mejor que salgamos —dijo Baintree.

—¿Eh? Sí, ya voy.

Se apartó lentamente de la ventana, con un leve dejo de irritación cuya causa no pudo identificar.

PROBLEMAS CON LOS NATIVOS

Edward Danton era un inadaptado. Desde su primera infancia había dado muestras de inclinaciones pre-anti-sociales. Eso debería haber servido de advertencia para sus padres, que tenían la obligación de llevarlo, sin demoras, a un psicólogo especialista en pre-púberes. Un profesional competente habría sido capaz de descubrir aquellos factores de su infancia que ocasionaban esas tendencias adversas al grupo. Pero los padres de Danton quizá daban demasiada importancia a sus propios problemas y pensaron que al crecer el niño superaría todo eso.

No fue así.

En la escuela, Danton aprobó a duras penas Adiestramiento Grupa!, Adaptación Fraternal, Reconocimiento de Valores, Apreciación de las Costumbres Sociales, y otras materias que cualquiera debe saber, si desea vivir con serenidad en el mundo moderno. Debido a esa falta de comprensión, Danton jamás podría vivir con serenidad en el mundo moderno.

Le llevó algún tiempo descubrirlo.

Nada en su aspecto revelaba su falta básica de Adaptación. Era un joven alto y atlético, de ojos verdes y trato fácil. Algo en él intrigaba considerablemente a las muchachas de su círculo afectivo. Por cierto, varias de ellas lo hicieron objeto del mayor cumplido posible: considerarlo candidato a esposo.

Pero ni siquiera la más frívola podía ignorar las deficiencias de Danton. Era muy capaz de sentirse aburrido tras unas pocas horas de Baile Masivo, cuando él ambiente recién comenzaba a animarse. Si jugaba al bridge de doce manos, solía distraerse con frecuencia, y se veía forzado a pedir un recuento de los remates, para disgusto de los otros once jugadores. Y era pésimo en Subterráneos.

Ponía su mejor voluntad en captar el espíritu de aquel deporte clásico. Unido a sus compañeros de equipo, con los brazos enlazados, avanzaba dentro de un coche del tren subterráneo, tratando de apoderarse de él antes de que otro equipo se abalanzara por las puertas contrarias:

El capitán de su grupo gritaba:

—¡Adelante, mis hombres! ¡Llevaremos este coche a Rockaway!

Y el capitán del grupo contrario chillaba en respuesta: —¡Jamás! ¡A mí, muchachos! ¡A Bronx Park o a la masacre!

Danton se debatía en medio de aquella apretada multitud, con una sonrisa estereotipada en el rostro, mientras la preocupación le dibujaba profundas arrugas en torno a la boca y los ojos. Su novia de turno decía:

—¿Qué te pasa, Edward? ¿No te diviertes?

—Claro que sí —replicaba Danton, tratando de tomar aliento.

—¡No, no te diviertes! —exclamaba la muchacha, perpleja—. Edward, ¿no te das cuenta de que éste es el medio por el cual nuestros antepasados liberaban sus impulsos agresivos? Dicen los historiadores que gracias al juego de subterráneos se logró evitar una guerra atómica total. Y nosotros tenemos los mismos impulsos agresivos; también debemos resolverlos en un plano social aceptable.

—Sí, ya sé —decía Edward Danton—. Me gusta, de veras. Yo... ¡oh, Dios mío!

En ese momento un tercer grupo llegaba a todo vapor, con los brazos entrelazados, cantando:

—¡Canarsie, Canarsie, Canarsie!

Así perdía novia tras novia, puesto que, obviamente, Danton no ofrecía ninguna perspectiva. La falta de Adaptación es imposible de disimular. Resultaba evidente que Danton jamás lograría ser feliz en los suburbios neoyorquinos, que se extendían desde Rockport, en el estado de Maine, hasta Norfolk, en Virginia; a decir verdad, ni allí ni en ningún suburbio.

Danton trataba de hacer frente a sus problemas, pero era en vano. Comenzaron a surgir otras tensiones. La proyección de anuncios publicitarios sobre su retina le iba

provocando astigmatismo, y las tonadas publicitarias le dejaron un zumbido constante en los oídos. El médico le advirtió que no bastaba el análisis de los síntomas para curarlo de tales enfermedades psicosomáticas. No, lo que correspondía era tratar su neurosis básica, su anti-sociabilidad. Pero tal empresa resultaba imposible para Danton.

Así, la idea de la fuga lo atraía irresistiblemente. Fuera, en el espacio, había lugar de sobra para los terráneos inadaptados.

Durante los dos últimos siglos, millones de psicópatas, neuróticos, psicóticos, y toda clase de maniáticos habían partido hacia las estrellas. Los primeros lo hicieron en naves impulsadas con energía Mikkelsen, y pasaron veinte o treinta años saltando de un sistema solar a otro. Las naves más modernas eran propulsadas por convertidores de torsión subespacial GM, y recorrían distancias similares en un par de meses.

Los que permanecían en la Tierra, puesto que eran personas de buena adaptación social, lamentaban la pérdida de cualquier miembro, pero también aceptaban agradecidas el espacio adicional disponible para la procreación.

A los 27 años, Danton decidió dejar la Tierra para hacerse pionero. Hubo muchas lágrimas aquel día en que dio su certificado de procreación a Al Trevor, su mejor amigo.

—Vaya, Edward —dijo Trevor, dando vueltas al precioso papelito entre sus manos—, no imaginas cuánto lo agradecemos Myra y yo. Siempre quisimos tener dos hijos, y ahora, gracias a ti...

—No es nada —dijo Danton—. Allá donde voy no necesitaré permisos de procreación.

La idea acababa de ocurrírsele, y agregó: —A decir verdad, tal vez no tenga medios para hacerlo.

—¿Y no te sentirás frustrado? —preguntó Al, siempre afligido por el bienestar de su amigo.

—Supongo que sí. De cualquier modo, es posible que pasado un tiempo encuentre a alguna pionera. Y, mientras tanto, siempre se puede acudir a la sublimación.

—Es cierto. ¿Qué sustituto has elegido?

—La horticultura. Conviene ser práctico.

—Así es —concordó Al—. Bueno, muchacho, que tengas mucha suerte.

Una vez que el certificado desapareció, la suerte estuvo echada. Danton se entregó por entero a la acción. A cambio de sus derechos de nacimiento, el gobierno le concedió transporte gratuito ilimitado, un equipo básico y provisiones para dos años. Danton partió de inmediato.

Evitó las zonas más pobladas, casi siempre en manos de pequeñas comunidades fanáticas. No deseaba ninguna participación en un lugar como Korani II, donde una calculadora gigantesca había establecido el reinado de las matemáticas. Tampoco tenía interés en Heil V, cuya población, que ascendía a 342 totalitaristas, estudiaba seriamente los métodos para conquistar la Galaxia. Dejó a un lado los Mundos Granjeros, de comunidades tristes y restrictivas, dadas a teorías y prácticas higiénicas exageradas.

Al pasar por Hedonia, estudió la posibilidad de radicarse en ese famoso planeta pero se decía que sus habitantes morían jóvenes, aunque nadie negaba el goce que obtenían de sus cortas vidas.

Danton optó por una vida larga, y continuó viaje.

Pasó por los Mundos Mineros, lugares sombríos y rocosos, escasamente poblados por hombres taciturnos y barbudos, dados a violencias súbitas. Y finalmente llegó a los Territorios Nuevos. Éstos eran mundos deshabitados, más allá de las últimas fronteras de la Tierra. Danton examinó unos cuantos antes de encontrar uno desprovisto de toda vida inteligente.

Era un sitio tranquilo y húmedo, salpicado de pequeñas islas, cubierto de selvas y abundante en peces y en caza mayor. El capitán de la nave dejó debida constancia de los derechos de Danton sobre el planeta, que recibió el nombre de Nueva Tahití. Tras una

rápida inspección descubrieron una isla mayor que las demás, y en ella lo desembarcaron. Allí procedió a establecer su campamento.

Al principio hubo mucho que hacer. Construyó una casa con ramas y pasto tejido, a poca distancia de una playa blanca y centelleante. Fabricó un arpón, varias trampas y una red. Cultivó una huerta, y tuvo la satisfacción de verla medrar bajo el sol tropical, alimentada por cálidas lluvias que caían todas las mañanas, entre las siete y las siete y media.

En conjunto, Nueva Tahití era un lugar paradisíaco, apto para hacer feliz a Danton. Pero algo andaba mal.

La huerta, que debía facilitarle una buena sublimación, demostró ser un verdadero fracaso. Danton descubrió que pensaba en mujeres a cualquier hora del día y de la noche; pasaba largas horas a la luz anaranjada de la enorme luna tropical, canturreando para sí... canciones de amor, naturalmente.

Aquello era insalubre. Desesperado, se entregó a otras formas reconocidas de sublimación; en primer lugar fue la pintura, pero la abandonó para escribir su diario, qué interrumpió para componer una sonata; también abandonó esa tarea, y esculpió dos estatuas gigantescas en una variedad local de esteatita. Cuando las hubo completado trató de encontrar otra cosa.

No había nada más que pudiera hacer. Sus verduras prosperaban solas; puesto que eran de origen terráqueo, expulsaron completamente cualquier hierba extraña. Los peces venían a sus redes en cantidades generosas, y para conseguir carne sólo necesitaba armar una trampa. Volvió a pensar en mujeres a toda hora del día y de la noche: mujeres altas, mujeres bajas, mujeres blancas, mujeres negras, mujeres morenas.

Llegó un día en que hasta las mujeres marcianas le parecieron atractivas, cosa que no había sucedido hasta el momento a ningún terráqueo. Entonces supo que había llegado el momento de tomar medidas drásticas.

Pero ¿cuáles? No había modo de pedir ayuda ni de salir de Nueva Tahití.

Mientras meditaba sobre todo esto, taciturno, vio aparecer una mota negra en el cielo, sobre el mar.

La miró crecer lentamente, temeroso hasta de respirar; sólo podía tratarse de un pájaro o de un insecto grande. Pero la mota siguió aumentando de tamaño, y pronto fue posible ver pálidos eyectores cuyas llamaradas comenzaban a extinguirse.

¡Había llegado una nave espacial! ¡Ya no estaba solo!

La nave efectuó un aterrizaje lento y cuidadoso. Danton tuvo tiempo de ponerse 314 mejor pareo, esa prenda de los Mares del Sur, que tan bien se adaptaba al clima de Nueva Tahití. Se lavó, se peinó con esmero, y contempló el aterrizaje.

Era una de aquellas antiguas naves a propulsión Mikkelsen. Hasta entonces, Danton había creído que ya no quedaba ninguna en servicio activo. Pero aquella, según toda evidencia, llevaba mucho tiempo en viaje. El casco estaba mellado y era irremediablemente arcaica, pero conservaba cierto aspecto indómito. En la proa lucía, orgullosa, su nombre: El pueblo de Hutter.

Al regresar de un viaje por las profundidades del espacio, la gente suele llegar ansiosa por probar alimentos frescos. Por lo tanto, Danton acumuló gran cantidad de fruta para los pasajeros y la dispuso con buen gusto antes de que la nave se posara sobriamente en la playa.

Se abrió una angosta escotilla, y dos hombres salieron por ella. Iban armados con rifles y vestían de negro de pies a cabeza. Fatigados, echaron una mirada alrededor.

Danton se precipitó hacia ellos, gritando:

—¡Eh, bienvenidos a Nueva Tahití! ¡Vaya, me alegro de veros, amigos! ¿Qué noticias hay de...?

—¡Apártate!

El hombre que había gritado tenía cerca de cincuenta años; era alto y extremadamente flaco, de facciones duras y secas. Sus ojos azules y helados parecieron atravesar a Danton como una flecha; tenía el rifle levantado a la altura del pecho. Su compañero era más joven, ancho de pecho y de cara, fornido, a pesar de su baja estatura.

—¿Qué pasa? —preguntó Danton, deteniéndose.

—¿Cómo te llamas?

—Edward Danton.

—Yo soy Simeón Smith —replicó el flaco—, comandante militar del pueblo de Hutter. Este es Jedequías Franker, comandante segundo. ¿Cómo es que hablas nuestro idioma?

—Siempre lo hablé —respondió Danton—. Oídme, yo...

—¿Dónde están los otros? ¿Por qué se ocultan?

—No hay otros. Sólo yo.

Danton miró hacia la nave; en cada portillo se veían rostros de hombres y mujeres. Señaló con la mano el montón de frutas.

—He juntado esto para vosotros —agregó—. Pensé que os gustaría comer algo fresco después de tanto viajar por el espacio.

Una joven bonita, de cabellos rubios y ensortijados, apareció por la escotilla.

—¿Ya podemos salir, padre?

—¡No! —respondió Simeón—. No hay seguridad. Vuelve a entrar, Anita.

—Miraré desde aquí —replicó ella, observando a Danton con ojos francamente curiosos.

Danton le devolvió la mirada; un estremecimiento difuso y extraño le recorrió el cuerpo.

—Aceptamos tu regalo —dijo Simeón—. Sin embargo, no lo comeremos.

—¿Por qué no? —quiso saber Danton, como era lógico.

Jedequías respondió:

—No sabemos qué clase de venenos estáis tratando de darnos.

—¿Venenos? Escuche, siéntese y hablemos de eso, ¿quiere?

—¿Qué te parece? —preguntó Jedequías a Simeón.

—Es lo que yo esperaba —respondió el comandante militar—. Taimado, adulador, indudablemente traicionero. Apostaría a que los suyos no saldrán al descubierto. Apostaría a que esperan agazapados. Creo que les vendría bien una lección práctica.

—En efecto —concordó Jedequías, con una amplia sonrisa—. Inculquémosles el temor de la civilización.

Y diciendo así, apuntó con su rifle al pecho de Danton.

—¡Eh! —exclamó éste, retrocediendo.

—Pero, padre —observó Anita—, aún no ha hecho nada.

—De eso se trata, precisamente. Si lo matamos sí que no hará nada. El único nativo bueno es el nativo muerto.

—De esta manera —intervino Jedequías—, los demás sabrán que hablamos en serio.

—¡No es justo! —gritó Anita, indignada—. ¡El Consejo...!

—...no está en funciones en este momento. Un aterrizaje en tierras extrañas constituye una emergencia. En ese caso, el militar toma el mando. Haremos lo que nos parezca mejor. ¡Recuerda lo que pasó en Lan II!

—Esperad un momento —dijo Danton—. Habéis entendido mal. Aquí estoy yo solo; no hay nadie más, y no hay motivos para...

Una bala se hundió en la arena, cerca de su pie izquierdo. Danton dio un salto, buscando la protección de la selva. Otra bala silbó a poca distancia, y una tercera hizo saltar una astilla junto a su cabeza, en el momento en que él se lanzaba hacia la maleza. Oyó que Simeón rugía:

—¡Bueno! Eso le enseñará.

Danton siguió corriendo hasta que estuvo a trescientos metros de la nave pionera. Por toda cena, comió una variedad de plátanos y frutas del árbol del pan que crecía en ese

planeta; mientras tanto, trató de imaginar por qué actuaban así los del Hutter. Tal vez se habían vuelto locos. Bien podían ver que él era un terráqueo, solo y desarmado, obviamente amistoso. Y a pesar de ello habían hecho fuego contra él..., como lección práctica. ¿A quién estaba dedicada esa lección? A los detestables nativos, que debían aprender...

¡Eso era! Danton asintió vigorosamente. Los del Hutter lo habrían tomado por nativo, por aborigen; pensaban, sin duda, que toda una tribu acechaba entre los arbustos, esperando la oportunidad de masacrar a los recién llegados. En realidad, no era una suposición tan precipitada. Allí estaba él, en un planeta remoto, sin nave espacial, vestido sólo con un taparrabos y con la piel de color bronce subido. ¡No era de extrañar que lo tomaran por aborigen! «Pero en ese caso», se preguntó Danton, «¿dónde creen que aprendí el idioma?»

Todo aquello era ridículo. Empezó a caminar hacia la nave, seguro de que en unos minutos podría aclarar el malentendido. Pero se detuvo a los pocos metros.

La noche estaba cercana. A sus espaldas, el cielo se cubría ya de nubes blancas y grises. Hacia el mar, una neblina de color azul profundo avanzaba progresivamente hacia la tierra firme. La jungla se poblaba de extraños ruidos. Danton había descubierto mucho tiempo atrás que no representaban peligro alguno, pero los recién llegados podían pensar de otro modo.

Esa gente empezaba a los tiros por cualquier cosa, y era necesario tenerlo en cuenta. No tenía sentido irrumpir entre ellos con demasiada prisa y buscarse un balazo. Se movió cautelosamente a través de los matorrales; era una silueta silenciosa y bronceada, fundida con los pardos y los verdes de la selva. Cuando estuvo en las cercanías de la nave se arrastró a través de la densa vegetación hasta que pudo ver la pendiente de la playa. Los pioneros habían salido de la nave. Eran cuarenta o cincuenta hombres y mujeres, y unos cuantos niños; todos llevaban gruesas ropas negras, que los hacían sudar profusamente. Sin tener en cuenta su presente frutal, habían tendido una mesa de aluminio con las monótonas provisiones de la nave espacial.

En la periferia del grupo, Danton pudo ver varios hombres con rifles y cartucheras. Eran, obviamente, los centinelas de turno; observaban atentamente la jungla, y de a ratos echaban miradas aprensivas al firmamento oscurecido.

Simeón levantó las manos, y se hizo un súbito silencio.

—Amigos —arengó el comandante militar—: ¡Al fin hemos llegado a nuestro ansiado hogar! Ved, aquí hay una tierra de leche y miel, un sitio de generosidad y abundancia. ¿No valía la pena el largo viaje, el peligro constante, la búsqueda interminable?

—¡Sí, hermano! —respondió la multitud.

Simeón volvió a pedir silencio.

—Ningún hombre civilizado ha pisado antes este planeta. Somos los primeros, y por lo tanto es nuestro. ¡Pero hay peligros, amigos míos! ¿Quién sabe qué extraños monstruos se esconden en la selva?

«El más grande tiene el tamaño de una ardilla», murmuró Danton, para sí. «¿Por qué no me preguntan? Yo podría informarles.»

—¿Quién sabe qué leviatán surca las profundidades? —continuó Simeón—. Sólo sabemos una cosa: aquí hay aborígenes, desnudos y salvajes, indudablemente taimados, desalmados y amorales, como todos los aborígenes. De ellos debemos cuidarnos. Viviremos en paz con ellos, si nos lo permiten. Les ofreceremos los frutos de la civilización y las flores de la cultura. Tal vez profesen la amistad, pero recordad siempre esto, amigos: nadie puede asegurar lo que oculta un salvaje en el fondo de su corazón. Sus normas no son las nuestras; su moral nos es extraña. No podemos confiar en ellos; debemos permanecer siempre en guardia. ¡Y en caso de duda, seamos los primeros en disparar! ¡Recordad lo ocurrido en Lan II!

Todos aplaudieron, cantaron un himno, y dieron comienzo a la cena. Al caer la noche se encendieron los faros de la nave, y la playa relumbró como si fuera de día. Los centinelas se paseaban nerviosos, con los hombros encogidos y el arma lista.

Danton contempló a los colonizadores, que sacudían sus bolsas de dormir y se acostaban bajo la mole de la nave. Ni siquiera el temor de un ataque súbito podía obligarlos a pasar otra noche en el interior, cuando fuera se podía respirar aire fresco.

La gran luna anaranjada de Nueva Tahití estaba parcialmente oculta tras las altas nubes nocturnas. Los centinelas caminaban a grandes pasos, jurando, y volvían a unirse, como en busca de mutua protección. Pronto comenzaron a disparar contra los ruidos silvestres y contra las sombras.

Danton volvió a entrar en la jungla. Pasaría la noche bajo un árbol, a resguardo de las balas perdidas. Esa noche no parecía adecuada para aclarar las cosas. Los del Hutter estaban demasiado sobresaltados. Decidió que era mejor tratar el asunto a la luz del día, en una forma simple, directa y razonable.

Él problema radicaba en que los del Hutter parecían muy poco razonables.

Sin embargo, a la mañana siguiente todo parecía más promisorio. Danton esperó hasta que los del Hutter terminaron de desayunar, y entonces se acercó por la playa, a la vista del grupo.

—¡Alto! —ladraron los centinelas.

—Mamita —lloriqueó un niño—, no dejes que ese hombre malo me coma.

—No tengas miedo, tesoro —dijo su madre—. Tu padre tiene un rifle para matar salvajes.

Simeón salió a la carrera de la nave.

—¡A ver, tú! —dijo, mirando a Danton—. ¡Adelántate!

Danton cruzó cautelosamente la playa, con la piel erizada por la expectativa. Se encaminó hacia donde estaba Simeón, mostrando las manos vacías.

—Soy el comandante de esta gente —dijo Simeón, hablando con mucha lentitud, como si tratara de hacerse entender por un niño—. Yo gran jefe. ¿Tú gran jefe de tu gente?

—No hace falta que me hable así —dijo—, Apenas si le entiendo. Ya le dije que no tengo gente. Estoy solo.

—Si no eres sincero conmigo, lo lamentarás —dijo Simeón, y su duro rostro palideció de cólera—. Ahora dime: ¿dónde está tu tribu?

—Soy terráqueo —chilló Danton—. ¿Está usted sordo? ¿No me oye hablar?

En ese momento, un hombrecito encorvado, de cabellos blancos y grandes anteojos con marco de carey, se aproximó a ellos, acompañado por Jedequías.

—Simeón —dijo el hombrecito—, creo que no conozco a nuestro visitante.

—Profesor Baker —dijo Simeón—, este salvaje sostiene que es terráqueo, y dice llamarse Edward Danton.

El profesor estudió rápidamente el pareo de Danton, su piel tostada y sus pies callosos.

—¿Usted es terráqueo? —le preguntó.

—Por supuesto.

—¿Quién esculpió esas estatuas de piedra que hay en la playa?

—Fui yo —respondió Danton—, pero sólo a manera de terapia. Como ve...

—Una obra obviamente primitiva. Esa estilización, esas narices...

—Pura casualidad. Vea, hace unos cuantos meses partí de la Tierra en una nave espacial.

—¿Con qué propulsión? —preguntó el profesor Baker.

—Por conversor a torsión subespacial GM. Baker asintió.

—Bueno —continuó Danton—, no tenía interés en lugares como Korani o Heil V, y Hedonia parecía demasiado fuerte para mí organismo. Pasé de largo por los Mundos Mineros y por los Mundos Granjeros, e hice que la nave del gobierno me dejara aquí. El

planeta está registrado como propiedad mía, bajo el nombre de Nueva Tahití. Pero ya me estaba sintiendo muy solo, y me alegra que hayáis venido.

—¿Y bien, profesor? —preguntó Simeón—. ¿Qué piensa usted?

—Sorprendente —murmuró Baker—; sorprendente, de veras. Su dominio del inglés coloquial revela un alto nivel de inteligencia, lo que indica un fenómeno bastante común en las sociedades primitivas, es decir, una facultad de mímica muy bien desarrollada. Nuestro amigo Danta (así debió ser su nombre original, sin degeneraciones) podrá contarnos muchas leyendas tribales, mitos, canciones, bailes...

—¡Pero soy terráqueo!

—No, pobre muchacho —corrigió el profesor, con suavidad—, no lo eres. Es obvio que has tenido trato con un terráqueo, posiblemente algún mercader que bajó para efectuar reparaciones.

Jedequías observó:

—Hay rastros dejados por una nave espacial, que estuvo aquí poco tiempo.

—¡Ah! —exclamó el profesor, radiante—. Eso confirma mi hipótesis.

—Ésa fue la nave del gobierno —explicó Danton—. Me dejó aquí.

El profesor Baker, en tono de conferencia, expresó:

—Es interesante destacar que su historia, casi verosímil, cae en el mito en ciertos puntos cruciales. Dice que la nave era impulsada por un «convertidor a torsión subespacial GM», lo que no es sino palabrería sin sentido, ya que el único vehículo apto para penetrar en el espacio es el Mikkelsen. También afirma que el viaje desde la Tierra le demandó meses (puesto que su mente inculta no puede concebir que un viaje pueda durar años), aunque sabemos que no existe, ni siquiera en teoría, una nave espacial capaz de tal proeza.

—Probablemente fue inventada después de que vosotros partisteis de la Tierra —dijo Danton—. ¿Cuánto tiempo lleváis ausentes?

—La nave espacial Hutter partió de la Tierra hace 120 años —replicó Baker, condescendiente—. Somos, en nuestra mayoría, miembros de la cuarta y quinta generación.

Y volviéndose hacia Simeón y Jedequías, agregó:

—Notad también su esfuerzo por idear nombres geográficos que sonaran auténticos. Palabras tales como Korani, Heil, Hedonia, despiertan su sentido de la onomatopeya. Para él no tiene importancia que no existan esos lugares.

—¡Existen! —exclamó Danton, indignado.

—¿Dónde? —replicó Jedequías, desafiante—. Dime las coordenadas.

—¿Cómo puedo saberlas? No soy navegante. Creo que Heil estaba cerca de Bootes, o tal vez esa era Casiopea. No, estoy casi seguro de que era Bootes.

—Lo siento, amigo mío —dijo Jedequías—. Tal vez te interese saber que yo soy el conductor de la nave. Puedo mostrarte todos los atlas y cartas estelares. Esos lugares no figuran.

—¡Vuestras cartas están atrasadas en cien años!

—También las estrellas, en ese caso —dijo Simeón—. Ahora dime, Danta. ¿Dónde está tu tribu? ¿Por qué se ocultan? ¿Qué están planeando?

—¡Esto es ridículo! —protestó Danton—. ¿Qué debo hacer para convencerlos? Soy terráqueo. Nací y me crié en...

—Ya basta —interrumpió Simeón—. Si hay algo que los del Hutter no soportamos, es una contestación insolente de los nativos. Acabemos, Danta. ¿Dónde está tu gente?

—Estoy solo —insistió Danton.

—¿Duro de lengua? —intervino Jedequías, haciendo rechinar los dientes—. Tal vez si le hacemos probar el látigo...

—Más tarde, más tarde —dijo Simeón—. Su tribu vendrá en busca de limosnas, como hacen todos los nativos. Mientras tanto, Danta, puedes ayudar a ese grupo que está descargando las provisiones.

—No, gracias —replicó Danton—. Regreso a...

Jedequías lanzó el puño hacia adelante, golpeando a Danton en la mandíbula. Éste se tambaleó, a punto de perder el equilibrio.

—¡El jefe dijo que no quería contestaciones insolentes! —rugió Jedequías—. ¿Es que todos los nativos tenéis que ser siempre tan perezosos? Se te pagará en cuanto descarguemos las cuentas y el calicó. Ahora, ve a trabajar.

Aquella parecía ser la última palabra sobre el tema. Confundido, inseguro, igual que varios millones de nativos en distintos planetas, Danton se unió a la fila de colonos que descargaban mercadería.

Al caer la tarde, terminada la descarga, los colonos se tendieron a descansar en la playa. Danton se sentó a alguna distancia, tratando de analizar su situación. Cuando estaba sumido en una profunda meditación Anita se aproximó con un cántaro de agua.

—¿También tú me crees nativo? —preguntó.

Ella se sentó junto a él, y replicó:

—No sé qué otra cosa puedes ser. Todo el mundo sabe a qué velocidad vuelan las naves y...

—Las cosas han cambiado desde que los tuyos partieron de la Tierra. Supongo que no habéis pasado todo este tiempo en el espacio, ¿verdad?

—Claro que no. La Hutter fue hasta H'gastro I, pero no era lo bastante fértil, y la siguiente generación se trasladó a Ktedi. Pero el trigo degeneró hasta el punto de barrerlos, y fueron a Lan II. Creyeron que ese podía ser un hogar permanente.

—¿Y que pasó?

—Los nativos —dijo Anita con tristeza—. Según creo, al principio se mostraron amistosos, y todo el mundo creyó que la situación estaba bajo control. Pero un día nos encontramos en guerra con toda la población aborigen. Sólo tenían espadas y cosas similares, pero eran demasiados; la nave volvió a partir, y vinimos aquí.

—Hum —murmuró Danton—. Ya veo por qué os inquietan tanto los aborígenes.

—Es claro. Mientras existe posibilidad de peligro, estamos bajo ley militar, es decir, mi padre y Jedequías son los que mandan. Pero en cuanto la emergencia está superada, reasume el gobierno habitual de los Hutter.

—¿Cuál es?

—Un Consejo de Ancianos —respondió Anita—; hombres de buena voluntad que detestan la violencia. Si tú y tu pueblo sois realmente pacíficos...

—No tengo pueblo —insistió Danton, con voz cansada.

—... tendréis todas las oportunidades de prosperar bajo el gobierno de los Ancianos —concluyó ella.

Juntos contemplaron el crepúsculo. El viento agitaba los cabellos de Anita, que caían sedosos sobre la frente; los últimos resplandores del sol iluminaban el contorno de su mejilla y de sus labios. Danton, al observarla, se estremeció; pero atribuyó aquel temblor al repentino frío del anochecer. Y Anita, que había estado hablando con animación sobre su infancia, tuvo dificultad para completar sus frases, y hasta para no perder el hilo de sus pensamientos.

Al cabo, las manos de ambos se buscaron; los dedos se rozaron levemente, para entrelazarse en seguida. Por largo rato permanecieron en silencio; al fin hubo un beso, suave y demorado.

—¿Qué diablos pasa aquí? —clamó una voz potente.

Danton levantó la vista. Un hombre corpulento estaba de pie a su lado, con los brazos en jarras, y la cabeza poderosa se recortaba en negro contra la Luna.

—Por favor, Jedequías —pidió Anita—, no hagas escenas.

—Levántate —ordenó Jedequías a Danton, en una voz amenazadoramente queda—. Ponte de pie.

Danton se levantó, con los puños apretados, a la expectativa.

—Anita —dijo Jedequías—, eres la vergüenza de tu raza y de toda la gente de Hutter. ¿Estás loca? No puedes enredarte con un detestable nativo sin perder el respeto por ti misma.

Y volviéndose hacia Danton, continuó:

—Y tú tienes que aprender algo, bien aprendido. ¡Los nativos no se meten con las mujeres de Hutter! Haré que se te grabe ahora mismo.

Hubo un breve forcejeo, y Jedequías se encontró tendido de espaldas.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Los nativos están atacando!

En la nave comenzó a sonar una campana de alarma. Las sirenas aullaron en medio de la noche. Mujeres y niños, bien adiestrados para tales emergencias, se refugiaron en la nave. Los hombres, en cambio, provistos de rifles, ametralladoras y granadas de mano, avanzaron contra Danton.

—Es sólo un cuerpo a cuerpo —gritó Danton—. Tuvimos una disputa, eso es todo. No hay nativos, ni nada de eso. Estoy solo.

El principal de los Hutter ordenó:

—¡Rápido, Anita, retrocede!

—En realidad, no he visto ningún nativo —observó la joven, conciliadora—. Y no fue culpa de Danta...

—¡Retrocede! A empujones, la apartaron del medio. Danton se sumergió entre los arbustos antes de que las ametralladoras empezaran a disparar. Siguió andando a gatas hasta alejarse unos treinta metros, y desde allí echó a correr desesperadamente.

Por suerte, los Hutter no lo persiguieron; sólo les interesaba cuidar de la nave y preservar un trozo de playa y una angosta franja de selva. Los disparos se prolongaron durante toda la noche, acompañados por fuertes voces y gritos frenéticos.

—¡Allá va uno!

—¡Rápido, haz funcionar la ametralladora! ¡Están detrás de nosotros!

—¡Allí, allí! ¡Maté a uno!

—No, se escapó. Allá va... ¡Pero mira, allá arriba, en ese árbol!

—¡Dispara, hombre, dispara!

Mientras duró la noche, Danton pudo oír a los Hutter, que repelían el ataque de los salvajes imaginarios. Hacia la aurora, los disparos cesaron. Danton calculó que habían gastado una tonelada de plomo, que cientos de árboles habían sido decapitados y hectáreas enteras de césped estaban convertidas en cieno. La selva olía a pólvora.

Cayó en un sueño profundo.

Al despertar, hacía mediodía, oyó que alguien se movía detrás de la maleza. Se retiró dentro de la jungla, y allí cortó alguna fruta para comer: una variedad de plátanos y de mangos, originarios de ese planeta. Y decidió pensar bien las cosas.

Pero era imposible pensar. En su mente sólo había lugar para Anita, y para la pena que le causaba su pérdida. Durante todo el día, vagó desconsolado por la jungla. Al caer la tarde, volvió a percibir el ruido de un cuerpo que se movía entre la maleza. Se volvió para dirigirse hacia el corazón de la isla, pero en ese momento, alguien lo llamó por su nombre:

—¡Danta! ¡Danta! ¡Espera!

Se trataba de Anita. Danton vaciló, sin saber qué hacer. Tal vez ella había decidido abandonar a los suyos para vivir con él en la verde jungla. Pero era más realista pensar que la habían enviado como señuelo, seguida por un pelotón que lo aniquilaría. ¿Cómo saber de parte de quién estaba la muchacha?

—¡Danta! ¿Dónde estás?

Danton trató de recordar que entre los dos jamás podría haber nada. Esa gente había demostrado lo que pensaba de los nativos. Desconfiarían siempre de él y tratarían de matarlo.

—¡Por favor, Danta!

Danton se encogió de hombros y siguió la dirección de su voz.

Se encontraron en un pequeño claro. Anita tenía los cabellos enmarañados y los pantalones desgarrados por los espinos, pero no había mujer más hermosa que ella para Danton. Por un momento creyó que había venido a reunirse con él, para que escaparan juntos.

Pero en seguida distinguió un grupo de hombres armados a treinta metros de distancia.

—No tengas miedo —dijo la muchacha—, no te matarán. Sólo han venido para protegerme.

—¿Para protegerte? ¿De mí? —inquirió Danton, con una risa hueca.

—Ellos no te conocen tanto como yo —explicó Anita—. Hoy, en la reunión del Consejo, les dije la verdad.

—¿Es cierto eso?

—Por supuesto. Esa pelea no fue culpa tuya, y lo dije ante todos. Les dije que no hiciste más que defenderte. Y que Jedequías mintió. No lo atacó ningún grupo de nativos. Estabas solo, les dije.

—Así me gusta —exclamó Danton, con fervor—. ¿Te creyeron?

—Creo que sí. Les expliqué que el ataque de los nativos vino después.

—Dime —gruñó Danton—, ¿cómo pudieron atacar los nativos, si no los hay?

—Sí que hay —dijo Anita—. Yo los oí gritar.

—Ésos eran los de tu grupo.

Danton trató de pensar en algo capaz de convencerla. Si no podía convencer siquiera a esta muchacha, ¿cómo era posible convencer al resto de los Hutter?

Y de pronto se le ocurrió una idea. Era una prueba muy simple, pero su efecto sería devastador.

—Tú crees que hubo, efectivamente, un ataque de los nativos en gran escala —empezó.

—Por supuesto.

—¿Cuántos eran los nativos?

—Oí decir que nos superaban diez a uno.

—¿Y estábamos armados?

—Por cierto.

—En ese caso —dijo Danton, triunfante—, ¿cómo explicas el hecho de que ninguno de los Hutter resultara herido?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero, Danta, querido mío —replicó—, muchos de los Hutter están heridos, y algunos de gravedad. ¡Es un milagro que no haya muerto nadie en esa pelea!

Danton sintió que el suelo se le abría bajo los pies. Por un momento terrible, lo que ella decía le pareció verdad. ¡Los Hutter estaban muy seguros! Tal vez era cierto, al fin y al cabo, que él tenía una tribu de bronceados salvajes, escondidos de a cientos en la selva, esperando...

—Ese comerciante que te enseñó a hablar inglés —dijo Anita— debe haber sido una persona sin escrúpulos. Las leyes interestelares prohíben vender armas de fuego a los nativos. Algún día lo atraparán y...

—¿Armas de fuego?

—Claro. No sabéis usarlas con mucha precisión, por supuesto, pero dice Simeón que con sólo disponer de armamento...

—Supongo que todas vuestras bajas fueron por heridas de revólver.

—Sí. Los hombres no os dejaron acercaros lo bastante como para usar cuchillos y espadas.

—Comprendo —dijo Danton.

Su prueba estaba totalmente destruida. Pero sentía un inmenso alivio al haber recuperado la cordura. La desorganizada milicia de los Hutter había recorrido la jungla, disparando contra todo lo que se movía: contra sus propios compañeros. Naturalmente, se habían metido en problemas. Era un verdadero milagro que nadie hubiese muerto.

—Pero les expliqué que no podían culparte a ti —dijo Anita—. Se te atacó primero, y tu gente debe haberte creído en peligro. Los Ancianos lo encontraron posible.

—Qué gentileza —observó Danton.

—Tratan de ser razonables. Después de todo, comprenden que los nativos son seres humanos, como nosotros.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Danton, con débil ironía.

—Sin duda. Por lo tanto, los Ancianos celebraron una gran reunión para discutir la política a emplear con los nativos, y la decidieron de una vez para siempre. Demarcaremos un espacio de 4.000 kilómetros cuadrados, que será una reserva para ti y para tu pueblo. Es lugar de sobra, ¿verdad? Nuestros hombres ya están poniendo los postes. Viviréis felices en vuestra reserva, y nosotros ocuparemos nuestra parte de la isla.

—¿Qué? —preguntó Danton.

—Y para sellar el pacto —continuó Anita, entregándole un rollo de pergamino—, los Ancianos te piden que aceptes esto.

—¿Qué es?

—Es un pacto de paz, declarando el fin de la guerra Hutter-Neotahitiana y convocando a nuestros respectivos pueblos para entablar una amistad eterna.

Danton, aturdido, aceptó el pergamino. Los hombres que habían acompañado a Anita estaban clavando postes a rayas negras y rojas. Trabajaban cantando, felices por haber solucionado tan rápida y fácilmente el problema con los nativos. Danton preguntó:

—Pero, ¿no crees que tal vez sea mejor la... ejem... asimilación?

—Ya lo propuse —dijo Anita, sonrojándose.

—¿De veras? ¿Quieres decir que aceptarías?

—Claro que sí —confirmó ella, apartando la vista—. Creo que la unión de dos razas fuertes sería maravillosa. Y tú, Danta, ¡qué leyendas fantásticas podrías haber contado a los niños!

—Podría haberles enseñado a pescar y a cazar —observó Danton— y a distinguir las plantas comestibles de las que no lo son, y cosas así.

—Y tus coloridas danzas y canciones tribales —agregó Anita, con un suspiro—. Habría sido maravilloso. Lo siento, Danta.

—¡Pero debe haber alguna salida! ¿No puedo hablar con los Ancianos? ¿No hay algo que yo pueda hacer?

—Nada —respondió la muchacha—. Me gustaría huir contigo, Danta, pero nos encontrarían, por mucho tiempo que les demandara.

—Jamás podrán encontrarnos —prometió Danton.

—Tal vez. Ojalá pudiera hacer la prueba.

—¡Mi querida!

—Pero no puedo. ¡Tu pobre pueblo, Danta! Los Hutter tomarían rehenes, y si no regresáramos los matarían.

—¡No tengo pueblo! ¡No lo tengo, maldición!

—Es muy gentil de tu parte decir eso —observó Anita, con ternura—. Pero no hay derecho a sacrificar vidas inocentes por el amor de dos personas. Debes decirle a tu pueblo que no cruce las líneas divisorias, Danta. De lo contrario, se les disparará. Adiós, y recuerda que es mejor vivir en el sendero de la paz.

Se alejó de prisa, mientras Danton la contemplaba, confundido. Lo enfurecían aquellos nobles sentimientos que la separaban de él sin motivo alguno, pero la amaba más aún por su cariño para con la tribu. Importaba poco que esa tribu fuera imaginaria. Lo que valía era la intención.

Al fin se volvió para internarse en la selva.

Se detuvo junto a un tranquilo charco de agua oscura, oculto entre los árboles gigantescos y los helechos en flor, y allí trató de planificar el resto de su vida. Había perdido a Anita; había perdido todo trato con los seres humanos. Pero podía vivir sin ellos. Tenía su reserva, Podría replantar su huerta, esculpir nuevas estatuas, componer más sonatas, empezar otro diario...

—¡Al diablo con eso! —gritó hacia los árboles.

No quería seguir sublimando. Quería a Anita, quería vivir con seres humanos. Estaba harto de estar solo. ¿Qué podía hacer al respecto?

No parecía haber solución. Se recostó contra un árbol, contemplando el cielo de Nueva Tahití, increíblemente azul. Si al menos los Hutter no fueran tan supersticiosos, tan temerosos de los nativos, tan...

Y de pronto tuvo una idea, un plan tan absurdo, tan peligroso...

—Vale la pena probar —se dijo Danton—, aunque me maten.

Y cruzó al trote la línea demarcatoria.

Un centinela lo vio aproximarse a la nave espacial, y levantó su rifle. Danton alzó ambos brazos.

—¡No dispare! ¡Tengo que hablar con sus jefes!

—Vuelve a tu reserva —advirtió el centinela—. Retrocede o dispararé.

—Quiero hablar con Simeón —informó Danton, sin ceder terreno.

—Las órdenes son órdenes —dijo el centinela, apuntando.

—Un momento —dijo Simeón que acababa de salir de la nave, con el entrecejo arrugado—. ¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—Ese nativo ha regresado —explicó el centinela—. ¿Disparo, señor?

—¿Qué quieres? —inquirió Simeón, dirigiéndose a Danton.

—He venido a presentaros —aulló Danton— ¡una declaración de guerra!

Ante aquello, todo el campamento Hutter despertó. En pocos minutos hombres, mujeres y niños se reunieron cerca de la nave. Los ancianos, un consejo cuyos miembros se distinguían por sus largas barbas blancas, permanecían de pie a un lado.

—Aceptasteis el tratado de paz —señaló Simeón.

—He hablado con los otros jefes de la isla —replicó Danton, adelantándose un paso—. Creemos que ese tratado no es justo. Nueva Tahití es nuestra. Perteneció a nuestros padres y a los padres de nuestros padres. Aquí hemos criado nuestros hijos, hemos sembrado nuestro cereal y cosechado la fruta del árbol del pan. ¡No hemos de vivir en la reserva!

—¡Ojo, Danta! —gritó Anita, saliendo de la nave—. ¡Te pedí que indujeras a tu pueblo a la paz!

—No quisieron escucharme —respondió Danton—. Todas las tribus se están reuniendo. No sólo mi propio pueblo, los Cinochi, sino también los Drovati, los Lorognasti, los Retellsmbroichi y los Vitelli. Además, naturalmente, sus propias subtribus y posesiones.

—¿Cuántos sois? —preguntó Simeón.

—Cincuenta o sesenta mil. Por supuesto, no todos tenemos rifles. La mayoría tendrá que arreglárselas con armas más primitivas, como dardos y flechas venenosas.

Un murmullo nervioso recorrió la multitud.

—Muchos de nosotros habrán de morir —continuó Danton, inmovible—. No nos importa. Cada neotahitiano luchará como un león. Tenemos mil hombres por cada uno de

vosotros. Tenemos primos en las otras islas, y se unirán a nosotros. No importa cuál sea el precio en desgracias y en vidas humanas, os arrojaremos al mar. He hablado.

Volvió la espalda al grupo y se encaminó, con rígida dignidad, hacia la selva.

—¿Le disparo ahora, señor? —suplicó el centinela.

—¡Baja ese rifle, estúpido! —estalló Simeón—. ¡Espera, Danta! Podemos llegar a un acuerdo, sin duda. No tiene sentido derramar sangre.

—Estoy de acuerdo —replicó Danton, sobriamente.

—¿Qué deseas?

—¡Igualdad de derechos!

Los Ancianos se reunieron inmediatamente a deliberar. Después de escucharles, Simeón se volvió hacia Danton.

—Eso es posible. ¿Quieres algo más? —Nada, con excepción de una alianza entre el clan dirigente de los Hutter y el clan dirigente de los neotahitianos, para sellar el acuerdo. Lo mejor sería un casamiento.

Tras nuevas deliberaciones, los Ancianos dieron instrucciones a Simeón. El jefe militar se mostró visiblemente perturbado. Se le contrajeron los músculos del cuello, pero hizo esfuerzos por dominarse, y tras inclinarse ante los Ancianos en señal de asentimiento, marchó hasta donde estaba Danton.

—Los Ancianos me han autorizado —dijo— a ofrecerte una hermandad de sangre. Tú y yo, en representación de nuestros respectivos clanes dirigentes, mezclaremos nuestra sangre en una bella ceremonia de elevado simbolismo; luego partiremos el pan y la sal...

—Lo siento —respondió Danton—. Nosotros, los neotahitianos, no comulgamos con esa clase de cosas. Tiene que ser una boda.

—Pero diablos, hombre...

—Es mi última palabra.

—¡Jamás aceptaremos! ¡Jamás!

—En ese caso, habrá guerra —declaró Danton, y caminó hacia la jungla.

Se sentía realmente dispuesto a guerrear, pero ¿cómo puede luchar un solo nativo contra una nave espacial llena de hombres armados?

Mientras meditaba sobre todo esto, Simeón y Anita se acercaron a él a través de la selva.

—Está bien —dijo Simeón, furioso—. Los Ancianos han resuelto. Nosotros, los Hutter, estamos hartos de correr de planeta en planeta. Ya hemos pasado antes por esta dificultad, y probablemente la encontraremos dondequiera que vayamos. Estamos hartos y cansados de tener problemas con los nativos, así que...

Tragó saliva con fuerza, pero concluyó la declaración con gran hombría:

—... será mejor asimilarnos. Eso, al menos, opinan los Ancianos. Personalmente preferiría la guerra.

—La perderíais —le aseguró Danton, que en ese momento habría sido capaz de enfrentarse a los Hutter a mano desnuda y de ganar la batalla.

—Tal vez —admitió Simeón—. De cualquier modo, debes agradecerle a Anita el que la paz sea posible.

—¿Anita? ¿Por qué?

—¡Vaya, hombre, es la única entre nuestras muchachas que aceptaría casarse con un salvaje desnudo, sucio y maloliente!

Y así se casaron, y Danta, más conocido por el nombre de Amigo del Hombre Blanco, ayudó a los Hutter a conquistar la nueva tierra. Ellos, a su vez, le mostraron las maravillas de la civilización. Se le enseñó a jugar al bridge de doce manos, y los bailes masivos. No pasó mucho tiempo sin que los Hutter construyeran el primer tren subterráneo, puesto que la gente civilizada debe liberar sus impulsos agresivos, y también ese deporte le fue enseñado a Danta.

Trató de captar el espíritu de aquel clásico pasatiempo terráqueo, pero superaba la capacidad de comprensión de su pobre alma salvaje. La civilización lo ponía incómodo; por eso Danta y su esposa vivían trasladándose por el planeta, siempre detrás de la frontera, para alejarse de las diversiones civilizadas.

Con frecuencia recibía la visita de los antropólogos, quienes grababan los cuentos que narraba a sus hijos. Eran bellas leyendas antiguas de Nueva Tahití, relatos de dioses estelares y demonios acuáticos, de espíritus del fuego y ninfas de los bosques; contaban que Katamandura había recibido la orden de crear el mundo a partir de la nada en un plazo de tres días, y cuál fue su recompensa, y qué le dijo Jevasi a Hootmenlati cuando se encontraron en el mundo inferior, y los extraños resultados de esa entrevista.

Los antropólogos encontraron algunas similitudes entre estas leyendas y algunas de las terráneas; de allí surgieron varias teorías interesantes. También les interesaron las grandes estatuas de esteatita que se alzaban en la isla mayor de Nueva Tahití, obras misteriosas y fantasmales, inolvidables para quienes las veían; eran, sin duda, manifestaciones de una raza preneotahitiana, de la cual nunca se encontró rastro alguno.

Pero el más fascinante de todos los problemas que los científicos debían afrontar era el de los mismos neotahitianos. Esos salvajes felices, risueños y bronceados, más robustos, saludables y atractivos que cualquier otra raza, habían desaparecido con la llegada del hombre blanco. Sólo unos pocos Hutter, de entre los mayores, afirmaban haberlos visto, y sus relatos no eran muy dignos de confianza.

—¿Mi pueblo? —decía Danta, cuando se le interrogaba—. ¡Ah! No pudieron resistir las enfermedades del nombre blanco, ni su civilización mecánica, y sus modales duros y represivos. Hoy moran en un sitio más feliz, en el Valhoola, más allá de los cielos. Y algún día me reuniré con ellos.

Los hombres blancos, al oír esto, experimentaban extraños sentimientos de culpa, y redoblaban la gentileza para con Danta, el Último Nativo.

COMO CRIAR UN GRIFO

Treggis se sintió bastante aliviado cuando el propietario de la librería se alejó para atender a otro cliente. Al fin y al cabo, era muy irritante eso de tener un viejo encorvado, charlatán y adulador pegado al hombro para espiar la página que uno miraba o señalar aquí y allá con un dedo sucio y nudoso. No cesaba de quitar obsequiosamente el polvo de los estantes con un pañuelo manchado de tabaco y para qué hablar del exquisito aburrimiento que implicaba escuchar sus cacareadas y chillonas reminiscencias.

Sus intenciones eran buenas, sin duda, pero todo tenía un límite. No cabía más que sonreír cortésmente, anhelando que sonara la campanita colgada en la puerta del negocio. Y eso era lo que acababa de pasar.

Treggis se dirigió hacia el fondo del local, confiando en que aquel desagradable hombrecito no trataría de buscarlo. Pasó junto a medio centenar de títulos griegos y ante la sección de ciencias populares. Siguió, en extraña confusión de títulos y autores, Edgar Rice Burroughs, Anthony Trollope, Teosofía y los poemas de Longfellow. A medida que avanzaba hacia la trastienda, el polvo se hacía más denso, las bombillas eléctricas, suspendidas del techo sin pantalla, eran más escasas, y más altas las pilas de libros ajados y mohosos.

Aquel viejo local era magnífico. Treggis se preguntó cómo era posible que hubiese ignorado su existencia hasta entonces, puesto que las librerías eran su máximo placer. Pasaba en ellas todo su tiempo libre, y era feliz rondando entre montones de volúmenes.

Naturalmente, le interesaba en especial cierto tipo de libros.

Hacia el final de la alta rampa de libros se abrían otros tres corredores en ángulos absurdos. Al tomar por el sendero del centro, Treggis pensó que el local no parecía tan largo desde la calle; era sólo una puerta medio escondida entre dos edificios, con un viejo cartel escrito a mano sobre el panel superior. Sin embargo, estos negocios antiguos eran engañosos; a veces se prolongaban hasta el centro de la manzana.

En el extremo de ese corredor se abrían otras dos estanterías. Treggis eligió la de la izquierda y empezó a leer los títulos, recorriéndolos de arriba a abajo con ojo experto. No tenía el menor apuro; si quería, podría pasar allí el resto del día... y la noche, por qué no.

Había recorrido unos tres metros del corredor cuando uno de los volúmenes le llamó la atención. Retrocedió para verlo.

Era un libro pequeño, de tapas negras; a pesar de su vetustez, presentaba ese aspecto atemporal que tienen ciertos libros. Tenía los bordes gastados, y las letras de la cubierta estaban casi borradas.

—Bueno, quién sabe —murmuró Treggis, suavemente.

La cubierta decía: Cuidado y alimentación del grifo. Y debajo, en letras más pequeñas: Consejos para el criador.

Según sus conocimientos, el grifo era un monstruo mitológico, mitad león y mitad águila.

Abrió el libro en la página del índice. Los capítulos eran:

1. Especies de grifos.
2. Breve historia de la grifología.
3. Variedades de grifos.
4. Alimentación del grifo.
5. Construcción de un hábitat natural para el grifo.
6. El grifo durante la época de muda.
7. El grifo y...

Cerró el libro, diciéndose:

—Decididamente, esto es... bueno, extraño.

Hojeó el volumen, leyendo una frase de tanto en tanto. En un primer momento había pensado que se trataba de algunas de aquellas recopilaciones de historia natural apócrifa, tan caras a los isabelinos; pero no era así. La obra no era tan antigua; el estilo carecía de eufemismos, de frases equilibradas y antítesis ingeniosas. Era, en cambio, directo, simple, conciso. Treggis volvió unas cuantas páginas y halló esto:

«El grifo se alimenta exclusivamente de jóvenes vírgenes. Es necesario alimentarlo una vez cada treinta días, dedicando especial atención a...»

Volvió a cerrar el libro. Aquella frase inspiraba, por sí sola, toda una serie de ideas. Las borró de su mente, ruborizándose, y miró nuevamente hacia el estante, pensando que podía haber otros libros de este tipo; algo así como Breve historia de las sirenas, o Dieta equilibrada para minotauros. Pero no había nada siquiera remotamente parecido a eso. Ni en ese estante ni en los demás, a juzgar por lo que veía.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó una voz junto a su hombro.

Treggis tragó saliva y sonrió, mostrando el viejo libro de tapas negras.

—Oh, sí —observó el anciano mientras limpiaba el polvo de la cubierta—. Un libro muy raro, éste.

—Oh, ¿de veras? —murmuró Treggis.

—Los grifos —musitó el viejo, hojeando el libro— son muy raros. Muy extraña esa raza... de animales.

Y agregó, después de meditar un instante:

—Es un dólar y medio, señor.

Treggis salió de allí con su nueva adquisición apretada bajo el delgado brazo derecho. Se dirigió directamente a su cuarto. No todos los días se puede comprar un libro sobre el Cuidado y alimentación del grifo.

El cuarto de Treggis era extrañamente parecido a una venta de libros usados. Presentaba la misma falta de espacio, la misma capa gris de polvo sobre cada objeto, el mismo caos vagamente ordenado de los títulos, autores y tipos. Treggis no perdió tiempo en regodearse con sus tesoros. No prestó atención a los Versos Libidinosos. Quitó del sillón, sin más ceremonias, la *Psychopathia Sexualis*, y se sentó a leer.

Había mucha información sobre el cuidado y la alimentación del grifo. Nunca habría imaginado que una criatura en la que se combinaban el león y el águila pudiera ser tan delicada. También había interesantes detalles sobre los hábitos alimenticios del grifo. Y otros datos. Como entretenimiento, aquella obra podía competir con las enseñanzas de Havelock Ellis en materia sexual, que hasta entonces habían sido su lectura favorita.

Hacia el final se daban instrucciones precisas para llegar al zoológico. Aquellas instrucciones carecían de todo antecedente y comparación.

Era ya bien pasada la medianoche cuando Treggis cerró el libro. ¡Qué cantidad de extraña información contenían aquellas dos tapas negras! Una frase, en especial, seguía sonando en su cerebro:

«El grifo se alimenta exclusivamente de jóvenes vírgenes.» Eso le preocupaba. Por alguna razón, no le parecía bien.

Al fin abrió nuevamente el libro en las Instrucciones para llegar al Zoológico.

Decididamente extrañas. Y sin embargo, no muy difícil de seguir. Por cierto, no requerían mucho esfuerzo físico. Solo unas pocas palabras y unos pocos movimientos. De pronto, Treggis comprendió que su trabajo como empleado de banco era demasiado oneroso. Una estúpida forma de perder ocho valiosas horas diarias, de cualquier modo que se lo mirase. Sin duda, era mucho más interesante estar a cargo del cuidado de un grifo. Aplicar los ungüentos especiales durante la estación de muda, contestar preguntas sobre grifología. Encargarse de la alimentación. «El grifo se alimenta exclusivamente...»

—Sí, sí, sí, sí —murmuró rápidamente Treggis, recorriendo a grandes pasos su pequeño cuarto—. Una mistificación... Pero lo mejor será probar las instrucciones. Para reírme un rato.

Soltó una risa hueca.

No hubo relámpago cegador ni estallido de truenos. Treggis se vio transportado, al parecer instantáneamente, a cierto lugar. Se tambaleó por un momento, pero en seguida recuperó el equilibrio y abrió los ojos. La luz del sol era intensísima. Al mirar a su alrededor, vio que alguien había construido con mucha eficacia el hábitat natural del grifo.

Treggis se adelantó con bastante seguridad, considerando que le temblaban las rodillas, los tobillos y el estómago. En ese momento pudo ver al grifo.

En el mismo instante, el grifo vio a Treggis.

Con lentitud al principio, y después con velocidad creciente, el grifo avanzó hacia él. Se abrieron las grandes alas de águila, se extendieron las garras, y el grifo saltó, o se deslizó, hacia adelante.

Treggis trató de apartarse del camino, con un escalofrío incontrolable. El grifo se acercó, enorme y dorado bajo el sol. Treggis gritó desesperadamente:

—¡No, no! El grifo se alimenta exclusivamente de jóvenes...

Volvió a gritar, al comprenderlo todo con absoluta claridad, en tanto las garras lo apresaban.

PARAÍSO II

La estación espacial giraba en torno a su planeta, esperando. A decir verdad, carecía de inteligencia, puesto que le era innecesaria. Sin embargo, tenía conciencia, y cierto tipo de tropismos, afinidades y reacciones.

Contaba con recursos. Su finalidad había sido grabada en el metal mismo, estaba impresa en los tubos y circuitos. Y la máquina conservaba, tal vez, algunas de las emociones que acompañaran su construcción: las esperanzas febriles, los temores, la carrera enloquecida contra el tiempo.

Pero tales esperanzas habían sido vanas; la carrera se perdió, y la eran maquinaria quedó suspendida en el espacio, incompleta e inútil.

Sin embargo, tenía conciencia, y cierto tipo de tropismos, afinidades, reacciones. Contaba con recursos. Sabía lo que hacía falta. Y por eso examinaba el espacio, a la espera de los componentes necesarios.

En la región de Bootes, la estación llegó hasta un pequeño sol de color cereza; mientras la nave se aproximaba, pudo ver que uno de sus planetas tenía el extraño color verde azulado de la Tierra.

—¡Mira eso! —grito Fleming desde los controles, con la voz quebrada por el entusiasmo—. Es como la Tierra. Es realmente como la Tierra, ¿verdad, Howard? ¡Haremos una fortuna con eso!

Howard se acercó lentamente desde la cocina de la nave, masticando un trozo de aguacate. Era calvo y de baja estatura; lucía un digno vientre del tamaño de una sandía. Se sentía irritado, puesto que Fleming lo había interrumpido mientras estaba concentrado en la preparación de la cena. Para Howard, la cocina era un arte; de no haber sido comerciante le habría gustado trabajar como jefe de cocina. Los dos comían bien durante todos los viajes, ya que Howard tenía buena mano para el pollo frito; servía sus asados con salsa Howard y era especialmente adicto a la ensalada Howard.

—Podría ser como la Tierra —juzgó, contemplando fríamente el planeta verdeazulado.

—Claro que lo es —dijo Fleming.

Éste era joven, y más optimista de lo que se puede ser en el espacio. A pesar del arte culinario desplegado por Howard, seguía siendo muy delgado; los cabellos, de color zanahoria, le caían en profusión sobre la frente y los hombros. Howard se mostraba tolerante con él, no sólo porque era muy hábil para conducir y reparar motores, sino, principalmente, por su espíritu comercial. Tal actitud era muy necesaria en el espacio, puesto que se requería una pequeña fortuna sólo para que la nave despegara.

—Si al menos estuviera deshabitado —rogaba Fleming, entusiasta y buen comerciante como siempre—. Si fuera todo nuestro... ¡Nuestro, Howard! ¡Un planeta similar a la Tierra! Mi Dios, podríamos sacar una fortuna con sólo vender propiedades, y ni hablar de los derechos de explotación minera, petrolera, y todo lo demás.

Howard tragó el resto de su aguacate. El joven Fleming tenía aún mucho que aprender. Eso de descubrir y vender planetas era un negocio, lo mismo que cultivar y vender naranjas. Naturalmente, existía cierta diferencia: las naranjas no entrañan peligro, pero algunos planetas sí. En compensación, las naranjas no dejan tanta ganancia como un buen planeta.

—¿Aterrizamos ahora mismo en nuestro planeta? —preguntó Fleming, ansioso.

—Sin duda —respondió Howard—. Aunque... aquella estación espacial me induce a pensar que tal vez sus habitantes consideran que es su planeta, Fleming siguió la dirección de su mirada. Una estación espacial, hasta entonces oculta por la mole del planeta, estaba surgiendo a la vista.

—Maldita sea —dijo Fleming, con la cara pecosa contraída por el contratiempo—. Eso significa que está poblado. ¿Te parece que podríamos...?

No concluyó su frase, pero echó una mirada a los controles de bombardeo. Howard contempló la estación espacial, apreciando la tecnología que había sido capaz de construirla, y negó tristemente con la cabeza, diciendo:

—Humm..., no, aquí no.

—Oh, bueno —aceptó Fleming—. Por lo menos tendremos prioridad para el comercio. Volvió a mirar por el portillo y tomó a Howard por el brazo:

—Mira... la estación espacial. En la superficie metálica de la esfera, una serie de luces brillantes parpadeaban sucesivamente.

—¿Qué puede significar eso? —preguntó Fleming.

—No tengo idea —respondió Howard—, y si nos quedamos aquí no lo sabremos jamás. Podrías aterrizar en el planeta, si nadie intenta impedirte.

Su compañero asintió, conectando los controles manuales. Por unos cuantos segundos, Howard se limitó a observar.

El tablero de controles estaba cubierto de indicadores, llaves y perillas de metal, plástico y cuarzo. Fleming, por el contrario, era carne, sangre y huesos. Parecía imposible que pudiera existir entre ellos ni siquiera una relación superficial. Sin embargo, Fleming pareció fundirse con el tablero de controles. Inspeccionó los indicadores con precisión mecánica, y sus dedos se convirtieron en prolongaciones de las llaves. El metal pareció volverse dúctil a sus manos y dócil a su voluntad. Las perillas de cuarzo resplandecían en tonos rojos, y en los ojos de Fleming brillaba una luz que no parecía mero reflejo.

Cuando hubieron entrado en la espiral de desaceleración, Howard se instaló cómodamente en la cocina, para calcular los gastos de combustible y comida, más la depreciación de la nave. Agregó a esa suma un treinta por ciento, para mayor seguridad, y la apuntó en un libro de contabilidad. Más tarde le sería útil, cuando liquidara su impuesto a los réditos.

Aterrizaron en los alrededores de una ciudad, y allí aguardaron la llegada de los funcionarios locales. Nadie vino. Efectuaron los análisis acostumbrados de atmósfera y microorganismos, y siguieron esperando. Pero nadie vino. Doce horas después, Fleming abrió la escotilla y ambos se encaminaron hacia la ciudad.

Encontraron los primeros esqueletos diseminados por la ruta, cuyo pavimento había sido destrozado por las bombas. Aquello los intrigó: era muy poco higiénico. ¿Qué clase de gente civilizada era aquella, capaz de dejar esqueletos sobre las rutas? ¿Por qué no los retiraban?

Pero la ciudad sólo estaba poblada por esqueletos: miles, millones de ellos se amontonaban en los teatros semidormidos; se les veía caídos ante los negocios polvorientos o diseminados por las calles resquebrajadas por los tiroteos.

—Seguramente hubo una guerra —dijo Fleming, con sagacidad.

En el centro de la ciudad descubrieron una plaza de armas llena de esqueletos uniformados dispuestos en fila sobre el pasto. En los palcos se agolpaban esqueletos oficiales, funcionarios esqueletos, padres y esposas esqueletos. Y detrás de esos palcos había niños esqueletos, allí reunidos para presenciar el espectáculo.

—Una guerra, sin duda —dijo Fleming, expresando su convencimiento con un gesto de la cabeza—. Y perdieron.

—Es obvio —replicó Howard—. Pero, ¿quién ganó?

—¿Cómo?

—¿Dónde están los vencedores?

En ese momento, la estación espacial cruzó el firmamento, arrojando su sombra entre las filas de esqueletos silenciosos. Ambos levantaron la vista, inquietos.

—¿Y si todos murieron? —preguntó Fleming, lleno de esperanzas.

—Creo que es mejor averiguarlo.

Volviéron a la nave. Fleming empezó a silbar, en señal de optimismo, y apartó una pila de huesos a puntapiés.

—Hemos descubierto un buen filón —dijo, con una amplia sonrisa.

—Todavía no —repitió Howard, prudente—. Puede haber sobrevivientes.

Pero cruzó su mirada con su compañero y sonrió sin querer, agregando:

—En realidad, parece que el viaje ha resultado provechoso.

Hicieron un breve recorrido por el planeta. Aquel mundo verdeazulado era un sepulcro resquebrajado por las bombas. En cada continente, de acuerdo con su tamaño e importancia, las ciudades contenían millares o millones de habitantes óseos. Las llanuras y las montañas los exhibía por doquier, y los había en los lagos, en los bosques y en las selvas.

—¡Qué desorden! —observó Fleming finalmente, en tanto permanecían suspendidos sobre el planeta—. ¿Qué población le calculas?

—Yo diría que eran unos nueve billones, billón más o menos —respondió Howard.

—¿Qué puede haber pasado, según tu opinión?

—Hay tres métodos clásicos de genocidio —respondió Howard, con aire docto—. El primero es la contaminación de la atmósfera por gases tóxicos. A eso puedes agregar la contaminación radioactiva, que también mata la vida vegetal. Y, finalmente, existen gérmenes inducidos a mutación por métodos de laboratorio, con la única finalidad de atacar a poblaciones enteras. Si escapan al control, pueden barrer con los habitantes del planeta entero.

—¿Crees que eso fue lo que ocurrió? —volvió a preguntar Fleming, con interés.

—Eso creo. Howard frotó una manzana contra la manga y le dio un mordisco, agregando:

—No soy patólogo, pero las marcas que presentan esos huesos...

—Gérmenes —repitió Fleming, y tosió involuntariamente—, ¿No hay peligro de que...?

—Si aún estuvieran activos, ya estarías muerto. Eso debe haber pasado hace varios siglos, a juzgar por el estado de los esqueletos. Los gérmenes murieron por falta de organismos humanos en los que instalarse.

Fleming asintió con vigor, diciendo:

—Así debió ser. Oh, lo siento por la gente, por las fortunas de guerra y todo eso. ¡Pero este planeta nos pertenece por derecho!

Echó una mirada furtiva sobre las ricas praderas verdes que se extendían debajo, y agregó:

—¿Cómo lo llamaremos, Howard?

Su compañero contempló los prados y las salvajes y exuberantes pasturas que bordeaban las rutas de concreto.

—Podríamos llamarlo Paraíso II —dijo—. Este planeta debe ser un verdadero edén para los granjeros.

—¡Paraíso II! Suena muy bien —aprobó Fleming—. Habrá que contratar un equipo para retirar todos esos esqueletos. Le dan un aspecto muy tétrico.

Howard asintió. Había muchos detalles de que ocuparse.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando...

La estación espacial pasó por sobre ellos.

—¡Las luces! —gritó Howard inesperadamente.

—¿Qué luces? —inquirió Fleming, mirando la esfera que se retiraba.

—Cuando llegamos. ¿Recuerdas esos destellos?

—Es cierto. ¿Crees que alguien se ha refugiado allí?

—Lo averiguaremos ahora mismo —respondió Howard, ceñudo.

Y mientras Fleming hacía girar la nave, dio un decidido mordisco a su manzana.

Cuando llegaron a la estación espacial, el primer objeto que se presentó a la vista fue un vehículo estelar, aferrado al metal pulido como una araña a su tela. Era pequeño (apenas un tercio de una nave común), y una de las escotillas estaba entreabierta.

Los dos hombres, vistiendo traje espacial y casco, se detuvieron frente a la escotilla. Fleming la tocó con las manos enguantadas, y la abrió por completo. Con mucha cautela

iluminaron el interior con sus linternas; súbitamente se echaron hacia atrás. Luego, Howard hizo un movimiento de impaciencia, y Fleming entró.

En el asiento del piloto había un hombre muerto, a medias caído hacia un lado, petrificado para siempre en esa inestable posición. Todavía era visible en su rostro descarnado la agonía de la muerte, aunque en ciertas partes alguna enfermedad había dejado los huesos al descubierto.

En la parte trasera del vehículo se veían docenas de cajones de madera, Fleming abrió uno e iluminó el contenido con su linterna.

—Alimentos —dijo Howard.

—Debió tratar de ocultarse en la estación espacial —observó Fleming.

—Así parece. Pero no lo consiguió.

Abandonaron la nave rápidamente, algo asqueados. Los esqueletos resultaban aceptables, puesto que eran, en sí, entidades completas. Pero ese cadáver expresaba su muerte con demasiada elocuencia.

—Entonces, ¿quién encendió las luces? —preguntó Fleming, ya en la superficie de la estación.

—Tal vez algún control automático —dijo Howard, titubeando—. No puede haber sobrevivientes.

Cruzaron la superficie de la estación, y se encontraron frente a la entrada.

—¿Abrimos? —preguntó Fleming.

—¿Para qué? —replicó Howard, prontamente—. Toda la raza ha perecido. Sería mejor regresar para registrar nuestra propiedad.

—Si allí dentro hay un solo sobreviviente —le recordó Fleming—, el planeta es suyo por derecho legal.

Howard asintió con desgana. Sería desastroso efectuar el largo, costoso viaje de regreso a la Tierra, y volver con los equipos de agrimensura, sólo para descubrir que había alguien tranquilamente alojado en la estación espacial. Si quedaban sobrevivientes escondidos en el planeta, la cosa era distinta, aunque de cualquier modo tendrían derecho a reclamar. Pero un hombre en la estación espacial, descartado por ellos...

—Supongo que es mejor entrar —dijo, y abrió la escotilla.

El interior estaba completamente oscuro. Howard iluminó el rostro de Fleming; bajo el fulgor de la linterna, pareció desprovisto de sombras, estilizado como una máscara primitiva. Howard parpadeó, algo atemorizado ante aquella apariencia de absoluta impersonalidad.

—El aire es respirable —dijo Fleming, y al punto recobró su personalidad.

Howard echó su casco hacia atrás y levantó la linterna. La enorme masa de las paredes pareció oprimirlo. Hurgó en sus bolsillos hasta encontrar un rábano, y se lo metió en la boca, para darse ánimos.

Avanzaron. Caminaron durante media hora por un corredor angosto y serpenteante, mientras las linternas iban empujando las tinieblas siempre hacia adelante. El piso metálico, que parecía tan firme, comenzó a crujir y a gruñir bajo el peso de tensiones desconocidas. Aquello alteró los nervios de Howard; Fleming, en cambio, no pareció afectado.

—Esto debió ser una estación de bombardeo —observó un momento después.

—Eso parece.

—Aquí hay toneladas y toneladas de metal —continuó Fleming, en tono coloquial, golpeando una pared con los nudillos—. Supongo que tendremos que venderla como chatarra, a menos que podamos salvar parte de la maquinaria.

—El precio de la chatarra...

Pero mientras Howard empezaba a hablar, parte del piso se abrió directamente bajo los pies de su compañero, quien desapareció. Todo sucedió tan súbitamente que Howard no tuvo tiempo de gritar. La trampa volvió a cerrarse con estruendo.

Howard retrocedió, tambaleándose, como bajo el impacto de un golpe. Por un momento su linterna pareció lanzar destellos enloquecidos, y en seguida se apagó. Permaneció perfectamente inmóvil, con las manos en alto, la mente atrapada en la atemporalidad de la conmoción. Ésta fue cediendo poco a poco, y le dejó un latido apagado y doloroso en la cabeza.

—...no es muy ventajoso en estos momentos—, terminó estúpidamente, con la esperanza de que nada hubiera ocurrido.

Se aproximó a la trampa, y llamó a Fleming.

No hubo respuesta. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¡Fleming! —volvió a gritar, con toda la fuerza de sus pulmones, inclinado sobre el piso herméticamente cerrado.

Se irguió; el corazón le latía ¿olorosamente. Tomó aliento, se volvió, y regresó a la entrada, sin permitirse un solo pensamiento.

Pero la entrada estaba también herméticamente cerrada; los bordes fundidos aún despedían calor. Howard la examinó dando muestras de gran interés. La tocó, le dio golpecitos, la atacó a puntapiés. Finalmente cobró conciencia de la oscuridad que lo envolvía, y giró rápidamente, con el sudor corriéndole por la cara.

—¿Quién está allí? —gritó hacia el corredor—. ¡Fleming! ¿Me oyes?

No hubo respuesta.

—¿Quién hizo esto? —gritó—. ¿Por qué nos hicisteis señales con las luces? ¿Qué habéis hecho con Fleming? Prestó atención por un momento, y en seguida tomó aliento para continuar:

—¡Abrid la entrada! ¡Me iré, y no revelaré nada!

Aguardó otra vez, iluminando el corredor con la linterna, mientras se preguntaba qué se ocultaría en esa oscuridad. Finalmente volvió a gritar:

—¿Por qué no abris una trampa para tragarme a mí?

Se recostó contra la pared, jadeante. Pero no se abrió ninguna trampa. Tal vez no ocurriría. Ese pensamiento le inspiró un momentáneo coraje. Con severidad, se dijo que debía haber otra salida, y volvió al corredor.

Una hora después caminaba aún, con la linterna siempre apuntada hacia adelante y la oscuridad arrastrándose tras él. Ya había recobrado el control sobre sí, y el dolor de cabeza estaba reducido a una sorda presión. Podía volver a razonar.

Quizá los destellos provenían de un circuito automático. Tal vez también la trampa había sido accionada automáticamente. En cuanto a la entrada..., eso podía constituir una precaución en tiempos de guerra, a fin de que ningún agente enemigo lograra filtrarse en la estación.

Sabía que su razonamiento no era demasiado bueno, pero eso era todo lo que podía pensar. Toda la situación era inexplicable. Ese cadáver en la nave espacial, el hermoso planeta muerto... debía haber alguna relación. Si al menos pudiera descubrir dónde...

—Howard —llamó una voz.

Howard retrocedió con un salto convulsivo, como si hubiese tocado un cable de alta tensión. El dolor de cabeza regresó de inmediato.

—Soy yo —dijo la voz—. Fleming.

—¿Dónde? —preguntó—. ¿Dónde estás?

—A unos 6.000 metros de profundidad, por lo que puedo apreciar —respondió Fleming, y su voz flotó áspera por el corredor—. La transmisión no es muy buena, pero no puedo mejorarla.

Howard se sentó en el piso, porque las piernas se negaban a sostenerlo. Sin embargo, se sentía aliviado. Había algo cuerdo en el hecho de que Fleming estuviera a 6.000 metros de profundidad, y la transmisión imperfecta resultaba muy humana y comprensible.

—¿Puedes subir? ¿Puedo ayudarte?

—No, no puedes —respondió Fleming, con un tableteo de estática que Howard tomó por una risita—. Lo que me queda de cuerpo no es gran cosa.

—Pero ¿dónde está tu cuerpo? —insistió Howard, con seriedad.

—Se perdió, se hizo trizas en la caída. Pero quedó lo bastante como para integrarme al circuito.

—Comprendo —dijo Howard, con un extraño aturdimiento—. Ahora no eres más que un cerebro, una inteligencia pura.

—Oh, soy algo más que eso —replicó Fleming—; exactamente lo que la máquina necesita.

Howard soltó una risa nerviosa, al imaginar el cerebro de Fleming flotando en un cubo de agua cristalina; pero se dominó.

—¿La máquina? —preguntó—. ¿Qué máquina?

—La estación espacial. Parece la maquinaria más complicada jamás construida. Fue ella la que emitió los destellos y abrió la puerta.

—Pero ¿por qué?

—Eso es lo que espero descubrir —dijo Fleming—. En este momento formo parte de ella. O tal vez ella forma parte de mí. De cualquier modo, me necesita, porque en realidad no posee inteligencia. Yo se la proporciono.

—¿Tú? ¡Pero la máquina no sabía que venías hacia aquí!

—No me refiero específicamente a mi persona. Probablemente, el verdadero operador debió ser aquel hombre que está fuera, en la nave. Pero yo le serviré, y llevaremos a cabo los planes del constructor.

Howard dominó con esfuerzo sus nervios. Ya no podía razonar correctamente. Su única preocupación era salir de la estación y volver a su nave. Para eso debía contar con Fleming; pero se trataba de un Fleming nuevo e impredecible. Parecía bastante humano, pero ¿lo sería aún?

—Fleming —dijo, a modo de prueba.

—¿Qué pasa, viejo?

Eso podía considerarse alentador.

—¿Puedes sacarme de aquí?

—Creo que sí —respondió la voz de Fleming—. Haré la prueba.

—Volveré con neurocirujanos —le aseguró Howard—. Te pondrás bien.

—No te preocupes por mí —dijo Fleming—. Estoy perfectamente.

Howard había perdido la cuenta de las horas que llevaba caminando. Cada corredor angosto daba principio a otro, que a su vez se resolvía en nuevos corredores. Acabó por cansarse, y las piernas empezaron a entumecerse. Mientras caminaba, comía. En la mochila llevaba una provisión de emparedados, y los masticaba mecánicamente para recobrar fuerzas. Finalmente se detuvo para descansar.

—Fleming —llamó. Tras una larga pausa oyó un sonido apenas reconocible, el del metal que raspa otro metal.

—¿Cuánto falta?

—No mucho —respondió la voz metálica y chirriante—. ¿Cansado?

—Sí.

—Haré lo que pueda.

La voz de Fleming lo asustaba, pero el silencio era aún peor. Al prestar atención oyó que un motor, oculto en las profundidades de la estación, entraba en funcionamiento.

—Fleming...

—¿Sí?

—¿Qué es todo esto? ¿Es una estación de bombardeo?

—No. Todavía no conozco la finalidad de la máquina. No estoy integrado por completo.

—Pero ¿tiene en verdad una finalidad?

—¡Sí! —respondió la voz metálica, tan alto que asustó a Howard—. Poseo un magnífico sistema funcional de interconexiones. En cuanto a control de temperaturas, soy capaz de alcanzar cientos de grados en un microsegundo, para no hablar de mis reservas de mezclas químicas, de mis fuentes de energía y todo lo demás. Ni de mi finalidad, por supuesto.

Esa respuesta no agradó a Howard. Era como si Fleming se fuera identificando con la máquina, al mezclar su personalidad con la de la estación espacial. Se obligó a preguntar:

—¿Cómo es que no sabes aún para qué fue construida?

—Falta un componente vital —dijo Fleming, tras una pausa—. Una matriz indispensable. Además, todavía no poseo un control completo.

Otros motores comenzaron a latir, y las paredes vibraron con el ruido. Howard sintió que el piso se estremecía bajo sus pies. La estación parecía despertarse, desperezarse y reunir sus fuerzas. Era como si se encontrara en el estómago de algún gigantesco monstruo marino.

Howard continuó caminando por varias horas más; a su paso dejaba un rastro de corazones de manzana, cáscaras de naranja, trozos grasientos de carne, una cantimplora vacía y un trozo de papel encerado. Comía constantemente, sin poder evitarlo, con un hambre sorda e insaciable. Se sentía a salvo mientras comía, porque el acto de comer se identificaba con la nave espacial y con la Tierra.

De pronto, un sector de la pared se abrió. Howard se apartó, pero una voz, que identificó momentáneamente con la de Fleming, ordenó:

—Entra.

—¿Por qué? ¿Qué es eso?

Al iluminar la abertura con su linterna, vio en el piso una cinta móvil, que desaparecía constantemente en la oscuridad.

—Estás cansado —dijo la voz que se parecía a la de Fleming—. Así irás a mayor velocidad.

Howard sintió deseos de echar a correr, pero no tenía a dónde ir. Debía confiar en Fleming o enfrentar la oscuridad que reinaba más allá de la luz de su linterna.

La caminata continuó aún por largo tiempo. Howard llevaba la linterna bajo el brazo, y sus rayos se reflejaban en línea recta contra el techo de metal pulido. Masticaba automáticamente un trozo de bizcocho, sin sentirle sabor alguno, apenas consciente de que lo tenía en la boca.

A su alrededor, la maquinaria parecía hablar en un idioma que él no comprendía. Oyó las complicadas protestas de las partes móviles, en tanto se rozaban entre sí. Después vinieron los burbujeos líquidos del aceite, y las piezas parecieron tranquilizarse; el movimiento fue entonces silencioso y perfecto. Los motores chirriaban y rezongaban. Vacilaron, tosiendo, y finalmente se unieron en un zumbido placentero. Y mientras tanto, entre los otros sonidos, llegaba constantemente el tableteo de los circuitos que se alteraban, reordenaban para ajustarse.

Pero ¿qué significaba todo aquello? Howard no lo sabía; permanecía recostado, con los ojos cerrados. Su único contacto con la realidad era el bizcocho que masticaba; y tan pronto como desapareció en su garganta dejó paso a la pesadilla.

Vio un desfile de esqueletos a través del planeta; eran billones, y marchaban en sobrias filas por las ciudades desiertas y los anchos campos negros, para salir al espacio. Desfilaron ante el piloto muerto de la pequeña nave espacial, y el cadáver los contempló con envidia. «Dejad que me una a vosotros», pidió; pero los esqueletos se negaron compasivamente, pues el piloto aún tenía el lastre de la carne. El cadáver preguntó cuándo desaparecería todo, cuándo se vería libre de su carga, pero los esqueletos volvieron a sacudir la cabeza. ¿Cuándo? Cuando la máquina estuviera lista y supiera su finalidad. Entonces los billones de esqueletos recibirían la redención, y el piloto-cadáver se vería liberado de su carne. El piloto rogó, con sus labios carcomidos, que lo aceptaran

de inmediato. Pero los esqueletos sólo percibían su carne, y la carne no podía abandonar aquellos alimentos acumulados en el vehículo. Prosiguieron la marcha con tristeza, mientras el piloto aguardaba dentro de la nave, esperando que sus despojos desaparecieran definitivamente.

—¡Sí!

Howard despertó sobresaltado, y echó una mirada a su alrededor. No había esqueletos, no existía el cadáver. Sólo las paredes de la máquina cerradas a su alrededor. Hurgó en sus bolsillos, pero ya había acabado con toda su comida. Recogió algunas migajas y se las puso sobre la lengua.

—¡Sí!

¡Había oído una voz, sin duda!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Lo sé! —dijo la voz, triunfante.

—¿Lo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

—¡Mi finalidad!

Howard se puso de pie de un salto, revisando los alrededores con su linterna. El sonido de la voz metálica levantaba ecos en su torno; se sintió inundado por el terror. De pronto parecía espantoso que la máquina conociera su finalidad.

—¿Cuál es? —preguntó con mucha suavidad.

En respuesta, se encendió una luz brillante, que cegó al débil rayo de su linterna. Howard cerró los ojos y retrocedió tambaleando.

La banda móvil estaba detenida. Howard abrió los ojos, y se encontró en un cuarto completamente iluminado. Al recorrerlo con la vista, notó que tenía espejos amurados por doquier.

Cien Howards lo miraban fijamente, y él les devolvió la mirada. Luego giró sobre sus talones.

No había salida. Pero los Howard del espejo no habían girado con él. Permanecían inmóviles y en silencio.

Howard levantó la mano derecha. Los otros Howards las dejaron caídas al costado. No había espejo alguno.

Los cien Howard comenzaron a caminar hacia el centro de la habitación. Parecían vacilar sobre sus piernas, y sus ojos opacos no daban muestras de inteligencia. El Howard original soltó una exclamación de sorpresa, y arrojó la linterna contra ellos, pero el objeto cayó al suelo con estruendo.

De inmediato su mente formuló un pensamiento completo. Tal era el propósito de la máquina. Sus constructores habían previsto la muerte de su raza, y por eso construyeron la máquina en el espacio. Su finalidad era crear seres humanos para poblar el planeta. Necesitaba un operador, por supuesto, y el operador verdadero nunca llegó a ocupar su puesto. Y necesitaba una matriz...

Pero esas reproducciones de Howard, obviamente, carecían de inteligencia. Deambulaban por la habitación con movimientos automáticos, controlando sus miembros a duras penas. Y el Howard original descubrió, en cuanto hubo formulado el pensamiento, que estaba terriblemente equivocado.

El techo se abrió. Desde allí descendieron unos garfios gigantes, provistos de cuchillos que relucían, con los filos hacia abajo. Las paredes se abrieron también, mostrando engranajes y ruedas gigantes, hornos llameantes, blancas superficies heladas. Más y más Howards marcharon hacia la habitación, para ser cortados por los grandes cuchillos, y llevados por los enormes garfios hacia las paredes abiertas.

Ninguno de ellos gritó, salvo el Howard original.

—¡Fleming! —aulló—. A mí no. ¡A mí no, Fleming!

En ese momento las distintas piezas del enigma se ordenaron: la estación espacial, construida cuando la guerra estaba diezmando el planeta; el operador, que había llegado

hasta la máquina sólo para morir antes de que le fuera posible entrar en ella. Y esa carga de alimentos, que él sólo jamás habría podido consumir.

¡Naturalmente! ¡La población del planeta había alcanzado los nueve o diez billones! El hambre debía haberlos conducido a la guerra final. Y en tanto, los constructores de la máquina luchaban contra el tiempo y la enfermedad para salvar a su raza.

Pero Fleming, ¿no veía acaso que «él» era la matriz equivocada?

La máquina Fleming no podía ver nada, porque Howard satisfacía todos los requerimientos. Lo último que éste vio fue la superficie estéril de un cuchillo que centelleaba en su dirección.

Y la máquina Fleming procesó a aquellos apiñados Howard, los cortó en rebanadas, y los congeló, para envasarlos después con toda higiene en grandes provisiones de Howard frito, Howard asado, Howard con salsa blanca, Howard con salsa de tomate, Howard sancochado, Howard al aceite, Howard con pilaf y ensalada especial de Howard.

¡El proceso de multiplicación alimenticia era todo un éxito! La guerra podía cesar, que ya había comida en abundancia para todos, ¡Comida, comida, comida para los billones de hambrientos de Paraíso III!

DOBLE INDEMNIZACIÓN

Cuando Everett Berthold decidió suscribir una póliza de seguros, no lo hizo al azar. En primer lugar se informó ampliamente sobre el tema, prestando especial atención a las Infracciones de Contrato, Fraude Internacional, Fraude Temporal y Pago. Trató asimismo de evaluar la atención que las compañías dedicaban a las investigaciones antes de hacer efectivo un seguro. Y averiguó todo lo posible sobre Doble Indemnización, tema que le interesaba más que nada.

Cuando hubo cumplido todo este trabajo preliminar, buscó una compañía de seguros que se ajustara a sus requerimientos. Finalmente se decidió por la Asociación de Seguros Intertemporales, cuya casa central estaba en Hartford, Tiempo Actual. La Intertemporal tenía sucursales en Nueva York, 1959; en Roma, 1530, y en Constantinopla, 1126. Eso les permitía ofrecer cobertura temporal completa, lo que resultaba importante para los planes de Barthold.

Antes de solicitar su póliza, Barthold analizó el plan con su esposa. Mavis Barthold era una mujer delgada, bonita e inquieta, dueña de un carácter cauteloso, terco y felino.

—No puede salir bien —objetó en seguida.

—Es infalible —replicó Barthold con firmeza.

—Te mandarán a la sombra para toda la vida.

—No hay el menor peligro —le aseguró Barthold—. No puede fallar..., siempre que cooperes.

—Eso me convierte en cómplice —dijo su esposa—. No, querido.

—Querida mía, me parece recordar que deseabas un tapado de cormorán marciano genuino. Creo que hay muy pocos en existencia.

Los ojos de la señora Barthold relucieron. Su esposo, con admirable exactitud, había acertado en su punto débil.

—Además —agregó Barthold, en tono cruel—, quizá te guste disponer de un nuevo supercohetes Daimler, un vestuario completo de Letti JDet, un collar de ruumas combinadas, una villa en la Riviera Venusiana, un...

—¡Con eso basta, querido!

La señora Barthold contempló con aprecio a su emprendedor esposo. Siempre había sospechado que ese aspecto poco atractivo ocultaba un corazón valeroso. Barthold era

de baja estatura y comenzaba a quedarse calvo; sus facciones eran ordinarias; detrás de las gafas, su mirada era mansa. Pero tal espíritu podría haberse alojado cómodamente en el físico musculoso de un pirata.

—Pero, ¿estás seguro de que saldrá bien? —preguntó ella.

—Bien seguro, si haces lo que te digo y dominas tu tendencia a sobreactuar.

—Sí, querido —aceptó la señora Barthold, con la mente perdida entre el brillo de las ruumas y la caricia sensual del cormorán.

Barthold realizó sus preparativos finales. Se dirigió a un pequeño negocio donde algunas cosas eran anunciadas y otras vendidas. Cuando salió, con varios miles de dólares menos en él bolsillo, llevaba una pequeña maleta parda apretada bajo el brazo. El dinero era imposible identificarlo, lo había estado ahorrando durante varios años, en billetes pequeños. Y el contenido de la maleta parda era igualmente irreconocible.

Guardó la maleta en un depósito público, tomó aliento y se presentó en las oficinas de la Asociación de Seguros Intertemporales.

Durante media jornada, los doctores lo pincharon y manosearon. Llenó los formularios, y finalmente lo condujeron a la oficina del gerente general, el señor Gryns. Éste era un hombre corpulento y afable. Revisó de prisa la solicitud de Barthold, asintiendo para sus adentros.

—Perfecto, perfecto —dijo—. Todo parece estar en orden. Salvo una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Barthold, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—La cobertura adicional. ¿Le interesaría asegurarse contra robos e incendios? ¿Fidelidad? ¿Enfermedad y accidentes? Aseguramos absolutamente todo, desde herida de mosquete hasta algo tan trivial pero incómodo como el resfrío común.

—Oh, no —dijo Barthold, mientras su pulso volvía al ritmo normal—; en este momento sólo deseo un seguro de vida. Por asuntos de negocios, debo viajar con frecuencia a través del tiempo, y quiero que mi esposa cuente con una protección adecuada.

—Por supuesto, señor, naturalmente —concedió Gryns—. En ese caso, creo que todo está en orden. ¿Conoce usted las condiciones que corresponden a esta póliza?

—Creo que sí —respondió Barthold, que había pasado meses enteros estudiando los formularios de la intertemporal.

—La póliza cubre la vida del asegurado —dijo el señor Gryns—. Y la duración de esa vida se estima sólo en tiempo fisiológico subjetivo. La póliza lo protege dentro de un período de mil años a ambos lados del presente. Pero no más allá, dado que los riesgos son demasiado serios.

—No se me ocurriría ir más lejos —respondió Barthold; —Y la póliza contiene también la cláusula acostumbrada de Doble Indemnización. ¿Conoce sus condiciones y su funcionamiento?

—Creo que sí —respondió Barthold, que la conocía palabra por palabra.

—Entonces, todo está bien. Firme aquí. Y aquí. Gracias, señor.

—Gracias a usted —replicó Barthold, muy sinceramente.

Barthold regresó a su oficina. Era gerente de ventas de la Compañía Alpro (Juguetes para todos los Tiempos). Una vez allí, anunció su intención de partir de inmediato en una gira comercial por el pasado.

—Nuestras ventas en el tiempo no están a la altura que nos corresponde —dijo—. Quiero intervenir personalmente en este asunto.

—¡Magnífico! —gritó el señor Carlisle, presidente de Alpro—. Hace mucho que ansió algo así, Everett.

—Lo sé, señor Carlisle. Bueno, acabo de tomar esa decisión. Me dije: «Es mejor que vaya en persona a ver qué está ocurriendo». Salí para preparar mis cosas, y ya estoy listo para partir.

—Usted es el mejor vendedor que hemos tenido en Alpro, Everett —dijo Carlisle, palmeándole el hombro—. Me alegra que haya tomado esa decisión.

—También a mí, señor Carlisle.

—¡Téngalos a raya! Y a propósito...

El señor Carlisle exhibió una amplia sonrisa.

—Tengo una dirección en Kansas City, 1895 —continuó—, que puede interesarle. Ya no existen ese tipo de casas. Y en San Francisco, 1840, conozco una...

—No, gracias, señor —respondió Barthold.

—Sólo a los negocios, ¿eh, Everett?

—Así es, señor —confirmó Barthold, con una sonrisa virtuosa—. Sólo a los negocios.

Todo estaba listo. Barthold volvió a su casa para hacer el equipaje y dio a su esposa las últimas instrucciones.

—No lo olvides —le dijo—: cuando llegue el momento, finge sorpresa, pero no simules un ataque de nervios. Trata de parecer confundida, pero no psicótica.

—Ya lo sé —exclamó ella—. ¿Me crees estúpida, acaso?

—No, querida, pero tú tienes, de veras, cierta tendencia a exagerar tus emociones en cualquier situación. Los excesos perjudican tanto como las faltas.

—Tesoro... —empezó su esposa, en voz muy baja.

—¿Qué?

—¿No te parece que podría comprar una ruuma pequeñita? Siquiera para no sentirme sola mientras tú...

—¡No! ¿Quieres que se descubra todo? Caramba, Mavis...

—Está bien. Sólo era una pregunta. Buena suerte, querido.

—Gracias, querida.

Se besaron, y Barthold partió.

Pidió su maleta parda en el depósito público. Después tomó un heli hasta el principal salón de ventas de Temporal Motors. Después de dudar un poco, compró un Flipper Ilimitado, Modelo A, y lo pagó al contado.

—Jamás se arrepentirá, señor —dijo el vendedor, mientras quitaba la etiqueta con el precio de la máquina reluciente—. ¡Esta maquinita tiene una energía formidable! Impulsor doble, control completo en cualquier año. Con un Flipper no hay peligro de quedarse varado.

—Muy bien —dijo—. Ahora me subiré y...

—Permítame ayudarlo a cargar esas maletas, señor. ¿Sabe que hay un impuesto federal sobre el kilometraje temporal?

—Lo sé —dijo Barthold, ubicando con cuidado su maleta parda en la parte trasera del Flipper—. Muchísimas gracias. Subiré y...

—Muy bien, señor. El reloj temporal está en cero, y registrara sus saltos. Aquí tiene una lista de las zonas temporales prohibidas por el gobierno. Hay otra lista pegada al tablero. Incluyen todas las guerras mundiales y las zonas de desastre, así como los Puntos Paradójicos. La incursión en las zonas prohibidas está penada por ley federal. El reloj temporal registra cualquier infracción en ese aspecto.

—Conozco bien esos detalles —afirmó Barthold, súbitamente nervioso. El vendedor no tenía motivos para sospechar nada, por supuesto, pero en ese caso ¿por qué insistía tanto con las leyes?

—Estoy obligado a informarle con respecto a los reglamentos —dijo alegremente el vendedor—. Ahora bien, existe además un límite de mil años para los viajes en el tiempo. No se permite ir más allá, a menos que sea bajo autorización escrita del Departamento de Estado.

—Una precaución muy adecuada —dijo Barthold—; ya me lo habían informado en la compañía de seguros.

—Entonces hemos cumplido con todo. ¡Buen viaje, señor! Ya verá que el Flipper es un vehículo perfecto para los viajes de negocios o de placer. Tanto si va a las rutas

pedregosas de México, 1932, o a las húmedas praderas de Canadá, 2308, su Flipper lo llevará sin inconvenientes.

Barthold sonrió con esfuerzo, estrechó la mano del vendedor y entró al Flipper. Cerró la puerta, se ajustó el cinturón de seguridad y puso el motor en marcha. En seguida se inclinó hacia adelante, con los dientes apretados, para calibrar el salto.

Y apretó el botón de partida.

Le rodeó un vacío gris. Por un momento sintió un gran pánico. Cuando logró dominarse, experimentó un escalofrío de salvaje alegría.

¡Por fin iba al encuentro de su fortuna!

Aquel impenetrable vacío grisáceo envolvía al Flipper como una vaga e infinita neblina. Barthold pensó en los años que se deslizaban a su lado, informes y sin fin, gris el mundo, gris el universo...

Pero no había tiempo para las meditaciones filosóficas. Barthold abrió la pequeña maleta parda y extrajo de ella un manojo de papeles escritos a máquina. Contenían la historia completa de la familia Barthold, desde sus más remotos orígenes, recopilada bajo su encargo por una agencia de investigaciones temporales.

Había pasado muchas horas estudiando esa historia. Para llevar a cabo sus planes necesitaba de un Barthold. Pero no podía ser cualquier Barthold; debía ser del sexo masculino, soltero, de 38 años; no mantener vínculos con su familia ni con amigos íntimos, y no tener un puesto de importancia. Era mejor si no trabajaba.

Necesitaba un Barthold que pudiera desvanecerse sin que nadie lo echara de menos ni lo buscara.

Con estos datos, Everett había eliminado de su lista a miles de Bartholds. Casi todos los varones se habían casado antes de los 38 años. Algunos no habían llegado a esa edad. Otros, aunque solteros y sin compromiso, tenían buenos amigos y fuertes lazos familiares. Los había desvinculados de la familia y las amistades, pero eran personalidades cuya desaparición sería investigada.

Tras mucho descartar, quedó apenas un puñado. Y entre éstos debía buscar al que satisficiera todos los requisitos.

Se preguntó por un instante si existiría el hombre que necesitaba, pero eliminó rápidamente ese pensamiento.

Tras un rato, la neblina gris se evaporó. Al mirar hacia afuera, descubrió que estaba en una calle empedrada. Un extraño automóvil de altos costados pasó resoplando, conducido por un hombre que lucía un sombrero de paja.

Estaba en Nueva York, 1912.

El primer hombre de su lista era Jack Barthold, conocido por sus amigos como Jack el Rufián; se trataba de un obrero de imprenta, de ojos ávidos y pies inquietos. En 1902 había abandonado a su esposa y a sus tres hijos en Cheyenne, sin intenciones de regresar. Para los fines de Barthold era como si estuviera soltero. Jack el Rufián había servido en el ejército por un tiempo, a las órdenes del General Pershing, antes de volver a su oficio. Iba de imprenta en imprenta, y en ninguna se quedaba mucho tiempo. Por esa época, a la edad de 38 años, estaba trabajando en algún lugar de Nueva York.

Partiendo desde Battery, Barthold comenzó a buscarlo por las imprentas neoyorquinas. Lo encontró en la undécima, en Water Street.

—¿Busca a Jack Barthold? —le preguntó el viejo impresor—. Claro, está en la trastienda. ¡En, Jack! ¡Te buscan!

El pulso de Barthold se aceleró. Un hombre salió desde el oscuro fondo del local y se aproximó, ceñudo.

—Soy Jack Barthold —dijo—. ¿Qué quiere?

Barthold contempló a su pariente y meneó la cabeza con melancolía. Obviamente, aquél no serviría.

—Nada —dijo—, absolutamente nada.

Y salió rápidamente del negocio.

Jack el Rufián, que medía 1,72 m. y pesaba 130 kilos, se rascó la cabeza.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó.

El viejo impresor se encogió de hombros.

Everett Barthold regresó a su Flipper y volvió a manipular los controles. Era una lástima, pero nada podría hacer con un gordo.

Su próximo destino fue Memphis, 1869. Vestido con ropas adecuadas, se dirigió al Hotel Dixie Belle y preguntó al recepcionista por Ben Bartholder.

—Sí, claro —dijo el cortés anciano de cabellos blancos—; allí está su llave, así que debe haber salido. Tal vez lo encuentre en la taberna de la esquina, con otros aventureros.

Barthold dejó pasar el insulto, y buscó la taberna, Aún no era de noche, pero las luces de gas ya estaban encendidas. Alguien tocaba un banjo. El gran mostrador de caoba estaba atestado de parroquianos. Dirigiéndose a uno de los taberneros, Barthold preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar a Ben Bartholder?

—Allí —indicó el tabernero, con fuerte acento sureño —con los otros yanquis.

Barthold se aproximó a una larga mesa, ubicada en un extremo de la taberna. La ocupaba una multitud de hombres llamativamente vestidos y mujeres pintarrajeadas. Los hombres eran, por lo visto, viajantes de comercio provenientes del norte; se mostraban exigentes, orgullosos y estentóreos. Las mujeres eran del Sur. Pero todo eso no concernía a Barthold.

De inmediato reconoció a quien buscaba. No había forma de confundir a Ben Bartholder. Era exactamente igual a Everett Barthold.

Y ésa era la característica primordial que Barthold buscaba.

—Señor Bartholder —dijo—, ¿puedo hablar con usted en privado?

—¿Por qué no? —replicó Bartholder.

Barthold lo condujo hasta una mesa desocupada. Su pariente se sentó frente a él, mirándolo con intensidad.

—Señor —dijo Ben—, usted se parece extraordinariamente a mí.

—En efecto —respondió Barthold—. Ésa es, en parte, la razón por la que quiero hablar con usted.

—¿Y el resto?

—Ya le explicaré todo. ¿Quiere tomar algo?

Barthold pidió las bebidas, notando que Ben mantenía la mano derecha sobre el regazo, oculta a la vista. Tal vez tenía una pistola preparada; los norteros debían andarse con cuidado en aquellos días de la Reconstrucción.

Cuando trajeron las bebidas, Barthold dijo:

—Iré al grano. ¿Le interesaría hacerse con una fortuna considerable?

—¿Quién no?

—¿Aunque eso implicara un viaje largo y difícil?

—He venido desde Chicago —respondió Ben—. E iré más lejos aún.

—¿Y si hubiese que desobedecer algunas leyes? —Ya verá que Ben Bartholder es materia dispuesta para cualquier cosa, señor, siempre que haya alguna ganancia de por medio. Pero ¿quién es usted y qué piensa proponerme?

—Aquí no —dijo Barthold—. ¿Hay algún sitio en donde podamos hablar sin que nos oigan?

—En mi cuarto del hotel.

—Vamos allí.

Ambos se levantaron. Barthold echó una mirada a la mano derecha de Ben y soltó una exclamación de sorpresa.

Benjamín Bartholder era manco.

—La perdí en Vickburg —explicó Ben, notando su sorpresa—. Pero no importa; soy capaz de liquidar a cualquier hombre con una mano y un muñón.

—No lo pongo en duda —dijo Barthold, con cierta brusquedad—. Admiro su buen ánimo, señor. Espéreme un instante. Volveré en seguida.

Barthold pasó a toda prisa por las puertas de vaivén y se encaminó directamente a su Flipper. «Es una lástima», pensó, mientras manipulaba los controles. Benjamín Bartholder habría sido muy adecuado. Pero un manco no servía de nada.

El salto siguiente fue hasta Prusia, 1676. Provisto de un conocimiento hipnótico del idioma alemán, y vestido con ropas del modelo y color apropiados, recorrió las calles desiertas de Konisberg, en busca de Hans Barthaler.

Aunque era mediodía, las calles estaban extrañamente desiertas. Barthold caminó hasta encontrarse con un monje.

—¿Barthaler? —musitó el monje—. ¡Oh, usted se refiero al viejo Otto, el sastre! Ahora vive en Ravensburg, buen señor.

—No, ése debe ser el padre —dijo Barthold—. Yo busco a Hans Barthaler, el hijo.

—Hans... ¡ah, claro! —asintió vigorosamente el monje, con expresión burlona—. Pero ¿está usted seguro de que es a él a quien busca?

—Completamente seguro —respondió Barthold—. ¿Podría indicarme dónde está?

—Puede encontrarlo en la catedral —dijo el monje—. Venga, yo también voy hacia allí.

Barthold lo siguió, preguntándose si le habrían informado mal. El Barthaler que buscaba no podía ser sacerdote. Era un soldado mercenario que había luchado por toda Europa. Un hombre así no tenía nada que hacer en una catedral..., a menos que (y Barthold lo pensó con un estremecimiento), Barthaler se hubiese volcado hacia la religión sin que nadie lo supiera.

Rogó con fervor para que no fuera así. Eso lo arruinaría todo.

—Hemos llegado, señor —dijo el monje, deteniéndose frente a un edificio de noble imponencia—. Y aquél es Hans Barthaler.

Barthold miró en la dirección indicada. Había un hombre sentado en la escalinata de la catedral, un hombre vestido de harapos. Frente a él tenía un viejo sombrero informe, en el que se veían dos monedas de cobre y un mendrugo de pan.

—Un mendigo —gruñó Barthold, disgustado—. No obstante, quizá...

Al acercarse notó la expresión vacía de sus ojos, la mandíbula caída, los labios torcidos e impúdicos.

—Una pena, realmente —dijo el monje—. Lo hirieron en la cabeza en Fehrbellin, cuando luchaba contra los suecos, y nunca recuperó la razón. Una terrible desgracia.

Barthold asintió, mientras observaba la catedral vacía y las calles desiertas.

—¿Dónde está la gente? —preguntó.

—¡Cómo, señor, seguramente usted debe estar enterado! Todos han huido de Konisberg, salvo él y yo. ¡Es la Peste Negra!

Con un estremecimiento, Barthold se volvió y corrió por las calles vacías hacia su Flipper, hacia sus antibióticos, para refugiarse en cualquier año que no fuera ése.

Con el corazón oprimido y una sensación de inminente fracaso, volvió a descender varios años, hasta el Londres de 1595. En la Taberna del Cerdito, cerca de Great Hertford Cross, preguntó por un tal Thomas Barthai.

—¿Y para qué quiere usted a Barthai? —preguntó el tabernero, en un inglés tan bárbaro que Barthold logró apenas comprenderle.

—Tengo ciertas cuestiones que tratar con él —respondió Barthold, en su inglés antiguo, aprendido por hipnosis.

—¿Es cierto eso? —dijo el tabernero, con una experta mirada a las finas ropas de Barthold.

La taberna era un sitio bajo y ruidoso, apenas iluminado por dos vacilantes velas de sebo. Los parroquianos se habían reunido ya en torno a Barthold y se apretaban junto a

él, sin dejar sus vasos de peltre; parecían pertenecer a la más baja estofa. Barthold pudo ver brillo de metal entre sus harapos.

—Un soplón, ¿en?

—¿Qué demonios tiene que hacer aquí un soplón?

—Idiota, quizá.

—Qué duda cabe, si ha venido solo.

—¡Y pretende que traicionemos al pobre Tom Barthal!

—¡Le daremos un escarmiento, amigos!

—¡Sí, hagámoslo!

El tabernero lo observaba sonriendo, en tanto la multitud avanzaba sobre Barthold con los jarros empuñados a guisa de mazas. Lo obligaron a retroceder más allá de las ventanas plomadas, contra la pared. Sólo entonces comprendió Barthold que esa desmandada multitud representaba un verdadero peligro.

—¡No soy ningún soplón! —gritó.

—¡Al demonio contigo!

La turba se agolpó hacia adelante; un pesado jarro se estrelló contra la pared de caoba, muy cerca de su cabeza.

Barthold tuvo una súbita inspiración. Se quitó el gran sombrero de plumas, exclamando: —¡Miradme!

Todos se detuvieron, boquiabiertos.

—¡La imagen misma de Tom Barthal! —exclamó uno de ellos.

—Pero Tom nunca dijo que tuviera un hermano —señaló otro.

—Éramos gemelos —dijo Barthold con rapidez—, y nos separaron al nacer. Yo me crié en Normandía, en Aquitania y en Cornwall. Recién el mes pasado descubrí que tenía un hermano gemelo. Y he venido para conocerlo.

En la Inglaterra del siglo XVI, esa historia resultaba perfectamente verosímil; además, el parecido era innegable. Condujeron a Barthold a una de las mesas, lo hicieron sentar y pusieron un jarro de cerveza ante él.

—Ha llegado tarde, amigo —le dijo un viejo mendigo tuerto—. Era buen trabajador, y no había como él para conseguir saltimbanquis.

Barthold reconoció el término antiguo para referirse a los ladrones de caballos.

—Pero se lo llevaron a Aylesbury, y lo juzgaron entre rameras y marineros de agua dulce; lo declararon culpable, suerte perra.

—¿Cuál es su condena? —preguntó Barthold.

—Es grave —dijo un robusto pilludo—. ¡Lo colgarán hoy en Shrew's Marker!

Barthold permaneció inmóvil durante un momento. Luego preguntó.

—¿Mi hermano y yo nos parecemos mucho?

—¡Dos gotas de agua! —exclamó el tabernero—. Es increíble, hombre, cosa de no creer. El mismo aspecto, la misma altura, el mismo físico... ¡Todo igual! Los otros asintieron. Y Barthold, viendo cercano el éxito, decidió arriesgar el todo por el todo. ¡Tenía que conseguir a Tom Barthal!

—Acercaos y escuchadme, amigo —dijo—. Vosotros no tenéis mucho aprecio por los soplones ni por las leyes de Londres, ¿verdad? Pues bien, allá en Francia soy rico, muy rico. ¿Os gustaría venir conmigo y vivir como duques? Sí, estad tranquilos... sabía que no os negaríais. Bien, eso es posible, muchachos. Pero debemos traer también a mi hermano.

—Pero ¿cómo haremos? —preguntó un corpulento hojalatero—. ¡Lo van a colgar hoy mismo!

—¿No sois hombres, acaso? —preguntó Barthold—. ¿No estáis armados? ¿No os atreveríais a luchar por conseguir una fortuna y una vida fácil? Todos aullaron afirmativamente.

—Nunca lo puse en duda —dijo Barthold—. Tendréis todo eso. Sólo tenéis que seguir mis instrucciones.

El grupo que se había reunido en Shrew's Marker era reducido, pues se trataba de una ejecución sin importancia. Sin embargo, siempre representaba algún entretenimiento; por la calle empedrada apareció un coche tirado por caballos, que se detuvo frente al cadalso; en él venía el prisionero, y la gente lo recibió con fuertes gritos de alegría.

—Allí está Tom —murmuró el hojalatero, a un costado de la multitud—. ¿Lo ve usted?

—Creo que sí —dijo Barthold—. Acerquémonos.

Se abrió paso con sus quince hombres a través de la multitud, para formar un círculo en torno al cadalso. El verdugo ya había trepado a la plataforma; tras echar una mirada a la multitud a través de los angostos agujeros de su máscara negra, probó la soga. Dos condestables condujeron a Barthold por los escalones, lo ubicaron en posición y tomaron la soga.

—¿Está usted listo? —preguntó el tabernero a Barthold—. ¡Eh! ¿Está listo?

Barthold miraba boquiabierto al hombre que ocupaba la plataforma. El parecido familiar era indiscutible. Tom Barthold era igual a él... con excepción de un detalle: tenía las mejillas y la frente profusamente cubiertas por marcas de viruela.

—Ahora es el momento de atacar —dijo el tabernero—. ¿Está usted listo, señor? ¿Señor? ¡Eh!

Al volverse, alcanzó a ver un sombrero de plumas que se perdía en un callejón.

Trató de seguirlo con la vista, pero algo lo distrajo. Un siseo le llegó desde el cadalso; un grito ahogado, un golpe sordo. Cuando volvió a mirar, el sombrero emplumado había desaparecido. Everett Barthold volvió a su Flipper profundamente desalentado. Sus planes no aceptaban un hombre desfigurado.

Ya en el vehículo, Barthold meditó durante largo tiempo. Las cosas estaban resultando mal, muy mal. En su búsqueda había retrocedido hasta el medioevo, sin encontrar un Barthold que pudiera utilizar. Y ya se aproximaba al límite de los mil años permitidos. No podía ir más allá... Legalmente, no.

Pero la legalidad era cuestión de pruebas. No podía regresar en ese punto, j En algún lugar, en algún tiempo, debía haber un Barthold adecuado!

Abrió la pequeña maleta y extrajo de ella una máquina pequeña, pero pesada. La había pagado varios miles de dólares, en el Tiempo Presente. Pero en ese momento valía lo gastado y mucho más.

Preparó la máquina y la insertó en el reloj temporal. Ya estaba listo para ir a la época que quisiera; podía retroceder hasta los orígenes primitivos, si lo deseaba. Y el reloj temporal nada indicaría.

Volvió a regular los controles, sintiéndose de pronto muy solo; era pavoroso cruzar la barrera de los mil años. Por un instante, Barthold consideró la posibilidad de abandonar tan dudosa aventura para regresar a la seguridad de su hogar, de su propia época, a su esposa y a su trabajo.

Pero se repuso, y oprimió el botón de partida.

Emergió en Inglaterra, 662, cerca del antiguo baluarte del Castillo de la Doncella. Una vez que hubo escondido el Flipper en un matorral, salió vestido con simples ropas de lino crudo. Echó a andar por la ruta hacia el Castillo de la Doncella, que se divisaba a lo lejos, sobre una elevación del terreno.

Un grupo de soldados pasó junto a él, arrastrando un carrito. En su interior, Barthold alcanzó a ver el brillo amarillento del ámbar Báltico, la rojiza cerámica de Gaul, y hasta algunos candelabros de aspecto italiano. Se trataba, sin duda, de un botín, tomado en el saqueo de alguna ciudad. Habría querido interrogar a los soldados, pero éstos le echaron una mirada tan fiera que se sintió aliviado al poder pasar sin que lo interrogaran.

Más adelante se cruzó con dos hombres que cantaban en latín, desnudos hasta la cintura. El hombre que iba detrás fustigaba al otro con un látigo de cuero de muchas colas. En un momento dado cambiaron puestos, perdiendo apenas un compás.

—Permitidme, señores...

Pero ni siquiera lo miraron. Barthold continuó caminando, mientras se enjugaba la frente. Un rato después alcanzó a un hombre vestido con un manto, que llevaba un arpa colgada de un hombro y una espada sobre el otro.

—Señor —lo interpelló Barthold—; ¿sabe usted acaso donde puedo encontrar a un pariente mío que ha viajado hasta aquí desde Iona? Se llama Connor Lough mac Bairthre.

—Sí —afirmó el hombre.

—¿Dónele?

—Lo tiene usted enfrente —respondió el hombre. Inmediatamente retrocedió, y al mismo tiempo que dejaba caer el arpa sobre el pasto, desenvainó su espada.

Barthold lo miraba, fascinado. Bajo aquella melena de paje había una réplica exacta e inconfundible de su persona.

¡Por fin había encontrado a su hombre!

Pero éste no se mostraba muy dispuesto a cooperar. Avanzó lentamente con la espada lista para herir a matar, y ordenó:

—Vete, demonio, o te dejaré capón.

—¡No soy ningún demonio! —gritó Barthold—. ¡Soy pariente suyo!

—Mientes —declaró Bairthre con firmeza—. Soy un trotamundos, es cierto, y hace tiempo que he dejado mi casa. Pero de cualquier modo recuerdo a todos los miembros de mi familia. No eres ninguno de ellos. Por lo tanto, debes ser un demonio que ha copiado mi cara con algún hechizo.

—¡Espera! —rogó Barthold, al ver que el brazo de Bairthre se ponía tenso, como para atacar— ¿Alguna vez pensaste en el futuro?

—¿El futuro?

—¡El futuro, sí! ¡Siglos más adelante!

—He oído de ese tiempo extraño, aunque soy de los que sólo viven en el presente —dijo Bairthre, bajando lentamente la espada—. Una vez llegó un extranjero a Iona; decía venir de Cornualles cuando estaba sobrio; cuando bebía afirmaba ser fotógrafo de Life. Andaba por allí señalando las cosas con una caja de juguete, y murmurando. Si uno lo llenaba de hidromiel, contaba todas las cosas que iban a suceder.

—De ahí vengo yo —dijo Barthold—. Soy un pariente lejano, y vengo del futuro. He venido a ofrecerte una inmensa fortuna.

Bairthre envainó prontamente su espada.

—Es muy amable de tu parte, pariente —dijo, cortés.

—Pero, naturalmente, será necesario que cooperes.

—Me lo temía —suspiró Bairthre—. Bueno, hábame de eso, pariente.

—Ven conmigo —dijo Barthold. Y lo condujo hasta su Flipper.

Tenía todos los elementos listos dentro de la valija parda. Dejó a Bairthre fuera de combate con una inyección soporífera, puesto que el irlandés empezaba a dar señales de nerviosismo. Después ajustó unos electrodos a su frente y le inculcó por hipnosis un breve esquema de la historia universal, un curso acelerado de idioma inglés y otro sobre costumbres y hábitos norteamericanos.

Esto llevó casi dos días. Entretanto, utilizó la máquina de injertación rápida que había adquirido para implantar en los dedos de Bairthre trozos de piel de sus propios dedos. Ya tenían las mismas impresiones digitales. Con el proceso normal de renovación celular, aquellas impresiones caerían en unos pocos meses, dejando al descubierto las verdaderas, pero eso no tenía importancia; no era necesario que fueran permanentes.

Basándose en una lista, Barthold agregó a continuación algunas marcas identificatorias de las que Bairthre carecía, y guito otras que no compartían. Una operación de electrólisis eliminó la diferencia representada por la calvicie incipiente de Barthold.

Cuando todo estuvo terminado, inyectó un revitalizador en las venas de Bairthre y aguardó. Momentos después el irlandés gruñó, frotándose la cabeza atosigada de hipnosis, y dijo en inglés moderno:

—¡Vaya, hombre! ¿Con qué me golpeaste?

—No te preocupes por eso —dijo Barthold—. Vamos al grano.

Y le explicó brevemente su plan para hacerse de una fortuna a expensas de la Compañía Aseguradora ínter-temporal.

—¿Y pagarán? —preguntó Bairthre.

—Sí, si no pueden probar que hay fraude.

—¿Y pagarán tanto?

—Sí. He verificado todo. La compensación por doble indemnización es fantástica.

—Eso es lo que no comprendo —dijo Bairthre—. ¿Qué es doble indemnización?

—Se produce —dijo Barthold— cuando un hombre, al viajar por el pasado, tiene la desgracia de pasar por un desperfecto de espejo en la estructura cronológica. Es un accidente muy raro, pero cuando se produce resulta catastrófico. Un solo hombre ha entrado al pasado, y salen dos, perfectamente idénticos.

—¡Oh! —exclamó Bairthre—. Entonces, eso es doble indemnización.

—Como deseas, querido —concedió Mavis, gravemente.

—Exceptuando, claro está, lo de... Quiero decir, en cuanto a... ¡Al diablo con todo! Mavis ¿de veras no puedes reconocerme?

—Claro que puedo, querido —dijo Mavis—. Una esposa siempre reconoce a su marido. Y dirigió a Bairthre una mirada fugaz, que éste devolvió con interés.

—Me alegro —dijo Barthold—. Ahora tengo que llamar á la compañía de seguros.

Pasó a la habitación contigua.

—Así que usted es pariente de mi esposo —dijo Mavis a Bairthre—. ¡Qué parecidos son!

—Pero en realidad yo soy muy diferente —le aseguró Bairthre.

—¿De veras? ¡Se le parece tanto! Dudo que se le diferencie en algo.

—Se lo probaré.

—¿Cómo?

—Cantándole una canción de la antigua Irlanda —dijo Bairthre.

Y se dedicó a ello de inmediato, con una hermosa voz de tenor. No era precisamente lo que Mavis había pensado. Pero cualquier persona tan idéntica a su esposo debía ser obtusa en ciertos aspectos.

Oyó que Barthold decía en el otro cuarto:

—Hola, ¿la Compañía Aseguradora Intertemporal? Con el señor Gryns, por favor. ¿Señor Gryns? Habla Everett Barthold. Parece que ha ocurrido algo bastante lamentable...

En las oficinas de la Compañía Aseguradora Intertemporal hubo consternación y confusión y desconcierto, y rápidos telefonemas de aseguradores: los dos Everett Barthold entraban con idénticas sonrisitas nerviosas.

—Es el primer caso en quince años —dijo el señor Gryns—. ¡Oh, Dios! Os someteréis a un examen completo, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Barthold.

—Por supuesto —dijo Barthold.

Los doctores los pincharon y los manosearon. Hallaron entre ellos algunas diferencias, que registraron con largos nombres latinos. Pero todas respondían a las variaciones normales entre identidades temporales, y no había papeleo que pudiera remediar eso. Entonces les llegó el turno a los psiquiatras de la empresa.

Ambos hombres respondían a todas las preguntas con lentitud y cautela. Bairthre no perdía la calma ni la inteligencia. Contestó despacio pero bien, utilizando el conocimiento hipnótico de Barthold, y lo mismo hizo éste.

Los ingenieros de la Intertemporal verificaron el reloj del Flipper. Lo desarmaron y volvieron a armarlo. Examinaron los controles, dispuestos en presente, en 1912, 1869, 1676 y 1595. También se había marcado (ilegalmente) el año 662, pero el reloj temporal indicaba que esa fecha no había sido activada. Barthold explicó que había movido accidentalmente el control, optando por dejarlo así.

Era sospechoso, pero no se le podía entablar juicio.

Se había empleado mucha energía, según señalaron los ingenieros. Pero el reloj temporal indicaba detenciones sólo hasta 1595. Volvieron a someter el reloj temporal a nuevas pruebas de laboratorio.

Después, los ingenieros revisaron el interior del Flipper, centímetro a centímetro, pero no hallaron nada sobre qué basarse para una demanda. Barthold había tomado la precaución de arrojar la maleta parda, con todo su contenido, en el canal inglés, al abandonar el año de 662.

El señor Gyns ofreció un acuerdo, que los dos Bartholds rechazaron. Ofreció otros dos, igualmente descartados. Y finalmente admitió la derrota.

La última conferencia tuvo lugar en la oficina de Gyns. Los dos Bartholds, sentados a ambos lados del escritorio, parecían ligeramente cansados de todo el asunto. Gyns tenía el aspecto de quien ve descomponerse un mundo perfectamente ordenado y predecible.

—No logro entenderlo —dijo—, El peligro de pasar por un desperfecto de espejo, en los años que usted recorrió, es de una probabilidad en un millón.

—Creo que nos tocó esa probabilidad —dijo Barthold, y Bairthre asintió.

—Pero en cierta forma no parece que... Bueno, a lo hecho, pecho. ¿Habéis decidido la cuestión de vuestra coexistencia?

Barthold le entregó el papel firmado por Bairthre en 662.

—Es él quien partirá, en cuanto reciba su indemnización.

—¿Está de acuerdo con eso, señor? —preguntó Gyns a Bairthre.

—Sin duda —respondió éste—. De cualquier modo, esta época no me gusta.

—¿Cómo, señor?

—Es decir —explicó Bairthre apresuradamente—, quiero decir que siempre pensé que me gustaría vivir en otra época, ¿me comprende? Íntimamente soñé vivir en algún lugar tranquilo, natural, entre personas simples, todo eso...

—Comprendo —dijo el señor Gyns.

Parecía dudar; en seguida inquirió, dirigiéndose a Barthold:

—¿Y usted piensa del mismo modo, señor?

—En efecto —respondió Barthold—. Yo siento los mismos deseos íntimos, pero uno de nosotros debe quedarse aquí, por cuestiones de responsabilidad, ya me comprende, y yo he aceptado.

—Comprendo —repitió Gyns, aunque el tono de su voz revelaba claramente que no comprendía en absoluto—. Ejem. Bien. En este momento se están procesando los cheques, caballeros. Un trámite completamente mecánico. Podréis pasar a buscarlo mañana por la mañana..., siempre en la suposición de que no se presenten indicios de fraude antes de ese momento.

Súbitamente, el ambiente pareció congelarse. Los dos Barthold se despidieron del señor Gyns y se marcharon rápidamente.

En silencio, descendieron en el ascensor. Cuando hubieron salido del edificio, Bairthre dijo:

—Fue un error decir aquello de que no me gusta esta época. Lo siento.

—¡Cállate!

—¿En?

Barthold tomó a Bairthre por el brazo y lo metió en un heli automático, con la precaución de no escoger el primero vacío que se le presentó.

Tras indicar Westchester, se volvió a mirar si los seguían. Cuando estuvo seguro de que no era así, revisó el interior del vehículo, para verificar que no hubiera en él fumadoras ni grabadores ocultos. Finalmente dijo:

—¡Grandísimo tonto! ¡Esa fantochada pudo habernos costado una fortuna!

—He hecho cuanto pude —replicó Bairthre, ceñudo—. ¿Qué problema hay ahora? Oh, comprendo, sospechan.

—¡Ése es el problema! Gyns nos ha hecho seguir, sin duda. Si puede descubrir algo, cualquier cosa que sirva para rechazar nuestro reclamo, podemos acabar en el Planetoide Prisión.

—Tendremos que cuidarnos mucho —dijo Bairthre, sobriamente.

—Me alegra que lo entiendas.

Cenaron tranquilamente en un restaurante de Westchester y bebieron en abundancia. Eso les levantó el espíritu; llegaron a la casa de Barthold sintiéndose felices, y enviaron el heli de regreso a la ciudad.

—Esta noche jugaremos a las cartas —dijo Barthold—; charlaremos, tomaremos café y nos comportaremos como si ambos fuéramos Barthold. Mañana iremos a buscar nuestros cheques.

—Muy bien —accedió Bairthre—. Me sentiré contento cuando esté de vuelta. No sé cómo podéis aguantar toda esta piedra y este hierro alrededor. ¡Irlanda, hombre! ¡Un rey en Irlanda, eso seré!

—Ahora no hables de eso.

Barthold abrió la puerta y entraron.

—Buenas noches, querido —dijo Mavis, dirigiéndose a un punto situado exactamente entre los dos.

—¿No habías dicho que podías reconocerme? —comentó ácidamente Barthold.

—Claro que sí, querido —respondió Mavis, volviéndose hacia él con una sonrisa—. Pero no quería ser descortés con el pobre Bairthre.

—Gracias, gentil señora —dijo Bairthre—. Quizá más tarde cante para usted otra canción de la antigua Irlanda.

—Sería magnífico, sin duda —agradeció Mavis—. Querido, te llamó un hombre por teléfono. Volverá a llamar más tarde. Tesoro, he estado viendo avisos de piel de cormorán. El cormorán polar marciano es un poco más caro que el cormorán de canal, pero...

—¿Que me llamó un hombre? —preguntó Barthold—. ¿Quién era?

—No lo dijo. De cualquier modo, luce mucho mejor, y la piel tiene ese brillo iridiscente que sólo...

—¡Mavis! ¿Qué quería?

—Era por el reclamo de doble indemnización. Pero ya está todo arreglado, ¿no?

—Estará arreglado cuando tenga el cheque en mis manos. Ahora repíteme exactamente lo que dijo.

—Bueno, me dijo que llamaba por tu supuesto reclamo a la Compañía Aseguradora Intertemporal.

—¿«Supuesto»? ¿Dijo «supuesto»?

—Ésas fueron sus palabras textuales. «Supuesto reclamo a la Compañía Aseguradora Intertemporal». Dijo que debía hablar contigo inmediatamente, antes de mañana.

Barthold se había puesto gris.

—¿Dijo que volvería a telefonar? —preguntó.

—Dijo que vendría en persona.

—¿De qué se trata? —preguntó Bairthre—. ¿Qué significa? ¡Por supuesto, un investigador de seguros!

En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Los tres Barthold se miraron, enmudecidos.

La campanilla volvió a sonar.

—¡Abra, Barthold! —gritó alguien—. ¡No trate de escabullirse!

—¿No podemos matarlo? —preguntó Bairthre.

—Demasiado complicado —respondió Barthold, tras meditarlo un instante.

—¡Ven! ¡Por la puerta trasera!

—Pero ¿por qué?

—Allí tengo estacionado el Flipper. ¡Iremos al pasado! ¿No comprendes? Si ese hombre tuviera pruebas, ya las habría entregado a la compañía. Sólo tiene sospechas. Probablemente cree que puede enredarme con preguntas. Si podemos escaparle hasta mañana, estaremos salvados.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Mavis.

—Entretenlo —ordenó Barthold, arrastrando a Bairthre por la puerta trasera.

La campanilla sonaba con insistencia en el momento en que Barthold cerró con un golpe la puerta del Flipper y se volvió hacia los controles.

Y entonces notó que los ingenieros de la Intertemporal no le habían devuelto el reloj.

Estaba perdido, completamente perdido. Sin el reloj, no podría llevar el Flipper a ninguna parte. Tuvo un instante de pánico absoluto, pero se recobró, y trató de resolver el problema.

Sus controles estaban aún fijos para Presente, 1912, 1869, 1676, 1595 y 662. Por lo tanto, aun sin el reloj, podía activar manualmente cualquiera de esas fechas. Las leyes federales prohibían viajar sin reloj, pero podían irse al demonio.

Marcó rápidamente 1912 y operó los controles. Desde fuera le llegó el chillido de su esposa. Unos pasos muy pesados cruzaron la casa.

—¡Deténgase! ¡Usted, deténgase! —gritaba el hombre.

Y en ese momento, Barthold se vio rodeado por una película gris interminable. El Flipper descendía velozmente por el tiempo.

Barthold estacionó el Flipper en el Bowery, y entró con Bairthre en una taberna. Allí pidió una cerveza para cada uno y unas tapas para acompañar la bebida.

—Maldito sea ese investigador entrometido —murmuró—. Bueno, por el momento lo hemos despistado. Tendré que pagar una buena multa por manejar un Flipper sin reloj. Pero voy a tener con qué hacerlo.

—Las cosas están ocurriendo con tanta rapidez que no entiendo nada —dijo Bairthre. Tragó un buen sorbo, y meneó la cabeza; luego se encogió de hombros, agregando:

—Iba a preguntarte qué ganamos yendo hacia el pasado, si mañana tenemos que cobrar los cheques de tu época. Pero creo que ya sé la respuesta.

—Por supuesto. Lo que cuenta es el tiempo transcurrido. Si podemos mantenernos ocultos en el pasado por unas doce horas, llegaremos a mi época doce horas después de nuestra partida. Eso evita toda clase de accidentes, como llegar antes de la partida, por ejemplo. Son precauciones rutinarias para el tránsito.

Bairthre, masticando un emparedado de salami, comentó:

—La hipnosis no es muy explícita en cuanto a los viajes en el tiempo. ¿Dónde estamos?

—En Nueva York, 1912. Una época muy interesante.

—Lo único que quiero es volver a la mía. ¿Quiénes son esos hombres corpulentos vestidos de azul?

—Policías —respondió Barthold—. Parecen buscar a alguien.

Dos policías de bigote habían entrado a la taberna, seguidos por un hombre gordísimo cuyas ropas estaban salpicadas de tinta.

—¡Allí están! —gritó Jack Barthold el Rufián—. ¡Arreste a esos gemelos, oficial!

—¿Qué significa esto? —preguntó Everett Barthold.

—Ese armatoste que está afuera, ¿es suyo? —preguntó uno de los policías.

—Sí, pero...

—Todo coincide, entonces. Alguien tiene una orden de arresto contra vosotros dos. Dijo que teníais un cacharro nuevo brillante. Y ofrece una buena recompensa.

—El hombre vino a buscarme directamente —dijo Jack el Rufián—. Le dije que me encantaría ayudarlo..., aunque lo habría echado a empujones, grandísimo puerco, que me vino a insinuar...

—¡Oficial! —rogó Barthold—, ¡no hemos hecho nada!

—Entonces no tenéis nada que temer. Venid sin resistiros.

Súbitamente, Barthold saltó por delante del policía, apartó a Jack de un empujón y salió a la calle. Bairthre, que estaba pensando lo mismo, pisó con fuerza a uno de los policías, golpeó a otro en el estómago con el codo, quitó a Jack el Rufián del camino y siguió a Barthold sin pérdida de tiempo.

Entraron al Flipper, y Barthold marcó el año 1869.

Ocultaron el vehículo como pudieron, en una caballeriza de alquiler situada en cierta calle apartada, y se dirigieron hacia una plazoleta cercana. Se abrieron las camisas, para calentarse bajo el cálido sol de Memphis, y se acostaron de espaldas en el césped.

—Ese investigador debe ocupar un puesto muy importante —dijo Barthold—. De lo contrario no podría llegar a destino antes que nosotros.

—¿Cómo sabe a dónde vamos? —preguntó Bairthre.

—Las etapas de mi viaje anterior están registradas por la Compañía. Sabe que no tenemos reloj, de modo que sólo podemos detenernos en los mismos lugares.

—Entonces no estamos seguros aquí —dijo Bairthre—. Tal vez nos esté buscando.

—Tal vez —dijo Barthold, cansado—. Pero todavía no nos ha atrapado. Unas pocas horas más, y estaremos a salvo. Será de mañana en el presente, y los cheques estarán listos.

—¿Estáis seguros, caballeros? —inquirió una voz suave.

Barthold levantó la vista. Ben Bartholder estaba ante él, con un pequeño revólver en la mano izquierda.

—¡A usted también le ofreció una recompensa! —exclamó Barthold.

—Así es. Y muy tentadora, a decir verdad. Pero no es eso lo que me interesa.

—¿Ah, no?

—No. Lo único que me interesa es saber cuál de vosotros dos me dejó esperando anoche en la taberna.

Barthold y Bairthre intercambiaron una mirada, y volvieron a mirar a Ben Bartholder.

—Eso es lo que quiero —dijo Bartholder—. ¡A mí nadie me insulta! Aunque sea manco, valgo como cualquiera. Necesito al que me dejó. El otro puede marcharse.

Barthold y Bairthre se levantaron. Bartholder retrocedió para apuntarles mejor.

—¿Cuál fue, señores? No soy muy paciente.

Se balanceó levemente; parecía tan maligno y diestro como una víbora de cascabel. Barthold decidió que el revólver estaba demasiado lejos como para intentar la huida. Probablemente el gatillo era muy sensible.

—¡Hablad! —ordenó Bartholder, en tono seco—. ¿Cuál fue de los dos?

Barthold pensaba a todo vapor. Se preguntaba por qué no había disparado todavía, por qué no los mataba a ambos.

De pronto comprendió. Y concibió la única salida.

—Everett —dijo.

—¿Sí, Everett? —respondió Bairthre.

—Ahora nos daremos vuelta al mismo tiempo y volveremos al Flipper.

—Pero el revólver...

—No hará fuego. ¿Cuento contigo?

—Cuenta conmigo —respondió Bairthre, con los dientes apretados.

Se volvieron como soldados en un desfile y comenzaron a caminar lentamente hacia la caballeriza.

—¡Deteneos! —gritó Ben Bartholder—. ¡Deteneos o hago fuego!

—No, no lo hará —gritó Barthold.

Ya estaban en la calle, cerca de la caballeriza.

—¿No? ¿Acaso cree que no tengo valor?

—No se trata de eso —respondió Barthold, dirigiéndose al Flipper—. Usted no es de los que matan a un hombre inocente. Y uno de nosotros es inocente.

Lenta, cuidadosamente, Bairthre abrió la puerta del Flipper.

—¡No me importa! —chilló Bartholder—. ¿Cuál fue? ¡Habla, miserable cobarde! ¿Cuál fue? Voy a disparar. Hablad, u os mataré a los dos, aquí mismo.

—¿Y qué dirán sus amigos? —se mofó Barthold—. Dirán que el manco perdió la cabeza y mató a dos forasteros desarmados.

Ben Bartholder bajó el revólver.

—Rápido, entra —susurró Barthold.

Treparon y cerraron la puerta de un golpe. Bartholder apartó el arma.

—Está bien —dijo Ben Bartholder—. Ha venido dos veces, y creo que volverá. Lo estaré esperando, y la próxima vez lo mataré.

Se volvió y empezó a alejarse.

Debían salir de Memphis, pero ¿a dónde podían ir? No se podía pensar en Konisberg, 1676, con la Peste Negra. Londres, en 1595, estaba poblado por los amigos de Tom Barthal, y cualquiera de ellos degollaría con gusto a Barthold para vengar su traición.

—Retrocederemos hasta el final —dijo Barthold—. Hasta el Castillo de la Doncella.

—¿Y si nos sigue hasta allí?

—No lo hará. La ley prohíbe pasar la barrera de los mil años, y nadie en el ramo de seguros se atrevería a infringir la ley.

—Tal vez no —dijo Bairthre, pensativo—. Tal vez no. Vale la pena probar.

Y Barthold volvió a activar el Flipper.

Esa noche durmieron al aire libre, a medio kilómetro de la fortaleza del Castillo de la Doncella. Se tendieron junto al Flipper, turnándose para montar guardia. Al fin, el sol se levantó, pálido y amarillo, sobre los campos verdes.

—No vino —dijo Bairthre.

—¿Qué? —preguntó Barthold, despertándose sobresaltado.

—¡Despabilate, hombre! Estamos a salvo. ¿Todavía es de mañana en tu presente?

—Es de mañana —dijo Barthold, frotándose los ojos.

—¡Hemos ganado, y yo seré un rey en Irlanda!

—Sí, hemos ganado —confirmó Barthold—. Por fin, la victoria es... ¡Maldito sea!

—¿Qué pasa?

—¡El detective! ¡Allá!

Bairthre miró a través del campo, murmurando:

—No veo nada. ¿Estás seguro de que...?

Barthold lo golpeó en la cabeza con una piedra que había recogido durante la noche con ese propósito.

Se inclinó para buscarle el pulso. El irlandés vivía aún, pero estaría inconsciente por unas cuantas horas. Cuando se recobrara, se descubriría solo y sin reino.

Era una lástima. Pero bajo esas circunstancias, era demasiado riesgoso llevar a Bairthre consigo al presente. Resultaba mucho más fácil ir hasta la Intertemporal a buscar un cheque para Everett Barthold. Media hora después volvería para buscar otro cheque a nombre de Everett Barthold.

¡Y los beneficios serían mucho mayores!

Subió al Flipper y echó una última mirada a su pariente inmóvil. ¡Qué lástima que no pudiera ser un rey de Irlanda! Pero si lo hubiese logrado, tal vez la historia habría juzgado el hecho muy confuso.

Activó los controles y se dirigió directamente hacia el presente.

Reapareció en el patio trasero de su casa. Trepó velozmente dos escalones y golpeó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mavis.

—¡Yo! —gritó Barthold—. ¡Todo está bien, Mavis, todo ha salido perfecto!

—¿Quién es? —preguntó Mavis, abriendo la puerta.

Al verlo lanzó un grito.

—Tranquilízate —dijo Barthold—. Sé que ha sido difícil, pero ya pasó todo. Voy a buscar el cheque y después...

Se interrumpió. Un hombre acababa de aparecer en la puerta, junto a Mavis. Era de baja estatura, de calvicie incipiente y facciones ordinarias; detrás de los anteojos su mirada era mansa.

Era él mismo.

—¡Oh, no! —gruñó Barthold.

—Oh, sí —dijo su doble—. No se puede pasar impunemente la barrera de los mil años, Everett. A veces las leyes están en lo cierto. Soy su doble temporal. Barthold miró fijamente al Barthold de la puerta.

—Quien me perseguía... —dijo.

—Era yo —respondió el doble—. Disfrazado, por supuesto, ya que usted tiene unos cuantos enemigos en el tiempo. ¡Imbécil! ¿Por qué huyó?

—Lo tomé por un detective. ¿Por qué me perseguía?

—Por una sola razón.

—¿Cuál?

—Podríamos haber sido más ricos de lo que nadie puede imaginarse, de no ser porque usted se asustó y se sintió culpable. Pudimos haber ido los tres: usted, Bairthre y yo, a la Intertemporal, para reclamar triple indemnización.

—¡Triple indemnización! —jadeó Barthold—. Nunca pensé en eso.

—Habría sido una suma portentosa, mucho más que la doble indemnización. Usted me desagrada.

—Bueno —dijo Barthold—, a lo hecho, pecho. Al menos podemos cobrar doble indemnización, y decidir...

—Ya recogí los dos cheques y firmé en su nombre. Como usted no estaba...

—En ese caso, le agradecería que me diera mi parte.

—No sea ridículo —dijo el doble.

—¡Pero es mía! Iré a la Intertemporal y les diré...

—No le prestarán atención. Yo he cedido todos sus derechos. Ni siquiera puede quedarse en el presente, Everett.

—¡Usted no puede hacerme esto! —suplicó Barthold.

—¿Por qué no? Fíjese en lo que usted hizo con Bairthre.

—Maldición, usted no puede juzgarme. ¡Usted es yo!

—¿Y quién ha de juzgarlo sino usted mismo? —le preguntó el doble.

Barthold no pudo responder. Se volvió hacia Mavis.

—Querida —dijo—, siempre decías que podías reconocer a tu verdadero marido. ¿Me conoces ahora?

Mavis se volvió para entrar. Barthold vio un brillo de ruumas en torno a su cuello, y no hizo más preguntas.

Barthold y Barthold se miraron de frente. El doble levantó el brazo. Un heli policial, que estaba suspendido a baja altura, descendió a tierra. De él salieron tres policías.

—Lo que temía, oficiales —dijo el doble—. Mi doble cobró su cheque esta mañana, como ustedes saben. Cedió todos sus derechos y regresó al pasado. Supuse que volvería para pedir más.

—No volverá a molestarlo, señor —dijo uno de los policías.

Y dirigiéndose a Barthold, ordenó: —¡Usted! Suba a ese Flipper y salga del presente. La próxima vez que lo veamos, haremos fuego.

Barthold reconoció su derrota. Humildemente, dijo: —Me iría con gusto, oficiales, pero mi Flipper necesita compostura. No tiene reloj temporal.

—Debió haber pensado en eso antes de firmar la cesión —respondió el policía—. ¡Muévase!

—¡Por favor! 70130 Barthold.

—No —respondió Barthold.

No había piedad para él. Y Barthold supo que, en el lugar de su doble, habría hecho exactamente lo mismo.

Trepó al Flipper y cerró la puerta. Contempló sombrío sus posibles elecciones, si podía llamárselas así.

Nueva York, 1912, con sus enloquecedores recuerdos de su propio tiempo, con Jack Barthold el Rufián. O Memphis, 1869, con Bartholder a la espera de su tercera visita. O Konisberg, 1676, con la cara sonriente e inexpresiva de Hans Barthaler y la Peste Negra por toda compañía. O Londres en 1595, donde los crueles amigos de Tom Barthal recorrían las calles en su busca. O el Castillo de la Doncella en 662, donde Connor Lough mac Bairthre lo esperaba para devolverle el golpe.

En realidad, no importaba.

«Esta vez, pensó, dejaré que el lugar me escoja».

Cerró los ojos y oprimió a ciegas un botón cualquiera.

RESISTENCIA

En toda nave, los miembros de la tripulación deben ser amigos. Es necesaria una perfecta armonía para lograr la interacción instantánea que resulta imprescindible en ciertas oportunidades. Un solo error, en el espacio, suele resultar fatal.

Las mejores naves pueden sufrir accidentes; las mediocres no sobreviven. Si se tiene en cuenta este axioma, se comprenderá el estado de ánimo del Capitán Sven al enterarse, cuatro horas antes del despegue, que el radio-operador Forbes se negaba a trabajar con el nuevo suplente.

Forbes no conocía aún al suplente, y no quería conocerlo. Lo oído sobre él le bastaba, y no había nada personal en su actitud, explicó: su negativa se debía puramente a cuestiones raciales.

—¿Está seguro? —preguntó el Capitán Sven, cuando su ingeniero principal le llevó esas noticias al puente de mando.

—Completamente seguro, señor —dijo el ingeniero Hao, un cantones de raza amarilla, menudo y de rostro plano—. Tratamos de resolverlo por nuestra cuenta, pero no logramos hacerlo ceder.

El capitán Sven se dejó caer en su mullida silla con profundo desconcierto. El odio racial, según creía, pertenecía a un pasado remoto. Aquel ejemplo de la vida real era tan extraño como encontrarse con un dragón, una moa o un mosquito.

—¡Racismo en esta época! —dijo—. Realmente, es demasiado ridículo. Es como si me dijeran que se queman herejes en la plaza del pueblo, o que alguien amenaza con hacer la guerra con bombas de cobalto.

—Hasta ahora no había ningún indicio de eso —dijo Hao—; surgió por sorpresa.

—Usted es el miembro más antiguo de la tripulación —dijo Sven—. ¿Ha intentado hacerlo entrar en razones?

—He pasado horas enteras hablando con él —dijo Hao—. Le conté que los chinos odiamos a los japoneses durante muchos siglos, y viceversa. Si nosotros pudimos superar nuestra antipatía en aras de la Gran Cooperación, él debía poder hacerlo.

—¿Sirvió de algo?

—De nada. Dijo que no era lo mismo.

Sven mordió la punta de un cigarro con un gesto vicioso y lo encendió. Tras unas pitadas dijo:

—Bueno, no voy a aguantar algo así en mi nave. ¡Conseguiré otro radiooperador!

—Aquí no será muy fácil, señor —dijo Hao.

Sven arrugó el ceño, pensativo. Estaban en Discaya II, un pequeño planeta perdido entre las Estrellas de la parte sur. Habían descargado allí una partida de piezas para maquinaria, y debían recoger al suplente designado por la Compañía, que era la causa inocente de todo el problema. En Discaya abundaban los hombres experimentados, pero todos eran técnicos en hidráulica, en minería o en materias similares. El único radiooperador del planeta vivía muy feliz con su esposa y sus hijos en un barrio muy agradable, y jamás pensaría en marcharse.

—Ridículo, absolutamente ridículo —dijo Sven—. No puedo prescindir de Forbes, y no dejaré aquí al nuevo tripulante. No sería justo. Además, la compañía podría despedirme. Y con derecho, con derecho. Un capitán debe saber cómo solucionar los problemas que surgen en su nave.

Hao asintió, melancólico.

—¿De dónde proviene Forbes?

—De una granja, cerca de una aldea perdida en la zona montañosa del sur de los Estados Unidos. Georgia, señor. ¿Oyó hablar de ese lugar?

—Creo que sí —dijo Sven, que había seguido un curso de Características Regionales en Upsala, para perfeccionarse como capitán—. Georgia produce cacahuetes y cerdos.

—Y hombres —agregó Hao—. Hombres fuertes y capaces. Hay georgianos en todas las fronteras, en mayor proporción de los que corresponderían por su población. Tienen una reputación insuperable.

—Ya lo sé —dijo Sven—. Y Forbes es un hombre excelente. Pero este racismo...

—No se lo puede considerar como un ejemplo típico —replicó Hao—. Se educó en una comunidad pequeña y aislada, lejos de la corriente principal de la vida americana. Hay comunidades como ésa en todo el mundo, y se aferran a extrañas tradiciones. Recuerdo que en Honan había una aldea donde...

Aquello prometía ser una larga disertación sobre la vida rural en China, y el capitán optó por interrumpir:

—De cualquier modo, me resulta difícil de creer. Y no tienen justificación. Cualquier comunidad, en cualquier parte del mundo, transmite por herencia un cierto sentimiento racial. Pero es responsabilidad de cada uno deshacerse de él cuando entra en la corriente principal de la vida Terráquea. Otros lo han hecho; ¿por qué no puede hacerlo Forbes? ¿Por qué debe complicarnos en su problema? ¿Acaso no se le enseñó nada sobre la Gran Cooperación?

Hao se encogió de hombros.

—¿Quiere hablar con él, capitán?

—Sí. Espere. Antes quiero hablar con Angka.

El ingeniero se marchó. Sven permaneció sumido en sus pensamientos hasta que sonó un golpe en la puerta.

—Adelante.

Angka entró. Era el capataz de carga, un hombre alto y de espléndidas proporciones; su piel tenía el color de las ciruelas maduras; provenía de Ghana, y pertenecía a la más pura raza negra. Además, era un guitarrista de primer orden.

—Supongo que ya conoce el problema —dijo Sven.

—Es lamentable, señor —dijo Angka.

—¿Lamentable? ¡Es una verdadera catástrofe! Usted sabe el riesgo que implicaría despegar en estas condiciones. Su supone que debemos partir en menos de tres horas. No podemos viajar sin radiooperador, y también necesitamos al suplente.

Angka esperó, impasible, mientras Sven sacudía dos centímetros de ceniza de su cigarro.

—Vea, Angka, voy a decirle por qué lo hice llamar.

—Lo imagino, señor —observó Angka con una amplia sonrisa.

—Usted es el mejor amigo de Forbes. ¿No puede convencerlo?

—Hice el intento, capitán. Dios sabe lo que hice. Pero ya sabe usted cómo son los georgianos.

—Parece que no lo sé.

—Son buena gente, señor, pero tercos como muías. Cuando se les pone algo en la cabeza, se acabó. Hace dos días que estoy hablando con Forbes sobre este asunto. Anoche lo emborraché..., sólo por cumplir con mi deber, señor...

—Está bien, siga.

—...Y le hablé como si se tratara de mi propio hijo. Le recordé lo bien que nos llevábamos todos, cuánto nos divertíamos en los puertos, cómo ayudábamos a la Cooperación. Le dije: «Mira, Jimmy, si sigues con eso, arruinarás todo. No es eso lo que pretendes, ¿verdad?», le pregunté. Y él lloraba como un bebé, señor.

—Pero no cambió de idea.

—Dijo que no podía. Que no valía la pena insistir. Que había una sola raza en toda esta galaxia con la que no podía trabajar, y que no tenía sentido seguir hablando de eso. Dijo que su papá se levantaría de la tumba si él hiciera semejante cosa.

—¿Hay alguna probabilidad de que cambie de idea?

—Insistiré, pero no creo que haya posibilidades.

Se marchó. El capitán, con la barbilla hundida en su manaza, miraba otra vez el cronómetro de la nave. ¡Menos de tres horas para despegar!

Levantó el receptor del intercomunicador y solicitó línea directa con la torre del espaciopuerto. Una vez en contacto con el oficial de turno, dijo:

—Quisiera solicitar permiso para quedarme algunos días más.

—Ojalá pudiera autorizarlo, capitán Sven —dijo el oficial—. Pero necesito la pista. Aquí sólo tenemos sitio para una nave interestelar a la vez. Dentro de cinco horas debe llegar una nave minera procedente de Galayo. Probablemente están escasos de combustible.

—Es lo habitual.

—Le diré lo que podemos hacer. Si se trata de un problema mecánico grave, podemos conseguir dos grúas para poner su vehículo en posición horizontal y sacarlo de la pista. Pero podrían pasar varios días antes de que pudiéramos volver a levantarlo.

—Gracias, no se preocupe. Despegaré a horario.

Cortó. No podía permitir que movieran a su nave de ese modo. La compañía le sacaría el pellejo, sin duda.

Pero aún quedaba algo que podía hacer. Algo desagradable, pero necesario. Se levantó, arrojó la colilla apagada del cigarro y salió del puente.

Se encaminó hacia la enfermería de a bordo. El doctor, con su chaquetilla blanca, estaba sentado con los pies sobre el escritorio, leyendo un periódico alemán especializado en medicina, de tres meses atrás.

—Bienvenido, capitán. ¿Gusta un poco de brandy? Estrictamente medicinal.

—Me vendría bien —dijo Sven.

El joven doctor tomó una botella marcada «Cultivo de paludismo», y sirvió dos saludables dosis.

—¿Por qué esa etiqueta? —preguntó Sven.

—Para que los tripulantes no se lleven muestras. Tienen que robar el extracto de limón del cocinero.

El doctor se llamaba Yitzhak Vilkin. Era israelita, graduado en la nueva escuela médica de Bersheba.

—¿Está enterado del problema con Forbes? —preguntó el capitán.

—Como todo el mundo.

—Quería preguntarle si, como oficial médico de a bordo, ha observado en él algún síntoma previo de odio racial.

—Ninguno —respondió Vilkin, prontamente.

—¿Está seguro?

—Los israelitas somos especialistas en captar esa clase de cosas. Le aseguro que esto me tomó completamente por sorpresa. Naturalmente, lo llamé y mantuve con él algunas prolongadas conversaciones.

—¿Cuáles son sus conclusiones?

—Es honesto, capaz, directo y algo simple. Conserva algunas actitudes anticuadas, bajo la forma de tradiciones. Los georgianos montañeses, como usted sabe, tienen muchas costumbres de ese tipo. Los antropólogos de Samoa y de Fiji los han estudiado a fondo. ¿No ha leído La mayoría de edad en Georgia y Tradiciones de las montañas de Georgia?

—No tengo tiempo para eso —dijo Sven—. Ya tengo bastante que hacer con dirigir esta nave, como para ponerme a leer sobre la psicología de cada tripulante.

—Comprendo, capitán —dijo el doctor—. Bueno, esos libros están en la biblioteca de a bordo, si quiere echarles una mirada. No se me ocurre cómo ayudarlo. La reeducación lleva tiempo. Y de cualquier modo soy oficial médico, no psicólogo. Concretamente, el hecho es éste; hay una raza con la que Forbes no puede trabajar, porque despierta en él toda su antigua hostilidad racial. Por desgracia, el nuevo tripulante pertenece a esa raza.

—Tendré que dejar aquí a Forbes —dijo Sven, abruptamente—. El oficial de comunicaciones puede aprender a manejar la radio. Forbes tendrá que tomar la próxima nave con destino a Georgia.

—No se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Forbes es muy apreciado entre la tripulación. Lo consideran terriblemente porfiado, pero no se sentirían a gusto si tuvieran que partir sin él.

—¡Más inconvenientes! —musitó el capitán—. Es peligroso, muy peligroso. Pero, diablos, no puedo dejar al suplente aquí. ¡No lo haré, no es justo! ¿Quién manda aquí, Forbes o yo?

—Es una buena pregunta —observó Vilkin.

Y agachó rápidamente la cabeza, pues el capitán, irritado, acababa de arrojarle el vaso.

El capitán Sven fue a la biblioteca de a bordo, y allí echó un vistazo sobre La mayoría de edad en Georgia y Tradiciones de las montañas de Georgia. No parecían ser de mucha ayuda. Permaneció pensativo durante un instante, y luego volvió a mirar su reloj. ¡Faltaban dos horas para despegar! Se dirigió a toda prisa hacia el Cuarto de Navegación.

Allí estaba Ks'rat, originario de Venus. Ks'rat estaba encaramado en un banquillo, e inspeccionaba los instrumentos auxiliares de navegación. Sostenía un sextante con tres manos, mientras lustraba los espejos con el pie, que era el más diestro de sus miembros. Al ver entrar a Sven tomó un color pardo-anaranjado, en señal de respeto por su autoridad, para volver en seguida a su tono verde habitual.

—¿Cómo anda todo? —preguntó Sven.

—Muy bien —dijo Ks'rat—, aparte del problema con Forbes, por supuesto.

Para hablar, utilizaba una caja de sonidos de operación manual, puesto que los venusianos no tienen cuerdas vocales. En un principio, esas cajas emitían sonidos ásperos y metálicos. Pero desde entonces los venusianos las habían perfeccionado, y la «voz» venusiana típica era, en la actualidad, un murmullo aterciopelado y suave.

—Precisamente vengo a hablarle de Forbes —dijo Sven—. Usted no es terráqueo. A decir verdad, tampoco es humano. Pensé que tal vez usted pudiera aclarar un poco el problema, indicar algo que yo pueda haber olvidado.

Ks'rat meditó un momento, y en seguida se volvió gris, lo que indicaba incertidumbre.

—Creo que no puedo serle de gran ayuda, capitán Sven. En Venus no conocemos los problemas raciales. Aunque se podría considerar que la situación de los sclarda es similar...

—No exactamente —dijo Sven—; ése es un problema de tipo religioso.

—En ese caso, no tengo otra idea. ¿Ha tratado de hacerlo razonar?

—Ya lo han intentado todos los demás.

—Tal vez usted tuviera más suerte, capitán. Como símbolo de autoridad, podría suplantar en él al símbolo del padre. Con esa ventaja, trate de hacerle comprender la verdadera base de su reacción emocional.

—No hay ninguna base para un odio racial.

—En términos de lógica abstracta, tal vez no. Pero en términos humanos, quizás encuentre una respuesta y una clave. Trate de descubrir qué es lo que Forbes teme. Tal vez si usted puede ponerlo en un contacto más directo y real con sus propios motivos, entrará en razones.

—Tendré en cuenta todo eso —dijo Sven, con cierto sarcasmo que no halló ecos en el venusiano. El intercomunicador dejó oír la señal de llamada al capitán. Era el primer oficial.

—¡Capitán! De la torre preguntan si despegamos a horario.

—Sí —respondió Sven—. Prepare la nave.

Y colgó el tubo. Ks'rat se tornó rojo brillante, lo que equivalía, en un venusiano, a alzar las cejas.

—Estoy condenado; despegue o no —dijo Sven—. Gracias por sus consejos. Voy a hablar con Forbes.

—A propósito —dijo Ks'rat—, ¿de qué raza es ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El suplente que Forbes no quiere ver.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? —gritó Sven, súbitamente colérico—. ¿Cree usted que no tengo nada que hacer, salvo sentarme a inspeccionar los antecedentes raciales de cada tripulante?

—Podría tener importancia.

—¿En qué? Quizás odia a los mongólicos, a los paquistanos, a los neoyorquinos o a los marcianos. ¿Qué me importa saber cuál es la raza que eligió esa cabecita hueca y apestada?

—Buena suerte, capitán Sven —dijo Ks'rat, mientras Sven salía velozmente.

James Forbes hizo el saludo al entrar al puente, aunque no era la costumbre en la nave de Sven, y esperó, atento. Era un joven alto y delgado, con cabellos de estopa, piel clara y pecosa. Todo en él parecía dócil» maleable, complaciente. Todo, salvo los ojos, muy fijos, de color azul oscuro. Sven no sabía cómo empezar. Pero fue Forbes quien habló el primero.

—Señor —dijo—. Quiero manifestarle que me siento muy avergonzado. Usted ha sido muy bueno como capitán, uno de los mejores, y ésta ha sido siempre una nave feliz. Me siento miserable por actuar así.

—Entonces, ¿ha cambiado de idea? —preguntó Sven, con una chispa de esperanza.

—Ojalá pudiera hacerlo, de veras. Daría mi brazo derecho por usted, capitán, y todo lo que poseo.

—No quiero su brazo derecho. Sólo quiero que trabaje con el nuevo.

—Eso es lo único que no puedo hacer —dijo Forbes, con tristeza.

—¿Por qué diablos no puede? —rugió Sven, olvidando sus intenciones de emplear la psicología.

—Usted no sabe cómo somos los montañeses de Georgia —dijo Forbes—. Así me educó mi papá, bendita sea su memoria. Pobre viejito, se levantaría de la tumba si yo desobedeciera su última voluntad. Sven sofocó una maldición.

—Usted sabe en qué posición me deja esto, Forbes —dijo—. ¿Puede ofrecerme alguna solución?

—Hay una sola, señor Angka y yo nos marchamos. Es preferible una tripulación escasa antes que una poco dispuesta a cooperar.

—¡Un momento! ¿Angka se va con usted? ¿Qué problema tiene él?

—Ninguno, señor. Pero somos compañeros desde hace cinco años, desde que nos conocimos en el carguero Stella. Donde va uno, va el otro también.

En el tablero de control de Sven se encendió una luz roja, indicando que la nave estaba lista para despegar. El la ignoró.

—No puedo dejar que os vayáis los dos —dijo—. Forbes, ¿por qué no quiere trabajar con el nuevo?

—Problemas raciales, señor —dijo Forbes, tieso.

—Escúcheme bien. Sirvió bajo mis órdenes, y yo soy sueco. ¿Eso le ha molestado?

—De ningún modo, señor.

—El oficial médico es israelita. El navegante es venusiano, el ingeniero, chino. En esta tripulación hay rusos, neoyorquinos, polinesios, africanos y otros. Hombres de cualquier raza, credo y color. Y ha trabajado con ellos.

—Claro que sí. Desde muy chicos, los montañeses de Georgia ansiamos trabajar con todas las diferentes razas. Es nuestra herencia. Así me educó mi padre. Pero no puedo trabajar con Blake.

—¿Quién es Blake?

—El nuevo, señor.

—¿De dónde proviene? —preguntó Sven, cansado.

—De las montañas de Georgia, señor.

Por un momento, Sven creyó haber oído mal. Miró fijamente a Forbes, que desvió la vista, nervioso.

—¿De la zona montañosa de Georgia?

—Sí, señor; creo que no vivía muy lejos de donde yo nací.

—Y ese hombre, Blake, ¿es blanco?

—Por supuesto, señor. Descendiente de blancos anglo-escoceses, igual que yo.

Sven tuvo la sensación de quien descubre un mundo nuevo, nunca hollado por la civilización. Le sorprendía descubrir que costumbres tan extrañas debieran encontrarse en la Tierra, y no en otros sitios de la galaxia.

—Pensé que todos sabían cómo somos los montañeses de Georgia, señor. En la región de donde provengo, abandonamos el hogar a los dieciséis años, y no regresamos jamás. Nuestras costumbres nos indican trabajar y convivir con cualquier raza, excepto la nuestra.

—¡Oh! —exclamó Sven.

—El nuevo, Blake, es un georgiano blanco, de las montañas. Estaba en la obligación de revisar la lista de la tripulación y no anotarse. Es culpa suya, en realidad; pero si él prefiere pasar por sobre las costumbres, nada puedo hacer.

—Pero ¿por qué no podéis trabajar con vuestra propia raza? —preguntó Sven.

—Nadie lo sabe, señor. Es una costumbre que ha pasado de padres a hijos por cientos de años, desde la guerra de Hidrógeno.

Sven lo miró fijamente. Empezaba a tener una idea.

—Forbes, ¿tiene alguna... ejem... impresión personal sobre los negros?

—Sí, señor.

—Descríbala.

—Bueno, los montañeses de Georgia sostenemos que el negro es el amigo natural del blanco. Es decir, los blancos podemos llevarnos bien con los chinos, los marcianos, y demás, pero entre el blanco y el negro hay algo especial.

—Siga —ordenó Sven.

—Es difícil de explicar, señor. Se trata de que... Bueno, las cualidades de las dos razas parecen combinarse como las ruedas de un mecanismo. Hay un entendimiento particular entre ellos.

—¿Sabía —dijo Sven con suavidad— que en otros tiempos, hace muchos años, sus antepasados consideraron al negro como un ser inferior? ¿Que crearon leyes para impedirles el trato con los blancos? ¿Y que, cuando el resto del mundo descartó sus prejuicios, ellos siguieron así, precisamente hasta que estalló la guerra de Hidrógeno?

—¡Eso es mentira, señor! —gritó Forbes—. Lo siento, no quiero tratarlo de mentiroso, señor, pero eso no es cierto. Los georgianos siempre hemos...

—Puedo demostrarle que es cierto; todo eso figura en libros de historia y estudios antropológicos. Hay varios en la biblioteca, si quiere verlos.

—¡Libros yanquis!

—Le mostraré libros del sur, también. Es verdad, Forbes, y no tiene por qué avergonzarse de ello. La educación es un proceso largo y lento. Y hay muchas otras cosas por las que puede estar orgulloso de su raza.

—Sí, esto es verdad —observó Forbes, dudando—; ¿qué fue lo que pasó?

—Está en el libro de antropología. Debe saber que durante la guerra, Georgia recibió el impacto de una bomba de hidrógeno que debía caer en Norfolk.

—Sí, lo sé, señor.

—Tal vez no sepa que la bomba cayó en el medio de lo que se llamaba el Cinturón Negro. Murieron muchos blancos. Pero casi toda la población negra de ese sector de Georgia fue eliminada.

—No lo sabía.

—Crea en lo que le digo: antes de la guerra de hidrógeno hubo campañas racistas, linchamientos, mucha hostilidad entre blancos y negros. De pronto, los negros desaparecieron..., habían muerto. Esto provocó un gran complejo de culpa entre los blancos, particularmente en las comunidades aisladas. Los blancos más supersticiosos se creyeron espiritualmente responsables por esa eliminación total, y como eran muy religiosos, eso los afectó profundamente.

—Pero ¿qué les importaba, si odiaban a los negros?

—¡No los odiaban, allí está el asunto! No querían casamientos mixtos, competencia económica ni cambio de jerarquías. Pero no los odiaban. Al contrario, tenían razón cuando afirmaban querer a los negros más que los nortños «liberales». Eso creó un serio conflicto. En una comunidad aislada como la suya, dio lugar a la costumbre de trabajar fuera de la zona, con cualquier raza, salvo con la propia. En el fondo estaba el complejo de culpa.

Las mejillas pecosas de Forbes estaban cubiertas de sudor.

—No puedo creerlo —dijo.

—Forbes, ¿le he mentado alguna vez?

—No, señor.

—Entonces, ¿me creerá si le juro que es verdad?

—Pues... trataré, capitán.

—Ahora ya sabe a qué se debe esa costumbre. ¿Trabjará con Blake?

—No sé si podré.

—¿Hará el intento?

Forbes se mordió los labios, incómodo.

—Haré el intento, capitán. No sé si puedo, pero trataré. Y lo hago por usted y por la tripulación, no por lo que usted dijo.

—Haga el intento —dijo Sven—. Es todo lo que le pido.

Forbes asintió, y marchó de prisa. De inmediato Sven indicó a la torre que estaba preparándose para despegar.

Abajo, en las habitaciones de la tripulación, Blake y Forbes se conocieron. El suplente era alto, moreno, y se lo veía inquieto.

—Mucho gusto —dijo Blake.

—Mucho gusto —dijo Forbes.

Los dos hicieron un gesto como para estrecharse la mano, pero no lo completaron.

—Yo vivía cerca de Pompey —dijo Forbes.

—Yo soy de Almira.

—Somos casi vecinos —dijo Forbes, con disgusto.

—Temo que sí.

Se observaron en silencio. Después de una larga pausa, Forbes siguió:

—No puedo hacerlo, no puedo.

Y se volvió para marcharse. De pronto se detuvo y balbuceó:

—¿Eres blanco puro?

—No puedo afirmarlo —respondió Blake—. Tengo un octavo de sangre cherokee por parte de mi madre.

—Cherokee, ¿eh?

—Así es.

—Bueno, hombre, ¿por qué no lo dijiste antes? Conocí a un cherokee de Althahatchíe, llamado Tom Osito Sentado. ¿No serás pariente?

—No creo —dijo Blake—. No conozco a ningún cherokee, personalmente.

—Bueno, eso no importa. Debieron decirme antes que eras cherokee. Ven, te mostraré tu litera.

Cuando informaron del incidente al capitán, varias horas después del despegue, éste se mostró completamente perplejo. ¿Cómo era posible que una octava parte de sangre cherokee bastara para convertir a un hombre en cherokee? ¿Acaso los otros siete octavos no eran más representativos?

Finalmente, llegó a la conclusión de que los norteamericanos del sur eran absolutamente incomprensibles.

EL INVASOR DE LA ALBORADA

Aquel sistema se componía de once planetas, y Dillon descubrió que en los externos no había vida de ninguna especie. El cuarto planeta, contando desde el sol, había estado poblado alguna vez; el tercero llegaría a eso con el tiempo. Pero el segundo, un globo azul con un sólo satélite, albergaba vida inteligente, y hacia él dirigió su nave.

Se aproximó a hurtadillas, deslizándose a través de la atmósfera en un manto de oscuridad, y descendió entre espesas nubes de lluvia, confundándose con ellas. Aterrizó con esa suavidad que sólo un terráqueo es capaz de lograr.

Cuando su nave se detuvo al fin, era la hora que precede al amanecer; es entonces cuando la mayoría de los seres vivientes (no importa qué planeta los haya engendrado)

se encuentran más desprevenidos, y es, por lo tanto, la hora más segura. Al menos, eso le había dicho su padre antes de partir. Invadir antes de la aurora: era parte de la sabiduría popular de la Tierra, un conocimiento arduamente adquirido a fin de sobrevivir en planetas extraños.

—Pero toda esta sabiduría es falible —le había recordado su padre—, porque se refiere al menos predecible de todos los seres: el ser inteligente.

Y el anciano había acompañado esta afirmación con un sentencioso ademán de la cabeza.

—No lo olvides, muchacho —continuó—: puedes burlar a un meteorito, predecir una edad glacial, adivinar el comportamiento de una nova. Pero di, sinceramente: ¿qué puedes saber sobre esos seres desconcertantes y en perpetua mutación que poseen inteligencia?

No era mucho, y Dillon lo comprendió. Pero tenía fe en su propia juventud, en su fuego, en su astucia, y confiaba en la invasión técnica terráquea, que no tenía precedentes. Con esa habilidad especial, los terráqueos podían abrirse camino hasta la cumbre de cualquier ambiente, por muy extraño y muy hostil que fuera.

Dillon había aprendido desde su nacimiento que la vida es un combate incesante. Sabía que la galaxia es vasta y poco amistosa, compuesta en su mayor parte por soles incandescentes y espacio vacío. Pero a veces se encuentran planetas, y sobre esos planetas existen razas, muy distintas en apariencia y color, pero con una característica en común: el odio por todo lo que se diferencia de ellas. No había cooperación posible con tales razas. Todo terráqueo que quisiera vivir entre ellas necesitaba un máximo de habilidad, vigor intelectual y astucia. Y aun así, era imposible sobrevivir sin la devastadora técnica terrestre de la invasión.

Dillon había sido un buen estudiante, ansioso por salir a la gran galaxia, al encuentro de su destino. Tras enrolarse para el Éxodo sin esperar a que lo citaran, había recibido su propia nave espacial, para salir de inmediato, como los millones de jóvenes que le precedieran, abandonando para siempre la pequeña Tierra superpoblada. Había volado hasta acabar su combustible. Y ahora se encontraba ante su destino.

La nave descansaba en un matorral, cerca de una aldea cuyos techos de paja eran casi invisibles entre la densa maleza. Permaneció a la espera, controlando sus nervios, hasta que asomó el alba, blanca, con leves destellos rosados de aurora. Pero nadie se aproximó, no cayeron bombas, no estallaron granadas. Supuso, por lo tanto, que había llegado sin que lo advirtieran.

Cuando el sol amarillo del planeta tocó el borde del horizonte, Dillon salió a estudiar sus alrededores. Olfateó el aire, probó la gravedad, calculó el espectro y la energía solares, y meneó tristemente la cabeza. Como casi todos los planetas de la galaxia, tampoco aquél era apto para la vida terrestre. Debía completar su invasión en una hora, aproximadamente.

Oprimió un botón en el tablero de instrumentos y se alejó rápidamente. A su espalda, la nave se disolvió en una ceniza gris. Las cenizas se dispersaron en la brisa matinal, perdiéndose sobre la jungla. Desde ese momento estaba obligado a actuar. Se dirigió hacia la aldea.

Al aproximarse, pudo ver que las chozas eran toscas construcciones de paja y madera; había unas pocas de piedra tallada a mano. Parecían resistentes y adecuadas al clima. No se veían señales de carreteras; sólo un sendero que penetraba en la jungla. Tampoco había instalaciones de energía ni artículos manufacturados. Aquella debía ser una civilización primitiva, y no encontraría dificultades para dominarla.

Se adelantó, confiado, y estuvo a punto de tropezar con un extraño.

Se miraron mutuamente. El extraño era bípedo, mucho más alto que los terráqueos y de buena capacidad craneana. Usaba sólo una prenda rayada sujeta a la cintura. La piel era de color pardo claro bajo el pelaje gris. No mostró intenciones de huir.

—¡Tr tai! —dijo la criatura.

Dillon interpretó esos sonidos como una exclamación de sorpresa. Se apresuró a mirar en su torno, pero ningún otro aldeano lo había descubierto. Con el cuerpo ligeramente tenso, se inclinó hacia adelante.

—K'tal tai a...

Dillon saltó como un gran resorte desplegado. El extraño trató de esquivarlo, pero él giró en el aire como un gato, y se las compuso para aferrar uno de los miembros de su contrincante.

Era todo lo que hacía falta. Ya habían establecido contacto físico. El resto sería fácil.

Durante cientos de años, la explosión demográfica había forzado a los habitantes de la Tierra a emigrar, en número creciente. Pero de cada diez mil planetas, sólo uno era adecuado para la vida humana. Por lo tanto, la Tierra consideró la posibilidad de alterar los ambientes que resultaran extraños para adecuarlos a las necesidades terrestres, o de cambiar biológicamente a los hombres para que pudieran ajustarse a los nuevos ambientes. Pero existía un tercer método; rendía los mejores resultados con el menor esfuerzo. Se trataba de desarrollar la tendencia a la proyección mental, que existía en estado latente en todas las razas provistas de inteligencia.

La Tierra las desarrolló, adiestrándolas. Con esa facultad, cada terráqueo podía vivir en cualquier planeta, con sólo tomar posesión mental de uno de sus habitantes. Una vez logrado esto, gozaba de un cuerpo hecho a medida para su ambiente y equipado con informaciones útiles e interesantes, y cuando un terrestre lograba establecerse, su gusto por la competencia lo llevaba generalmente a una posición destacada dentro del mundo que había invadido.

Había un solo obstáculo: los extra terrestres solían disgustarse ante esa invasión mental. Y a veces eran capaces de defenderse.

En el primer instante de la penetración, Dillon sintió, con profunda pena, que su propio cuerpo cedía, plegándose sobre sí mismo. Se disolvía inmediatamente, sin dejar huella. Sólo él y su huésped sabrían que se había producido una invasión.

Y por fin, solamente uno de ellos guardaría conciencia de lo que ocurriera.

Dentro de la mente extraña, Dillon se concentró por completo en la tarea que tenía por delante. Las barreras cayeron, una tras otra, en tanto él penetraba hacia el centro, donde existía el yo-soy-yo. Una vez que entrara en esa ciudadela, toda vez que lograra expulsar el ego que al presente la ocupaba, el cuerpo sería suyo.

Las defensas, apresuradamente alzadas, se disolvieron ante él. Por un instante, Dillon pensó que ese primer impulso feroz lo llevaría hasta el final. Pero de pronto se encontró sin rumbo, vagando por una tierra de nadie, gris e informe.

El extraño se había recobrado de la sorpresa inicial. Dillon pudo sentir que iba recuperando lentamente las energías.

Ya estaba preparado para luchar.

Parlamentaron en la tierra de nadie de la mente del extraterrestre.

—¿Quién eres?

—Edward Dillon, del planeta Tierra. ¿Y tú?

—Arek. Este planeta se llama K'egra. ¿Qué buscas aquí, Dillon?

—Un poco de espacio para vivir, Arek —dijo Dillon, sonriendo ampliamente—. ¿Puedes facilitármelo?

—Maldito sea... ¡Sal de mi mente!

—No puedo —dijo Dillon—. No tengo adonde ir.

—Comprendo —musitó Arek—. Es duro. Pero nadie te invitó. Y algo me dice que buscas algo más que sitio para vivir. Quieres todo, ¿verdad?

—Debo tener el dominio —admitió Dillon—. No puede ser de otra manera. Pero si no luchas, tal vez pueda dejar espacio para ti, aunque no es lo acostumbrado.

—¿No lo es?

—Claro que no —dijo Dillon—. Dos razas diferentes no pueden coexistir. Es la ley de la naturaleza. El más fuerte expulsa al más débil. Pero tal vez decida hacer la primera prueba contigo.

—No quiero favores —dijo Arek, e interrumpió el contacto.

El gris de la tierra de nadie se convirtió en una neblina densa. Y Dillon, que aguardaba la batalla inminente, sintió las primeras punzadas de la vacilación.

Arek era primitivo. Seguramente no tenía ninguna experiencia en combates mentales. Sin embargo, había apreciado la situación de inmediato, ajustándose a ella, y ya estaba preparado para enfrentarlo. Probablemente sus esfuerzos serían débiles, pero aún así... ¿Qué clase de criatura era ésa?

Estaba de pie en una ladera rocosa, rodeada por precipicios irregulares. A lo lejos se veía una alta cadena de montañas en un azul neblinoso. El sol, contra sus ojos, era cálido y cegador. Una mota negra trepaba por la cuesta en su dirección.

Dillon apartó una piedra de un puntapié, mientras esperaba que la mota cobrara forma. Tal era el esquema del combate mental, donde los pensamientos cobran apariencia física y las ideas son cosas palpables.

La mota se convirtió en un k'egreno. Súbitamente se inclinó sobre Dillon, enorme, relucientes los músculos, armado con espada y puñal.

Dillon retrocedió, esquivando el primer golpe. La lucha se desarrollaba dentro de un esquema fácil de reconocer... y de controlar. Los extraterrestres conjuraban, habitualmente, una imagen idealizada de la propia raza, con atributos magnificados y aumentados. La figura era invariablemente aterradora, sobrehumana, irresistible. Empero tenía una sutil imperfección, por lo común. Dillon decidió contar con que este caso no sería una excepción.

El k'egreno arremetió. Dillon lo esquivó, se echó al suelo y la emprendió a golpes con ambos pies, dejando el cuerpo momentáneamente expuesto. El k'egreno trató de parar y de devolver el ataque, pero fue demasiado lento. La bota de Dillon golpeó violentamente contra su estómago.

Dillon, exultante, saltó hacia adelante. ¡Ése era el punto débil!

Corrió por debajo de la espada, esquivó la estocada y, mientras el k'egreno trataba de ponerse en guardia, le quebró limpiamente el cuello mediante dos golpes dados con el canto de la mano.

El k'egreno cayó, haciendo temblar el suelo. Dillon lo miró morir, con cierta simpatía; la imagen del luchador racial idealizado era más grande que la real, más fuerte, brava y resistente. Pero siempre revelaba cierta ponderación, una segura y terrible majestad. Como imagen era excelente, pero no como artefacto de guerra. Implicaba lentitud en las reacciones, y eso llevaba a la muerte.

El gigante muerto se desvaneció. Dillon, por un momento, creyó haber ganado. Pero entonces oyó un bufido a su espalda. Se volvió rápidamente; era una bestia larga y baja, de lomo negro, similar a una pantera; tenía las orejas echadas hacia atrás, y mostraba los dientes.

Por lo visto, Arek tenía reservas. Pero Dillon sabía que esa clase de lucha requiere demasiada energía. En poco rato, las reservas del extra terrestre estarían agotadas. Y entonces...

Dillon recogió la espada del gigante y retrocedió ante la pantera, hasta encontrar una roca contra la cual apoyó la espalda. Al frente había otra roca que se elevaba hasta su cintura, sirviéndole de parapeto, y la pantera tuvo que saltarla. El sol pendía ante él, contra sus ojos, y una ligera brisa le echaba polvo a la cara.

Levantó la espada en el preciso momento en que la pantera saltaba.

En las lentas horas que siguieron, Dillon destrozó un muestrario completo de las especies más mortíferas del planeta K'egra; las trató como había tratado a sus similares conocidas en la Tierra. El rinoceronte (al menos, eso parecía) ofreció pocas dificultades, a

pesar de su velocidad y de su tamaño formidable. Logró atraerlo hasta el borde de un precipicio, por donde cayó al lanzarse contra él. La cobra fue más peligrosa; estuvo a punto de escupirle veneno en los ojos antes de que pudiera partirla en dos mitades. El gorila era poderoso, fuerte y extraordinariamente rápido. Pero no tuvo oportunidad de utilizar sus manos trituradoras, pues Dillon no dejó de bailotear delante de él hasta reducirlo a pedazos. El tiranosaurio era tenaz, y contaba con su armadura; hizo falta provocar una avalancha para enterrarlo. Dillon perdió la cuenta de los otros. Pero al fin, enfermo de fatiga, reducida su espada a una astilla mellada, quedó solo.

—¿Te das por vencido, Dillon —preguntó Arek.

—En absoluto —respondió Dillon, con los labios ennegrecidos por la sed—. No puedes seguir luchando eternamente. Hasta tu vitalidad tiene límites.

—¿Estás seguro? —preguntó Arek.

—No puede quedarte mucha —dijo Dillon, tratando de demostrar una confianza que no sentía—. ¿Por qué no te muestras razonable? Te dejaré sitio, Arek, de veras. Yo... bueno, en cierto modo te respeto.

—Gracias, Dillon —replicó Arek—. También yo a ti. Bien, si te das por vencido...

—No —dijo Dillon—. Acepta mis condiciones.

—¡Está bien, tú lo quisiste!

—Adelante —murmuró Dillon.

De pronto, la ladera rocosa se desvaneció.

Se encontró hundido hasta la rodilla en un pantano gris. En el agua verde y quieta crecían grandes árboles nudosos, rodeados por rosales silvestres. Los lirios, blancos como el vientre de los peces, se balanceaban estremecidos, aunque no soplabla la menor brisa. Un blanco vapor de muerte flotaba sobre el agua, aferrándose a la áspera corteza de los árboles. No se oía ruido en el pantano; sin embargo, Dillon intuía que estaba rodeado de vida.

Mientras esperaba, se volvió lentamente. Olfateó el aire estanco y lento, arrastró sus pies en el lodo pegajoso, aspiró la fragancia decadente de los lirios. Y de pronto cayó en la cuenta: ¡Aquella ciénaga no existía en K'egra!

Lo supo con esa certidumbre con que los terráqueos perciben los mundos extraños. La gravedad, el aire, eran diferentes. Hasta el lodo, bajo sus pies, era distinto al lodo de K'egra.

Todas las posibles implicaciones se agolparon en su mente, con demasiada rapidez como para analizarlas. ¿Era posible que K'egra dominara también los viajes por el espacio? ¡Imposible! En ese caso, ¿cómo podía Arek conocer tan a fondo un planeta que no era el suyo? Tal vez había leído sobre él, o era pura imaginación, o...

Algo sólido lo golpeó pesadamente en el hombro. El ataque había sorprendido a Dillon desprevenido, en medio de sus cavilaciones.

Trató de moverse, pero el barro lo aferró por los pies. Era sólo una rama, desprendida de uno de aquellos árboles gigantescos. Ante su mirada, los árboles comenzaron a balancearse, resquebrajándose. Las ramas se inclinaron, crujientes, y cayeron en lluvia sobre él.

Sin embargo, no había viento.

Dillon, casi atónito, trató de abrirse camino a través del pantano, en busca de tierra firme, de un espacio sin árboles. Pero los grandes troncos se erguían por doquier, y no había nada sólido en la ciénaga. La lluvia de ramas aumentó. Dillon se volvió hacia todos lados, tratando de encontrar un adversario.

—¡Sal a pelear! —aulló.

Cayó de rodillas; se levantó y volvió a caer. Entonces, apenas consciente, divisó un lugar donde refugiarse.

Llegó trabajosamente hasta un árbol enorme y se aferró estrechamente a sus raíces. Las gruesas ramas cayeron a su alrededor, entre azotes y chapoteos; pero el árbol no

pudo alcanzarlo. ¡Estaba a salvo! Pero enseguida notó, horrorizado, que los lirios brotados en la base del tronco estaban enredados en sus tobillos. Trató de liberarse a puntapiés, pero se retorcieron como pálidas serpientes y lo aferraron con más fuerza. Cuando logró zafarse huyó del falso refugio que le prestara el árbol.

—¡Lucha conmigo! —rogó Dillon, en tanto las ramas llovían a su alrededor.

No hubo respuesta. Los lirios estiraban sus tallos, tratando de alcanzarlo. En lo alto se oía el susurro de alas furiosas. Las aves del pantano se iban reuniendo en grandes multitudes negras y harapientas, deseosas de carroña, a la espera del fin. En el momento en que Dillon se tambaleaba, sintió que algo cálido y terrible le tocaba los tobillos.

Y entonces supo lo que debía hacer.

En un instante, reunió todo su coraje. Y luego se arrojó de cabeza en el agua verde y sucia.

En cuanto se sumergió, la ciénaga quedó en silencio. Los árboles gigantes se petrificaron contra el cielo de color pizarra. Los lirios olvidaron su frenesí por colgar fláccidamente de sus tallos. El vapor blanco, inmóvil, permaneció suspendido de la áspera corteza de los árboles. Mientras tanto, las aves de rapiña surcaron silenciosas el aire espeso.

Por un momento, el agua burbujeó. Pero las burbujas cesaron de aparecer en la superficie.

Dillon reapareció y aspiró hondo; profundos arañazos le surcaban el cuello y la espalda. Traía en las manos a la criatura informe y transparente que gobernaba el pantano.

Vadeó el agua hasta un árbol y arrojó a la flácida criatura contra el tronco para hacerla trizas. Y se sentó.

Nunca hasta entonces se había sentido tan cansado, tan enfermo, tan convencido de la inutilidad de todo aquello. ¿Por qué luchar por la vida, cuando la vida ocupaba un sitio tan insignificante en el esquema de las cosas? ¿Qué importancia tenía su breve instante de vida, comparado con el ambular de los planetas o el destello invariable de las estrellas?

El agua cálida chapoteaba contra su pecho. Dillon se dijo, soñoliento, que la vida no era sino un piojo en la piel de lo no-existente, un parásito de la materia. «Es la cantidad lo que cuenta», pensó, mientras el agua le rodeaba el cuello, ¿Qué significa esa vida diminuta comparada con la vastedad de lo no viviente? Si lo no viviente es natural, el agua le tocaba la barbilla, vivir es estar enfermo. Y el único pensamiento saludable de la vida es el deseo de morir.

En ese momento, la muerte resultaba una agradable perspectiva; el agua le acarició los labios. Más allá de todo descanso estaba la fatiga; más allá de toda cura, la enfermedad. Ahora sería muy fácil dejarse ir, dejarse hundir, abandonarse.

—Muy bien —susurró Dillon, poniéndose en pie—. Muy buen ataque, Arek. Supongo que tú también estás cansado. Tal vez no te queda más que cierta emoción.

Oscureció. En esa oscuridad, algo que parecía un Dillon en miniatura, algo cálidamente acurrucado sobre su hombro, le susurró:

—Hay cosas peores que la muerte. Hay cosas que ningún ser viviente puede enfrentar, conocimientos culpables ocultos en el fondo mismo del alma, maldecidos, detestados, pero conocimientos al fin, de los que no se debe renegar. La muerte es mejor que ese conocimiento, Dillon. La muerte llega a ser apreciable e infinitamente difícil. Hay que rogar por que nos sea otorgada, y tender astutas celadas para capturarla... cuando uno debe enfrentar lo que oculta el fondo de la propia alma.

Dillon trató de no escuchar a esa criatura que tanto se parecía a él. Pero la miniatura se colgó de su hombro y señaló algo. Dillon vio que algo tomaba forma en la oscuridad, y reconoció su forma.

—Eso no, Dillon —rogó su doble—. ¡Por favor, eso no! ¡Ten valor, Dillon! ¡Elige tu muerte! ¡Sé valiente, sé bravo! ¡Muestra que sabes morir cuando llegue el momento!

Dillon reconoció la forma que se acercaba con un terror que nunca había supuesto posible, pues aquello era conocimiento extraído del fondo de su alma, conocimiento culpable de sí mismo, de todo lo que creyera su razón de ser.

—¡Pronto, Dillon! —gritó su doble—. ¡Sé fuerte, sé bravo, sé auténtico! ¡Muere, mientras aún sepas lo que eres!

Y Dillon quiso morir. Con un gran suspiro de alivio, comenzó a soltar sus ataduras, a dejar que su esencia se deslizara...

Y no pudo.

—¡Ayúdame! —gritó.

—¡No puedo! —respondió la miniatura—. ¡Debes hacerlo por tu cuenta!

Y Dillon lo intentó nuevamente, mientras el conocimiento le oprimió los ojos, pidió la muerte, suplicó, y no pudo dejarse morir.

Por lo tanto, sólo quedaba una salida. Reunió sus últimas fuerzas y se arrojó hacia adelante con desesperación, hacia la forma que bailaba ante él.

Ésta desapareció.

En un instante, Dillon comprendió que ya no había amenaza alguna. Estaba solo en el territorio conquistado. ¡Había vencido, a pesar de todo! La ciudadela le esperaba allí delante, desocupada. Se sintió inundado de respeto por el pobre Arek. Había sido un buen luchador. un digno adversario. Tal vez pudiera reservarle algún espacio, siempre que no tratara de...

—Es muy gentil de tu parte, Dillon —bramó una voz.

Dillon no tuvo tiempo de reaccionar. Estaba atrapado por unos brazos tan fuertes que resultaría inútil resistirse. Recién entonces comprendió todo el poder de la mente k'egrena.

—Estuviste bien, Dillon —dijo Arek—. Puedes enorgullecerte de tu lucha.

—Pero no podía ganar —observó Dillon.

—No, no podías —respondió Arek, con suavidad—. Creías que el plan terrestre de invasiones era el único; casi todas las razas jóvenes piensan lo mismo. Pero K'egra es muy antiguo, Dillon, y nos han invadido muchas veces durante nuestra existencia, tanto física como mentalmente. Esto no es nada nuevo para nosotros.

—¡Estuviste jugando conmigo! —exclamó Dillon.

—Quería saber cómo eras.

—¡Qué halagado te habrás sentido! ¡Para ti era un deporte! ¡Bueno, anda, acaba de una vez!

—¿Acabar de qué?

—¡Mátame!

—¿Por qué?

—Porque... ¿qué otra cosa puedes hacer conmigo? Lo que hiciste con los otros, ¿por qué no?

—Has conocido a algunos de los otros, Dillon. Luchaste con Ehtan, que habitaba una ciénaga de su propio planeta antes de dedicarse a los viajes. Y la miniatura que te habló con tanta persuasión es Oolermik; llegó no hace mucho, todo bravatas y fuego, más o menos como tú.

—Pero...

—Los recibimos aquí, les hicimos sitio y usamos sus cualidades para complementar las nuestras. Unidos somos mucho más que separados.

—¿Vivís juntos? —susurró Dillon—. ¿En tu cuerpo?

—Por supuesto. Los cuerpos aptos escasean mucho en la galaxia, y no queda mucho lugar para vivir. Dillon, te presento a mis socios.

Y Dillon volvió a ver a la criatura amorfa del pantano, y conoció a otros diez o doce.

—¡Pero no puede ser! —exclamó—. ¡Las razas extrañas no pueden convivir! ¡La vida es lucha y muerte! Es una ley fundamental de la naturaleza.

—Una ley primitiva —dijo Arek—. Hace mucho tiempo, descubrimos que la cooperación representa la sobrevivencia para todos, y en condiciones mucho mejores. Te acostumbrarás. ¡Bienvenido a la confederación, Dillon!

Y Dillon, aún confundido, entró en la ciudadela, para confraternizar con muchas razas de la galaxia.

EL IDIOMA DEL AMOR

Una tarde, después de clase, Jefferson Toms entró en un snack-bar para tomar café y estudiar un rato. Tomó asiento, apiló ante sí los textos de filosofía, y reparó en una muchacha que controlaba los robots camareros. Sus ojos eran del color del humo, y sus cabellos parecían la llama de un cohete. Era delgada, pero de curvas suaves. Al verla, Tom sintió un nudo en la garganta y súbitas reminiscencias de otoño, de noche, de lluvia y luz de candelabros.

Así entró el amor en la vida de Jefferson Toms. Aunque era, por lo común, un joven muy reservado, se quejó sobre el servicio de los robots a fin de entablar conversación con ella. Y cuando logró hacerlo, se mostró incapaz de expresarse, apabullado por sus sentimientos. Sin embargo, se las compuso para pedirle una cita.

La muchacha, cuyo nombre era Doris, debió sentirse extrañamente conmovida ante aquel joven estudiante moreno, pues aceptó de inmediato. Y así comenzaron los problemas de Jefferson Toms.

El amor le resultó delicioso, pero extremadamente perturbador, a pesar de sus estudios avanzados en filosofía. El amor era una materia confusa hasta en la época en que Toms vivía, cuando ya los navíos espaciales cubrían las distancias entre los mundos, cuando las enfermedades eran cosa desaparecida, la guerra resultaba inconcebible y todo problema de alguna importancia había sido resuelto en forma ejemplar.

La vieja Tierra estaba en su mejor forma. En sus ciudades brillaban el plástico y el acero inoxidable. Las selvas que aún restaban se habían convertido en zonas de cuidado verdor, donde uno podía hacer picnics con toda tranquilidad, pues todas las fieras e insectos habían sido trasladados a zoológicos sanitarios que reproducían admirablemente el ambiente original.

También el clima terrestre estaba dominado. Los granjeros recibían su cuota de lluvia entre las tres y las tres y media de la mañana; la gente podía acudir a los estadios para presenciar un programa de crepúsculos, y una vez por año se provocaba un tornado en cierta pista especial, como parte de las celebraciones con que se festejaba el Día Mundial de la Paz.

Pero el amor era tan desconcertante como siempre, y eso preocupaba a Toms.

Para él no había forma de expresar con palabras sus sentimientos. Frases tales como «te amo», «te adoro», o «me vuelves loco», estaban demasiado trilladas, y no eran apropiadas. Nada decían de la profundidad ni del fervor de sus emociones. En realidad, todo eso quedaba abaratado, puesto que todos los discos y las obras teatrales de segundo orden estaban llenas de palabras similares. La gente las usaba en la conversación cotidiana: uno adora las chuletas de cerdo, ama los crepúsculos y se vuelve loco por el tenis.

Cada fibra de su persona se rebelaba contra eso. Juró que jamás expresaría su amor en los términos empleados para referirse a las chuletas de cerdo. Pero descubrió, para su desconcierto, que no sabía decir nada mejor.

Llevó su problema al profesor de filosofía.

—Señor Toms —le dijo el profesor, haciendo lentos ademanes con los anteojos—: el... ejem... amor, tal como se llama comúnmente, no es, en su estado actual, materia de nuestra incumbencia. En ese terreno no se ha efectuado aún trabajo de importancia, aparte del llamado Idioma del Amor de la raza tianiesa.

Eso no fue de mucha ayuda. Toms continuó meditando sobre el amor, y pensó mucho en Doris. Durante esas largas noches hechiceras que pasaban en el porche de su casa, mientras las sombras de la parra cruzaban la cara de la muchacha, ocultándola o destacándola, Toms se esforzaba por manifestar lo que sentía. Y como no podía decidirse a emplear los manoseados lugares comunes del vocabulario amoroso, trataba de expresarse por medio de extravagancias.

—Siento por ti —decía— lo que una estrella siente por su planeta.

—¡Qué grandioso! —respondía ella, muy halagada ante una comparación tan cósmica.

—No era eso lo que yo quería decir —corregía Toms—. El sentimiento que yo trataba de expresar era más... Bueno, por ejemplo: cuando caminas, me recuerdas a...

—¿A qué?

—A una gama en el claro del bosque.

—¡Qué encantador!

—No era mi intención decir algo encantador —decía Toms, frunciendo el ceño—. Trataba de expresar la desmaña inherente a la juventud, y aún así...

—Pero tesoro —decía ella—, yo no soy desmañada. Mí profesora de danzas...

—No quería decir desmañada. Pero la esencia de lo desmañado es... es...

—Comprendo— decía ella.

Pero Toms sabía que no era así.

Y se vio forzado a descartar las extravagancias. Pronto se encontró incapaz de decir a Doris nada de importancia, pues no era lo que quería expresar, ni siquiera aproximadamente. La muchacha se preocupaba por aquellos largos y melancólicos silencios.

—Jeff —lo urgía—, ¿es que no puedes decir algo?

Toms se encogía de hombros.

—Aunque no sea en absoluto lo que quieres expresar.

Toms suspiraba.

—¡Por favor! —exclamaba ella—. ¡Di algo! ¡No puedo soportar esto!

—Oh, demonios...

—¿Qué? —lo alentaba ella, con el rostro transfigurado.

—No, no era eso lo que quería expresar —decía Toms, volviendo a caer en su sombrío silencio.

Al fin le pidió que se casara con él. Admitió gustosamente que la «amaba», pero se negó a explayarse sobre el tema. Explicó que el matrimonio debe basarse en la verdad; de lo contrario está condenado al fracaso desde un principio. Y si él vulgarizaba o falsificaba sus emociones en el comienzo, ¿qué podría depararles el futuro?

Esos sentimientos despertaron la admiración de Doris, pero se negó a casarse con él.

—Cuando amas a una mujer, tienes que decírselo —declaró—. Debes decírselo cien veces por día, Jefferson, y aún no es bastante.

—¡Pero yo te amo! —protestó Toms—. Es decir, siento una emoción correspondiente a...

—¡Oh, cállate!

En esas desdichadas circunstancias, Toms acudió al despacho de su profesor, para interrogarlo sobre el Idioma del Amor. Éste le dijo:

—Sabemos que la raza indígena de Tiana II poseía un idioma único y específico para expresar las sensaciones amorosas. Decir «te amo» resultaba inconcebible para los tianeses. Ellos utilizaban una frase que indicaba el tipo exacto de amor en el momento preciso, y que no servía sino para ese propósito.

Toms asintió.

—Por supuesto —continuó el profesor—, junto con ese idioma desarrollaron, necesariamente, una técnica amorosa casi increíble, dada su perfección. Se dice que, en comparación con ella, todas las técnicas comunes eran como los torpes zarpazos de un oso en celo.

El profesor tosió, azorado.

—¡Eso es precisamente lo que yo necesito! —exclamó Toms.

—Ridículo —dijo el profesor—. La técnica puede ser interesante, pero la suya, sin duda, bastará para satisfacer la mayor parte de las necesidades. Y el idioma, por su misma naturaleza, puede ser empleado con una sola persona. Me parece que aprenderlo sería una pérdida de tiempo y de energía.

—Trabajar para el amor —dijo Toms— es lo más provechoso del mundo, puesto que brinda una rica cosecha de sentimientos.

—Me niego a escuchar sus malos epigramas, señor Toms. ¿A qué viene toda esta bulla con respecto al amor?

—Es lo único perfecto —respondió Toms con fervor—. Si hay que aprender un idioma especial para apreciarlo, lo aprenderé. Dígame, profesor, ¿queda lejos Tiana II?

—Es un largo viaje —dijo el profesor, con una seca sonrisa—. Y bastante inútil, pues la raza se ha extinguido.

—¡Se ha extinguido! Pero ¿por qué? ¿Alguna epidemia súbita? ¿Una invasión?

—Es uno de los misterios de la galaxia —respondió el profesor, sombrío.

—¡En ese caso, el idioma se ha perdido!

—No tanto. Hace veinte años, un terráqueo llamado George Varris fue a Tiana II para aprender el Idioma del Amor entre los últimos representantes de la raza.

El profesor se encogió de hombros, y agregó:

—No he leído sus informes científicos. Nunca me parecieron muy importantes.

Toms buscó Varris en un ejemplar del Quién es quien entre los exploradores interesaciales, y descubrió que se le atribuía el descubrimiento de Tiana; había recorrido los planetas fronterizos durante cierto tiempo, para regresar finalmente al desierto mundo de Tiana, donde estaba dedicado a investigar su cultura en todos los aspectos.

Una vez averiguado esto, Toms pensó mucho y profundamente. El viaje hasta Tiana era difícil y caro, y llevaría mucho tiempo. Tal vez Varris estaría muerto cuando él llegara; tal vez no quisiera enseñarle el idioma. ¿Valía la pena hacer el intento?

—El amor ¿lo vale? —se preguntó Toms.

Y supo cuál era la respuesta.

Por lo tanto, vendió su tocadiscos de ultra fidelidad, su grabador, sus libros de filosofía y varias acciones que recibiera en herencia de su abuelo, y adquirió un boleto para Granthis IV, el punto más cercano a Tiana dentro de los vuelos regulares. Cuando hubo concluido todos sus preparativos, fue a visitar a Doris.

—Cuando regrese —le dijo—, podré decirte exactamente cuánto... es decir, la exacta clase y calidad de... es decir, Doris, cuando haya aprendido la técnica tianesa, podré amarte como ninguna mujer ha sido amada.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, con los ojos relucientes.

—Bueno —aclaró Toms—, la palabra «amar» no expresa exactamente lo que quiero decir, pero sí algo muy parecido.

—Te esperaré, Jeff —dijo Doris—. Pero, por favor, no tardes demasiado.

Jefferson Toms asintió, parpadeando para evitar las lágrimas, abrazó a Doris sin decir palabra, y se dirigió a toda prisa hacia el espaciopuerto.

Una hora más tarde estaba ya en camino.

Cuatro meses después, tras sortear considerables dificultades, Toms se encontró en Tiana, en las afueras de la ciudad capital. Recorrió lentamente una calle ancha y desierta. A cada lado se alzaban nobles edificios, hasta alturas de vértigo. Toms echó una mirada

furtiva al interior de uno de ellos; pudo ver maquinarias complejas y tableros relucientes. Con la ayuda de su diccionario tianés-inglés de bolsillo, logró traducir el cartel que coronaba uno de los edificios. Decía:

«ASESORAMIENTO PARA PROBLEMAS EN LA ETAPA AMOROSA NUMERO CUATRO».

Los otros edificios eran muy similares; había en ellos máquinas de calcular, tableros, cintas de cotizaciones y cosas por el estilo. Pasó por el INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DEL RETRASO AFECTIVO, por una casa de dos pisos donde había funcionado el HOGAR DE RETARDADOS EMOCIONALES, y por muchos otros. Lentamente llegó a comprender la sorprendente verdad.

Aquella era una ciudad dedicada enteramente a investigar y apoyar el amor.

No tuvo tiempo para pensar más. Se encontró frente a un edificio gigantesco que rezaba: SERVICIOS AMOROSOS GENERALES. Un anciano estaba de pie en la entrada, de pulido mármol.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el anciano.

—Soy Jefferson Toms, de la Tierra. He venido para aprender el Idioma del Amor, señor Varris.

Varris levantó sus cejas blancas y pobladas. Era pequeño y arrugado, cargado de hombros; las rodillas le temblaban. Pero sus ojos eran vivaces, y miraban con fría desconfianza.

—Si usted cree que el idioma lo hará más atractivo para las mujeres —le dijo—, está equivocado, joven. La erudición tiene sus ventajas, por supuesto; pero también tiene distintos inconvenientes, como descubrieron los tianeses.

—¿Qué inconvenientes? —preguntó Toms.

Varris desplegó una sonrisa que puso al descubierto un solo diente amarillento.

—Si no lo ha descubierto ya, no lo comprenderá jamás. Hace falta mucha inteligencia para entender las limitaciones del conocimiento.

—De cualquier modo —insistió Toms— quiero aprender ese idioma.

—Pero no es algo sencillo, Toms —observó Varris, pensativo—. El Idioma del Amor, y la técnica resultante, es tan complejo como la cirugía de cerebro o la práctica de las leyes comerciales. Hace falta mucho esfuerzo, y también mucho talento.

—Yo haré el esfuerzo, y en cuanto al talento, estoy seguro de tenerlo.

—Todos piensan lo mismo, y casi todos están equivocados. Pero no importa. Hace mucho tiempo que no gozo de compañía. Veremos cómo se desempeña, Toms.

Entraron juntos al edificio de Servicios Generales, donde Varris vivía.

Había instalado su bolsa de dormir y su cocina de campamento en el Cuarto de Controles. Allí, a la sombra de las calculadoras gigantescas, empezaron las lecciones de Toms.

Varris era un profesor metódico. Al comienzo, con la ayuda de un Diferenciador Semántico portátil, enseñó a Toms a aislar la delicada aprehensión que se siente ante la presencia del ser amado, para detectar las tensiones sutiles que surgen al acercarse la potencialidad del amor.

Toms aprendió que nunca debe hablarse directamente de tales sensaciones, puesto que la franqueza asusta al amor. Deben ser expresadas por comparación, por metáforas e hipérbolas, con verdades a medias y mentiras por omisión. Así se crea una atmósfera apropiada para servir de base al amor. Y la mente, engañada por su propia predisposición, piensa en oleajes tempestuosos y en mares de tormenta, en luctuosas rocas negras y en campos de maíz verde.

—Bellas imágenes —dijo Toms, admirado.

—Eran sólo ejemplos —le respondió Varris—. Ahora debe aprenderlas todas., Y Toms se dedicó a memorizar largas listas de maravillas naturales con las cuales podían compararse esas sensaciones, y la etapa en que aparecían, anticipando el amor. En este

aspecto, el idioma era muy completo. Cada estado y objeto natural que encontrara una respuesta en la anticipación del amor, había sido catalogado, clasificado y registrado, juntamente con adjetivos adecuados.

Una vez memorizada la lista, Varris lo introdujo en las percepciones del amor. Toms aprendió las cosas pequeñas y extrañas que constituyen un estado de amor. Algunas eran tan ridículas que le hicieron reír.

El anciano lo amonestó severamente:

—El amor es un asunto serio, Toms. A usted parece divertirlo el hecho de que la velocidad y la dirección del viento influyan sobre él.

—Parece muy tonto —admitió Toms.

—Hay cosas más extrañas que ésta —dijo Varris, y mencionó otro factor.

—Eso sí que no puedo creerlo —dijo Toms, con un estremecimiento—. Es absurdo. Todo el mundo sabe que...

—Si todo el mundo sabe cómo opera el amor, ¿cómo es que nadie lo ha reducido a una fórmula? No se piensa con claridad, Toms, ésta es la respuesta, y no se quieren aceptar los hechos concretos. Si usted no puede enfrentarlos...

—Puedo enfrentar cualquier cosa, si es necesario. Continuemos.

Transcurrieron varias semanas. Toms aprendió las palabras que expresan la primera intensificación del interés, matiz por matiz, hasta que se forma un vínculo. Aprendió cómo es en verdad ese vínculo, y las tres palabras que lo expresan. Eso le condujo a la retórica de la sensación, en donde el cuerpo adquiere la supremacía.

En este punto, el lenguaje ya no era alusivo, sino específico: manejaba las sensaciones provocadas por ciertas palabras y, sobre todo, por ciertos actos físicos.

Una sorprendente maquinita negra enseñó a Toms las treinta y ocho sensaciones separadas y distintas engendradas por el contacto de una mano, y aprendió a localizar esa zona sensible, del tamaño de una moneda, bajo el omóplato derecho.

Aprendió un sistema completamente nuevo para acariciar, que provocaba la explosión —y también la implosión— de los impulsos, a lo largo de los senderos nerviosos, y que hacía llover chispas de colores ante los ojos.

También supo de las ventajas sociales de la des-sensibilización conspicua.

Aprendió muchas cosas que apenas sospechaba con respecto al amor físico, y muchas otras que nadie había sospechado.

Eran conocimientos intimidantes. Toms se tenía por un amante apto, cuanto menos. Pero estaba descubriendo que no sabía nada; sus mejores desempeños podían compararse al jugueteo de un hipopótamo enamorado.

—¿Y qué otra cosa podía usted esperar? —le preguntaba Varris—. Para hacer bien el amor, Toms, se requiere más estudio, un trabajo más intensivo que para cualquier otra técnica adquirida. ¿Todavía quiere aprender?

—¡Más que nunca! —decía Toms—. Vaya, cuando sea experto en amor podré... podré...

—Ése no es asunto mío —aclaraba el anciano—. Volvamos á nuestras lecciones.

Después, Toms aprendió los Ciclos del Amor. Descubrió que el amor es dinámico, que cae y se eleva en forma constante, y lo hace según esquemas definidos. Había cincuenta y dos esquemas principales, trescientos seis secundarios, cuatro excepciones generales y nueve excepciones específicas.

Toms las aprendió mejor que su propio nombre.

Aprendió los usos del Contacto Terciario. Y jamás olvidó el día en que se le dijo a qué se parecía realmente un seno.

—¡Pero no puedo decir semejante cosa! —objetó, consternado.

—¿Por qué no, si es verdad? —insistió Varris.

—¡No! Es decir, sí, supongo que lo es. Pero resulta poco halagador.

—Así parece. Pero piénselo, Toms. ¿Es realmente poco halagador?

Toms lo pensó y descubrió el cumplido escondido bajo el insulto, y así aprendió otra faceta en el Idioma del Amor.

Pronto estuvo preparado para estudiar las Negaciones Aparentes. Descubrió que a cada grado de amor corresponde un grado equivalente de odio, que es, en si una forma del amor. Y llegó a comprender el verdadero uso del odio, puesto que da sustancia y cuerpo al amor; supo también que la indiferencia y el desprecio tienen su importancia en la naturaleza amorosa.

Varris lo sometió a una prueba escrita de diez horas de duración, y Toms la aprobó con notas excelentes. Estaba ansioso por terminar, pero Varris notó que su alumno había adquirido un ligero tic en el ojo izquierdo, y que las manos tendían a temblarle.

—Necesita unas vacaciones —le informó el anciano.

También Toms lo había estado pensando.

—Tal vez tenga razón —dijo, ocultando a duras penas su ansiedad—. Podría ir a Cythera V por unas pocas semanas.

Varris, que conocía la reputación de Cythera, sonrió cínicamente.

—Está ansioso por poner a prueba sus nuevos conocimientos, ¿verdad?

—Y bien, ¿por qué no? Hay que utilizar lo que se aprende.

—Sólo después de dominarlo bien.

—¡Pero yo lo domino! ¿No podríamos considerarlo como trabajo práctico? ¿Como tesis?

—No hace falta tesis —dijo Varris.

—¡Pero necesito un poco de práctica, maldición! —estalló Toms—. Tengo que descubrir cómo resulta todo esto. Especialmente el Acercamiento 33-CV. Parece muy bueno en teoría, pero no sé como resultará en la práctica. No hay nada como la experiencia directa, ya se sabe, para reforzar...

—¿Acaso hizo un viaje tan largo para convertirse en un súper-seducor? —preguntó Varris, con evidente disgusto.

—Claro que no —dijo Toms—. Pero un poco de experiencia no...

—Sus conocimientos de los mecanismos sensitivos serán estériles, a menos que también comprenda el amor. Y usted ha avanzado demasiado como para satisfacerse con meras sensaciones.

Toms miró el fondo de su corazón, y supo que eso era cierto. Pero adelantó tercamente la barbilla, diciendo:

—Me gustaría descubrirlo por mí mismo.

—Si quiere, puede ir. Pero no vuelva. No quiero que se me acuse de soltar en la galaxia un seductor científico sin escrúpulos.

—Oh, está bien. Al demonio con todo. Volvamos al trabajo.

—No. ¡Vea cómo está! Si continúa estudiando sin tregua, joven, perderá la capacidad de hacer el amor. Y eso sería lamentable, ¿verdad?

Toms estuvo de acuerdo.

—Conozco un lugar perfecto para descansar de estos estudios amorosos —dijo Varris.

En la nave espacial del anciano viajaron durante cinco días, hasta un pequeño planetoide innominado. Al aterrizar, el maestro llevó a Toms hasta la ribera de un río torrentoso, cuyas aguas eran de un rojo feroz, y cuya espuma parecía hecha de diamantes verdes. Los árboles que crecían a la orilla de ese río eran achaparrados y extraños, de color bermellón. Ni siquiera el césped parecía césped, pues era azul y anaranjado.

—¡Qué extraño! —exclamó Toms.

—Es el sitio menos humano que he podido hallar en este perdido rincón de la galaxia —explicó Varris—. Y, créame, he buscado bastante.

Toms lo miró fijamente, preguntándose si el investigador estaría en sus cabales. Pero pronto comprendió cuáles eran sus intenciones.

Llevaba meses estudiando las reacciones humanas, los sentimientos humanos; en torno a todo eso se cernía la atmósfera ya sofocante de la suave carne humana. Para estudiar la humanidad se había sumergido en ella, se había bañado en ella para beberla, comerla y soñar con ella. Era un alivio estar allí, donde el agua era roja, donde los árboles achaparrados tenían un extraño color bermellón, donde el césped era anaranjado y azul y nada recordaba a la Tierra.

Toms y Varris se separaron, pues aun la humanidad de cada uno resultaba una molestia para el otro. Toms pasó sus días recorriendo la orilla del río, maravillado ante las flores que gemían ante su proximidad. Durante la noche, tres lunas arrugadas jugaban unas con otras, y el sol de la mañana era diferente del sol amarillo de la Tierra.

Al terminar la semana, renovados y frescos, Toms y Varris regresaron a G'cel, la ciudad tianesa dedicada al estudio del amor.

Toms aprendió los quinientos seis matices del Amor Propiamente Dicho, desde la primera vaga posibilidad hasta el sentimiento definitivo, tan poderoso que sólo cinco hombres y una mujer habían llegado a experimentarlo; el más fuerte de ellos sólo sobrevivió una hora.

Bajo la tutela de un equipo de calculadoras pequeñas, interconectadas, estudió las intensificaciones del amor.

Aprendió todas y cada una de las mil sensaciones diferentes de las que es capaz el cuerpo humano, y cómo aumentarlas, y como intensificarlas hasta lo insoportable, y cómo soportar lo insoportable hasta convertirlo en agradable, punto en el cual el organismo se halla al borde de la muerte.

Después aprendió algunas cosas que nunca habían sido expresadas en palabras, y que jamás lo serán, si la suerte nos ayuda.

Y un día, Varris le dijo:

—Eso es todo.

—¿Todo?

—Sí, Toms. El corazón no tiene secretos para usted. Ni tampoco, a decir verdad, el alma, la mente o las vísceras. Usted domina el Idioma del Amor. Ahora, vaya a buscar a su damisela.

—¡Sí! —exclamó Toms—. ¡Al fin sabrá todo!

—Envíeme una postal —dijo Varris—, para saber cómo le va.

—Lo haré —prometió Toms.

Estrechó con fervor la mano de su maestro, y partió con rumbo a la Tierra.

Al terminar el largo viaje, Jefferson Toms fue rápidamente a la casa de Doris. Tenía la frente cubierta de sudor, y las manos le temblaban. Clasificó esas sensaciones como Temblores Anticipatorios de la Etapa Dos, con suaves tonos masoquistas. Pero eso no lo conducía a ninguna parte: era su primer trabajo práctico, y estaba nervioso. ¿Habría aprendido realmente todo?

Tocó el timbre de la casa.

Ella abrió la puerta. Era más hermosa aún de lo que Toms la recordaba, con los ojos color de humo empañados por las lágrimas y los cabellos semejantes a la llama de un cohete, con su figura delgada, pero de curvas suaves. Él volvió a sentir el nudo en la garganta, y las súbitas reminiscencias de otoño, de noche, lluvia y luz de candelabro.

—Oh, Jeff —dijo ella, con mucha suavidad—. Oh, Jeff.

Toms se limitó a mirarla, incapaz de pronunciar una palabra.

—Tardaste tanto, Jeff... Muchas veces me pregunté si esto valía la pena. Ahora lo sé.

—¿Lo... sabes?

—¡Sí, querido mío! ¡Te esperé! ¡Te esperaré cien, mil años! ¡Te amo, Jeff!

Se arrojó entre los brazos de Toms.

—Ahora dímelo, Jeff —pidió—. ¡Dímelo!

Y Toms la miró, sintió, experimentó, examinó sus clasificaciones, seleccionó sus calificativos, verificó y volvió a verificar. Y después de mucha investigación, y de cuidadosas selecciones, con absoluta certeza, teniendo en cuenta su presente estado de ánimo y sin olvidarse de las condiciones climáticas, las fases de la luna, la velocidad y dirección del viento, las manchas solares y otros fenómenos de singular efecto sobre el amor, dijo: —Querida mía, me gustas bastante.

—¡Jeff! ¿No puedes decir algo mejor? El Idioma del Amor.

—El idioma es terriblemente preciso —dijo Toms, abatido—. Lo siento, pero la frase «me gustas bastante» expresa exactamente lo que siento.

—¡Oh, Jeff!

—Sí —balbuceó él.

—¡Oh, maldito seas, Jeff!

Naturalmente, hubo una escena dolorosa y una dolorosa separación. Toms se dedicó a viajar.

Trabajó aquí y allá, como remachador en Lockheed-Saturno, como lavacopas en Helg-Vinosce Trader, como granjero en un kibbutz de Israel IV. Vagó por el Sistema Interior de Dalmia durante varios años, viviendo casi exclusivamente de limosnas. Y más tarde en Novilocessile, conoció a una morena agradable y la cortejó; a su debido tiempo se casaron e instalaron su hogar.

Dicen los amigos que el matrimonio Toms es relativamente feliz, aunque casi todo el mundo se siente incómodo en su casa. Es un lugar bastante agradable, pero el torrente rojo que corre en las cercanías pone nerviosa a la gente. ¿Quién puede acostumbrarse a eso? Los árboles son de color bermellón, el césped es anaranjado y azul, y hay flores gimientes y tres lunas arrugadas juegan entre sí en un cielo extraño.

Sin embargo, a Toms le gusta. Y su señora es, cuando menos, una joven flexible.

Toms envió una carta a su profesor de filosofía, diciendo que había resuelto el problema de la desaparición de la raza tianesa, al menos para su propia satisfacción. Según decía, el inconveniente de la investigación científica consiste en su efecto inhibitor sobre la acción. Decía estar convencido de que los tianeses, a fuerza de preocuparse por la ciencia del amor, acabaron por ser incapaces de hacerlo.

Y a su debido tiempo envió una breve tarjeta postal a George Varris. En ella le comunicaba su casamiento, diciendo que había logrado encontrar una mujer por la que sentía «una atracción bastante considerable».

—Qué tipo afortunado —gruñó Varris, tras leer la tarjeta—. Lo mejor que yo pude encontrar no pasó de «vagamente agradable».

FIN